

CUNA DE CONDORES



O. Georgi

Mariano Latorre

CUNA DE CÒNDORES

OBRAS DEL AUTOR

CUENTOS DEL MAULE, 1912.

CUNA DE CÓNDORES, 1918.

Próximamente:

ZURZULITA (Sencillo relato de los cerros).

PUMAS (Cuentos de leones).

VENUS CRIOLLA (Novela).

La cubierta de color, obra del pintor Otto Georgi, obtuvo el primer premio en el concurso de ARTES Y LETRAS.

MARIANO LATORRE

CUNA DE CÓNDORES

Prólogo de
D. EMILIO VAÏSSE
(Omer Emeth)

IMPRENTA UNIVERSITARIA
== Bandera 130—Santiago ==
1918

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PRÓLOGO

ENTRE los modernos escritores podríamos, sin faltar al respeto que debemos a su noble profesión, establecer dos categorías: la de los eternos repetidores y la de los innovadores.

Viven aquéllos en el mundo de los libros; éstos viven en el mundo propiamente dicho, es decir, en medio de la realidad presente.

Los repetidores son, cual más cual menos, ciegos y sordos; pero gozan de una feliz memoria que, en hora oportuna, les provee de cuanto es menester para escribir sin sensaciones o pensamientos propios. Merced a ella, escriben, no lo que sienten o lo que piensan, sino lo que otros han sentido o pensado.

Y más de una vez acontece que, sacando de aquella arca vocablos primorosos, consiguen, a fuerza de combinaciones y artificios literarios, dar a sus obras un semblante de fresca elegancia y un sello personal inesperado.

En estos escritores el artificio llega a tales extremos de perfección, que es a menudo muy difícil distinguirlo del arte verdadero; y así, más de una vez, esos hábiles explotadores del pasado sientan plaza de artistas.

Al revés de éstos, los innovadores pretenden sentir y pensar por sí mismos.

La profesión literaria no se reduce, para ellos, a un psitacismo universal más o menos hábilmente disfrazado.

Quieren que sus obras sean verdaderamente suyas, no sólo en cuanto a la materia, sino también en cuanto a la forma, y llevan su ambición innovadora hasta revestir sensaciones y pensamientos propios con un estilo propio, individual y personal.

Y esto, intentan ellos conseguirlo, no sólo inventando novísimas combinaciones de vocablos, sino hasta creando nuevos vocablos, cada vez que la vieja lengua tradicional parece rehusarles su ayuda.

No siempre el buen éxito corresponde con perfección a sus esfuerzos, ni, cuando aciertan a encarnar en una obra viva sus ambiciosos ideales, reciben del público los aplausos que merecen.

Este, fiel observador de la ley del menor esfuerzo, es, como Aristóteles dijo del hombre, «un animal de costumbres». Ofrecerle un manjar insólito es abusar de su confianza, obligándole a dudar de sí mismo, a opinar, a pensar: trabajo no ménos inútil que fatigoso.

Por otra parte, el innovador, ambicioso como Faetonte, hijo del Sol y de Climene, rara vez presta oído a los consejos de su Padre.

El Sol, en la Segunda Metamorfosis de Ovidio, le advierte con paternal sabiduría cuán peligroso es todo extremo.

Altius egressus, coelestia tecta cremabis;
Inferius, terras: *medio tutissimus ibis*.
Neu te dexterior tortum declinet in Anguem,
Neve sinisterior pressam rota ducat ad Aram;
Inter utrumque tene: fortunae cetera mando,
Quae juvet, et melius, quam tu tibi, consulat, opto.

(Si asciendes demasiado, incendiarás el cielo; si descienes con exceso, incendiarás la tierra; *el medio es el camino más seguro*; no tuerzas hacia la derecha en dirección a la Serpiente, ni hacia la izquierda en dirección al Altar; *has de mantenerte entre ambas constelaciones*. El resto, lo abandono yo a la Fortuna: deseo que te favorezca y te cuide más de lo que tú mismo te cuidas).

A menudo corre el innovador la suerte de Faetonte; pero si su fracaso nos obliga a deplorar su imprudencia, no podemos, sin injusticia, rehusar nuestros aplausos a su valentía. Sin algunos Faetontes el mundo permanecería atascado en la rutina.



Mariano Latorre, más feliz que Faetonte en su empresa, ha conseguido, en esta nueva obra, volar

hacia el sol de un ideal que el mismo eligiera, y... ha salvado sus alas...

¿En qué consiste la innovación introducida por él en la literatura chilena?

Creo decirlo en pocas palabras y sin ambajes, declarando que, en mi concepto, Mariano Latorre *es un escritor para quien Chile existe verdaderamente.*

Teófilo Gautier decía de sí mismo: «Soy un hombre que cree en la existencia del mundo externo».

En Chile no escasean los escritores; pero muchos de ellos viven en su país como si éste no existiese.

De Chile ¿qué rastros hay en sus obras? Una y otra vez, a tiempo y a destiempo, he señalado, deplorándola amargamente, la falta de chilenidad que se advierte en la novela nacional.

El escenario en que ésta suele desarrollarse y los personajes que en aquel escenario exhiben sus pasiones, no llevan el sello de la tierra ni de la raza. Son «cualesquiera»: a veces parecen emigrados de Madrid o de París, a veces son verdaderos «passe-partout» tan buenos para un barrido, en Buenos Aires o Nueva York, como para un fregado, en Pekín o en Yokohama.

Y esto se explica sin dificultad si advertimos que los novelistas, imbuídos de lecturas y penetrados hasta la médula por el extranjerismo, escriben sin experiencia propia, sin observación personal y con meros recuerdos de novelas francesas o españolas.

Viven en su país sin darse cuenta de su propia vida ni de la ajena.

No ven, ni oyen: leen solamente y explotan, como si fuesen minas, sus lecturas,

Chile, sin embargo, les brinda una materia prima tan virgen como inagotable: sus cordilleras y sus mares, sus desiertos cuajados de tesoros y sus fértiles campos, sus mineros, sus marinos, sus rotos, sus indios, su «medio-pelo» mismo, son fuentes eternas de vida original, de sensaciones novísimas y aun de una filosofía peculiar.

Lo que falta aquí no es la materia: es el artista que sepa convertirla en belleza chilena.

En este tesoro de Chile, Mariano Latorre ha escogido, para su nueva colección de cuentos, el escenario de la cordillera chilena y en aquel escenario maravilloso, ha descrito con una maestría hasta hoy no igualada, lo que padecen y gozan los naturales actores cordilleranos: el pastor, el arriero y el bandido que en sus escondrijos busca un refugio o en sus vericuetos un camino hacia la libertad de las Pampas. Vemos allí al león y al cóndor y los rebaños que el pastorcillo disputa a esas fieras. Y todo ello con un realismo penetrado de arte exquisito, resplandece en una serie de cuadros en que el autor derrama a manos llenas el color y la vida.

Mariano Latorre ha *visto*, lo que se llama visto, la Cordillera, como pocos saben o pueden verla.

Y sobre esto séame lícito decir que no carezco de autoridad, o mejor. de experiencia para opinar.

He vivido algo más de tres años en la Cordillera del Norte. Como los arrieros y los cazadores de Mariano Latorre, he recorrido en largas y pesadas caminatas sus «cañones», y he pernoctado cien veces en sus cuevas, cuando no al abrigo de sus peñas. Llené mis ojos de sus esplendores y de sus horrores: su magnificencia colosal y su tristeza abrumadora, el eterno quejido del viento en las cumbres, la desolación infinita que mana de ella a pesar del infinito derroche de color y de fuerza: todo esto lo conservo en mi memoria.

Y puedo, comparándolo con los cuadros de Mariano Latorre, apreciar y, con derecho, ensalzar el realismo de este libro.

No sé a punto fijo si, como lo pretende On Mardones, «la cordillera es sagrada». En todo caso, nadie, que yo sepa, ha conseguido hasta hoy presentárnosla en todo el esplendor de su magnificencia, como acaba de hacerlo el autor de CUNA DE CÓNDORES.

Luchando con la Cordillera, Mariano Latorre se ha hecho dueño de ella, y si alguna vez ha errado creando vocablos nuevos para traducir sensaciones inéditas y complicadísimas, no seré yo quien se lo reproche con severidad.

Vaya, el que quiera lanzarle la primera piedra, vaya a la Cordillera, y mire, y escuche, y, después

de vivir la vida cordillerana, díganos si hay en el mundo un idioma capaz de dar digna expresión a todas, a todas las sensaciones que de ella brotan en un alma de artista como la de Mariano Latorre.

Su libro, vuelvo a repetirlo, es una innovación.

Los antiguos solían enseñar que, en literatura, no se trata de escribir cosas nuevas, sino de dar novedad a las cosas antiguas: *non nova, sed nove*.

Mariano Latorre ha obedecido a la regla tradicional escribiendo con novedad sobre lo más antiguo que hay en Chile: sobre la Cordillera de los Andes. Y me complazco en darle mis más sinceros parabienes por su hazaña.

OMER EMETH.
(Emilio Vaïsse)

Risquera vana

EL bandido atravesó despacio el puentecillo encaramado sobre la corriente sonora del Maule sin que su aspecto distraído denunciase la angustia que hormigueaba en su cuerpo y lo hacía apretar sus pantorrillas a los ijares del caballo para no clavar las espuelas y escapar desatinado.

Sus ojillos azules miraban recelosos hacia el cuadrado barracón que manchaba la base de la montaña con sus techos verdinosos de musgo, percibiendo los detalles con una fijeza dolorosa. Un gigantesco nogal destacaba sobre el negruzco amontonamiento de casuchas la fresca exuberancia de su follaje: bajo su copa dormitaba una carreta de altas ruedas, apoyada en el lustroso pértigo de luma. Cuando el pingo hundió las patas en la suavidad esponjosa de la tierra deshecha, se empinó sobresaltado en los estribos al no oír las pisadas huecas de los cascos en los tablones del puente. Este era el momento que acobardaba a Nicomedes: al entregar los diez cen-

tavos del derecho de pontaje temía que su sobresalto lo delatara. ¿Tendrían ya noticias de la escapada de los reos de la Penitenciaría de Talca en Curillinqui? En realidad, ponerse en la misma boca del lobo era una hazaña de que Nicomedes se alababa. Había preferido tomar este camino que en su mocedad recorrió de arriero de un negociante de animales, camino solitario y peligroso, pero en el cual no corría el riesgo de encontrarse a cada instante con los interminables rebaños que bajan o suben a los cajones de la altura; y, por consiguiente, con los soldados del resguardo de cordillera que, como el polvo del camino, merodean alrededor de los arrieros. Recordaba aquel tiempo con increíble precisión de detalles. Curillinqui no había cambiado gran cosa: la misma casa y el mismo nogal, y sobre ella, levantando sus rojizas protuberancias, veteadas de nieve, cubría el cielo purísimo el coloso andino, la sierra muda e inhospitalaria.

Al pie de la montaña, arraigados en las grietas de las piedras, enfilaban regularmente sus copas cónicas y oscuras los cipreses, y lamiendo la base granítica de las colinas, se deslizaba el río en bulliciosa carrera hacia el valle central.

Todo pasó sencillamente, sin que los ojos inmóviles del posadero revelasen la menor desconfianza; al contrario, sus gruesos labios se entreabrieron afablemente, al preguntar, pasando la vuelta al mozo:

—¿Y pa onde bueno su mercé?

—P'al puesto de On Nicasio Lillo, en el cajón de Bahamondes: le llevo un recaó al puestero.

La parte más difícil de la fuga creíala Nicomedes ya salvada. Al volver grupas, y salir del cercado de ramas secas que rodeaba al caserón, invadió su cuerpo una alegría insensata que le hizo clavar las espuelas al pingo flacucho y paciente que le facilitó un antiguo camarada, en las Garzas; pero tuvo un nuevo sobresalto al pasar frente al barracón, donde estaba instalado el resguardo. Un soldado limpiaba su rifle en la puerta; y el cañón del arma brillaba al sol con vivas reverberaciones. Apretó los dientes hasta hacerse daño, para calmar el temblor miedoso que aflojaba sus miembros. Al perder de vista, tras un recodo del camino, el amontonamiento de barracas de Curillinqui, casi una aldea de la sierra, desahogóse en un suspiro de alivio su corazón acongojado. Crefase libre, pero comenzaba, sin embargo, la parte más ruda de su éxodo. Un poco más allá, después de la última casita de la altura, seguía el lento ascender hacia las cumbres, faldeando la sierra en cuyos flancos de piedra nacen las rachas indómitas del puelche, hijo del sol y de la nieve.

El ansia gozosa de verse libre de los hombres, le ocultaba por el momento los peligros; pero al estrecharse el sendero que en la proximidad de las casas era amplio y fácil como una carretera, el problema se presentaba con fatal incertidumbre. Más arriba, debía buscarse él mismo el sendero más fácil y me-

nos peligroso. Para un hombre de la sierra que conoce la cordillera, como un inquilino los rincones de la hacienda, el camino no tenía dificultades. Para Nicomedes, aquello era tan odioso como las paredes húmedas de la cárcel o el grillete orinoso de los penados: era sencillamente superior a su voluntad y a sus fuerzas físicas, a pesar de que bajo la manta de Castilla se dibujasen rectas y poderosas sus firmes espaldas de criollo. Su vida perezosa de tenorio de arrabal, pegada al mesón de las cantinas, en plática agradable ante los naipes y el cigarrillo barato, había impreso en su sangre un sello de indolencia corrompida. Aquel vivir tenía que arrastrarlo fatalmente por un mal camino, aunque sus instintos fuesen como los de todos los criollos, buenos y sencillos. Había llegado de un campo, vecino a Talca, a hacer su servicio militar en la ciudad; y lentamente la vida urbana, con sus cantinas llamativas espolvoreó de vicio la áspera rusticidad de sus costumbres. Concluído el servicio se quedó en el pueblo. Empeñó las botas y compróse un pantalón bombacho de diablo fuerte: con esto adquirió su facha peculiar de petrimetre del bajo pueblo, especie de chulo andaluz degenerado, uniéndose con una hembra cualquiera a expensas de la cual comenzó a vivir y al cabo de algún tiempo no quedaban rastros del antiguo campesino ni en su jerga de vago. Poco a poco su simplicidad bonachona se cambió en la más inquinosa hipocresía. Comenzó a odiar a sus cama-

radas, tomóle apego bestial a las peleas y a las riñas de gallos y los triunfos que su cuerpo sano obtuvo entre sus camaradas de vicio, lo rodearon de un prestigio de matón que ostentaba antipáticamente en todas partes.

Era guapo el mozo sin embargo! Alto, fornido, de movimientos reposados, llenos de latente vitalidad. En su cabeza de aguda nariz aguileña, brillaban sin doblez unos ojos celestes, inexpresivos, tranquilos, y como un coronamiento de su fuerza, enmarñábase sobre su estrecha frente una masa encrespada de color terroso que formaba exageradas hinchazones bajo las tias alas de su sombrero de seductor de barrio.

Y en cuanto a su ternura varonil, más de alguna muchacha escapada de la casa de un prohombre talquino, pudo dar fe de lo que era Nicomedes Román. Su pasado estaba muerto: no volvería al campo tranquilo y solitario, a la choza sucia de la orilla del estero, junto al padre callado e indiferente, junto a la vieja de mal genio que no paraba de hablar mientras revolvía las cacerolas, lavaba las ropas o pelaba las papas para la cazuela cotidiana. Su vida era una vida de lance: vida de perro de presa, instintiva, cruel, vida de lucha en que había que gruñir y mostrar los dientes para alejar al enemigo que llegaba a disputarle la hembra o la ganancia del monte, base económica de su vida de vagabundo. Las borracheras i trasnochadas habían vuelto irri-

table su pachorra de rústico, y por *un quítate d'iai, om*, reñía con el primero que miraba a su moza, o le dirigía una palabra burlona. Así, ni él mismo supo como sucedió aquello: Un muchacho empleado en la estación, rondaba a su moza, le dirigía pullas envidiándole su fortuna y cuando le ganaba sus chauchas, con insoportable buena suerte, le cantaba al oído el refrán: «afortunado en el juego, desgraciado en amores», con un tonillo que lo sacaba de quicio. En el fondo, no le importaba gran cosa la querida. Las bromas del muchacho herían más bien su irritabilidad de hombre descontentadizo, el que se opusiese un obstáculo a su vida indolente y el que la audacia del joven hiciese sonreír a los demás. Esa noche, en un bar de arrabal, un malhumor negro lo hacía apretar los dientes y fruncir el ceño: bebía del enorme potrillo, de rayado cristal, donde se zangoloteaba un líquido morado, con una sed loca y rabiosa. Le molestaba la alegría del carrilano bailando y tamboreando sin cansancio, presa de una embriagante actividad. Aquella locura parecía un insulto y una provocación: había hecho sentarse a su lado a la muchacha que mordisqueaba su pañuelo, roja la cara alcoholizada y aviesos los fríos ojos de ramera.

Al acercarse el gañán al rincón donde jugaba; y al pedirle la china *pa una vuelta*, con actitud al mismo tiempo zumbona e inocente, le golpeó la cara hipócrita con violenta furia. Formóse el coro de re-

glamento y el duelo comenzó. Pegábanse friamente, sin apresurarse, pero la rabia contenida, la rivalidad latente entre ambos asomábase a sus ojos de una fijeza de acero. El muchacho atacó con increíble empuje y su mano cuadrada de gañán, hizo vacilar al hombrón que retrocedió hasta tropezar con las mesas de la cantina. Esto lo exasperó: su frialdad cambiósese en fuego ardiente que quemaba sus ojos. Sacó de la faja con ágil destreza el corvo diminuto, cuya punta disimulaba bajo el enorme índice; y rápido y seguro rebanó el vientre del carrilano que pesadamente se desplomó, sujetándose la herida con las manos crispadas. Después sintióse calmado, tranquilo; y tranquilo y calmado se entregó al sargento del retén que lo llevó a la cárcel. Sin embargo, esto era como una bruma en su vida. No le remordía el pasado, ni tenía un recuerdo para las personas con quienes vivió en contacto. Sentía correr su sangre y el ímpetu de vivir lo impulsaba: había que salvarse cuando la vida peligraba, matar si era preciso, pero había que vivir; para eso se tienen anchas espaldas y poderosa salud. Este mismo pensamiento lo impulsó a fugarse de la penitenciaría, aprovechando una sublevación, y subir a la sierra en busca de las estancias de la pampa, donde a un chileno no le faltaría trabajo en la próxima cosecha del trigo. A medida que avanzaba, reconocía el camino con ese instinto maravilloso del hombre de campo. El sendero corría como un arroyuelo cara-

coleante al pie de un murallón de enorme base, alfombrado hasta la cumbre de retorcidos michayes verde-oscuros: detrás cantaba el Melado que nace de los ventisqueros de un volcán, cuyo cono nevado se levanta por encima de aquel mar de cumbres y desagua en el Maule su caudal puro y espumante. Allí las cumbres se amontonan pegándose unas en la espalda de las otras; y uniéndose irregularmente entre sí como las nubes de un movable cielo de tormenta, y el río se retuerce en el fondo del precipicio, con ruido sordo y lejano. Pasados aquellos voladeros famosos donde han caído muchos animales y jinetes, la sierra parece abrirse, dejando entre los montones de rojo granito vegas amplias que cubre el verde terciopelo de los pastales. Por lo común un arroyo que nace de un planchón de nieve adormecido en la quebrada, baja la montaña en murmuradora carrera, atraviesa el cajón y va posiblemente a otro lugar más bajo, en desesperada fuga hacia la quietud, hacia los terrenos llanos.

Nicomedes, en cambio, subía y subía desesperadamente; y en su afán de respirar con libertad, sin temores, se imaginaba en el desierto armonioso de las cumbres, que el hombre, el enemigo, estaba lejos, muy lejos, en lugares adonde él no llegaría nunca. Pasada esa etapa peligrosa, recordaba los cuatro ranchos del puestero o capataz de don Nicasio, donde había alojado hacía diez años, siendo un muchacho. Ahora lo aguijoneaban el apetito y el calor del

mediodía. Bajóse del caballo al comenzar la cuesta, a pleno rayo del sol; y mordió ávidamente el charqui duro que llevaba en el bolsillo, masticándolo con furor. Volvió a invadirlo una negra incertidumbre: aquello era superior a sus fuerzas. Hasta echaba de menos la húmeda quietud del calabozo donde, mal que mal, se comía, sin hacer absolutamente nada; calmóse y sintió deliciosa frescura al beber el agua de un arroyo que saltaba ruidoso por entre peñas angulosas; y llevando el caballo de la rienda atravesó con grandes precauciones el sendero, pegado a la falda de la montaña. La cinta blanca del camino, abierto en la roca caliza, se perdía al adelantarse hacia el río un espolón de granito; y reaparecía luego, culebreando en monótona curvatura. La soledad sin pájaros del mediodía estaba llena del borboteo del agua espumosa. El hombre agachado, temeroso, arrastrando el caballejo paciente, subía y bajaba, ansioso de librarse pronto de aquel abismo cuajado de árboles, camino del agua triunfadora.

A la una del día, sudoroso y hambriento, llegó al grupo de ranchos cuyos techos de totora cenicienta bañaba de verde sombra la copa dormilona de un sauce llorón. Bajo aquel ángulo diedro de viejo carrizo, donde picotean semillas secas diucas y jilgueros, adivinábase grato frescor de cueva. El bandido había recobrado su aspecto cazarro; y su voz era débil, como para infundir compasión, al preguntar a una vieja enteca, de ojos vivísimos, pegados los

blancos mechones a las sienes, que hacía girar la rueca en medio de la ramada, torciendo diestramente la hebra en sus dedos temblorosos:

—¿Hay posá pa unos días, pa un hombre enfermo?

En ese momento en la puerta de la casucha frontera apareció la figura cenceña y nervuda de una moza morena, que miraba curiosamente al recién llegado. Como ratoncillos miedosos asomaban por la parte trasera del rancho su cabezuela desgredada dos chicos harapientos abrazando, en fraternal camaradería, a un corderillo blanco.

La vieja había dejado su rueca y se acercaba a la vara lustrosa que como un barandal separaba la ramada que servía de cocina y comedor, del trozo de tierra apisonada que era como una prolongación del camino. Al otro lado, dos ranchos de barro y totora, primitivos y sucios como rucas de indios, levantaban pesadamente sus paredes torcidas.

—Apéese, y tome asiento su mercé. ¿Pa onde bueno tan temprano?

—Pa l'Argentina, a comprar animales. ¿Toavía ésta es posesión de On Nicasio Lillo?

—Toavía; m'hijo es el capataz de on Nicasio: puallá poirá contrarse con él; anda comprando novillos p'al patrón.

Sentóse Nicomedes en el duro banco, pegado a una especie de mesa que llenaba toda la ramada; y con indecible placer, con infinito regalo, alargaba

sus piernas cansadas por la caminata. La moza se había acercado; y con cierta sequedad que quería hacer amable, casi sonriente, le había dado las buenas tardes, preguntándole:

—¿Viene enfermo su mercé, no será un fiebre?

—No, señorita; un mal de vientre; una cosa que no me deja comer; y me dan ganas de echar las tripas por la boca.

Sonrióse el mozo; ella también se sonrió, mirándolo ahora con sus ojos fríos, pero sanos y francos.

—Lo habrá desconocío el agua, maire.

La vieja, sin mirar, liaba un pitillo de hoja; y decía por lo bajo, como contestándose ella misma:

—Frialdá de vientre; se puee quitar con una bebía e maqui. Allí en el soberao hay maqui seco, Florinda.

Salió la moza, en la mano un jarrito descascari-lado, dispuesta a ser amable con el forastero. Al atravesar apresurada el camino de la ramada al rancho, sus pasos se alargaron en un ridículo trote de caricatura. La vida entre aquellas faldas que parecen precipitarse en fuga vertiginosa hacia las partes llanas, había impreso a su andar seguro de moza robusta una actitud de eterno ascenso.

Nicomedes paseaba sus ojillos azules por el pequeño recinto encerrado entre cerros; y una suavidad cariñosa, como si se sintiese libre de insoportables ligaduras, envolvía su cuerpo macerado. Comenzaba la siesta serrana: una paz luminosa se

adormecía sobre los picos rojizos; el cielo, de amable transparencia, azuleaba quieto y hermoso por encima de las cumbres, el río cantaba su abrupta canción entre las piedras del lecho y el corderillo balaba entre los brazos morenos de los muchachos, con balido dulce y prolongado.

II

El bandido sintióse a sus anchas en el rancho. La vida tranquila, abundantemente nutrida, hacía renacer poco a poco sus fuerzas. Hinchábanse de grasa sus carrillos tostados y resplandecían de salud sus ojillos de peuco. Sin saber por qué imaginábase completamente libre en la choza, no ignorando que a tres horas de camino estaba el resguardo de cordillera; pero esto no lo inquietaba. Seguramente no sería él de los más perseguidos, puesto que su crimen había sido una riña, como las hay a millares en las cantinas. Su vida obscura y vagabunda nada tuvo que ver con la policía. La traicionera puñalada era para su moral de matón, la pena que merecía la audacia del carrilano, y como último recurso, conservaba bien guardado su título de cabo en la cartera interior de su chaquetilla, título que era su orgullo y su gloria. Habíale crecido la barba, vigorosa y espesa, de un color de estopa; y su impro-

visado traje cuidábalo con una pulcritud de petrime-tre. Todos los días limpiaba sus alargados zapatos de chulo, y todos los días se anudaba al cuello su pañuelo de seda desteñido por el uso, haciendo prodigios de ingenio para presentarlo por el lado más limpio y ataba a su robusto tronco, con pliegues innumerables, la banda roja de nuestros rotos. Su vida anterior renacía en medio de la sierra como la simiente de las yerbas al beso del sol, después de haber dormido bajo un manto de nieve. ¡Qué agradablemente llegaba para él la hora del mediodía, con las sabrosas presas de la cazuela chilena, cuyo caldo espeso espolvoreaba de ají la mano morena de la Florinda. Sacaba chorreando de líquido sustancioso y humeante la cuchara de hojalata y chupaba insaciable la pulpa rosada del trutro o la carne harinosa de la pechuga. Bien veía Nicomedes que la moza lo miraba con buenos ojos; y él esperaba sacar el provecho conveniente de esta afición. La muchacha y los pequeños eran su apoyo en contra de la anciana en cuyos ojos, de agudo mirar, palpitaba una desconfianza rencorosa. Mientras el hombre anduviese en la pampa, Nicomedes sentaría sus reales en el rancho; después, para el pago de su comida y del talaje del animal, Dios diría. Perezosamente resistíase a pensar en esto; y si un asomo de peligro vislumbraba en la bruma de su naturaleza instintiva, hacía un gesto indolente, mezcla de desprecio y asco infinitos, diciendo:

—Salvando el pellejo...

Llevaba una vida animal. Comía hasta hartarse y luego, ahito, iba a tenderse bajo la sombra de un guindo, acribillado de frutas oscuras como sangre coagulada, que caían sobre él con suave golpe, a cada ráfaga de viento. A veces, si su pereza se lo permitía, alargaba la mano y tragaba guindas con incansable voracidad hasta que un sueño espeso, tenaz, lo hacía roncar ruidosamente. Por entre el verdor movedizo del árbol cabrilleaban rayolas de sol, que de cuando en cuando jugueteaban en la barba de Nicomedes, la canción del agua, uniforme y potente, llenaba la quietud cristalina del aire montañoso, y detrás de la choza, fulgurantes, inquietos, heridos con la flecha divina, los ojos de Florinda se enternecían hasta la humedad, ante el robusto corpachón de Nicomedes sesteando a la sombra del guindo. Una inquietud desesperante mordía la carne de la muchacha: extraña laxitud inmovilizaba sus miembros duros y morenos, musculosos como los de un muchacho robusto, al bajar al río con su atado de ropa y su lustrosa paleta de lavandera. Quedábase helada, llenos de fuego los ojos, mirando las zabullidas acrobáticas de las corrientes, pequeños patos que resisten con extraño placer el explotar de las espumas desbordadas. Tenía que detenerse veinte veces en el sendero empinado que bajaba al río, presa de un extraño cansancio; y entonces, con histérica exaltación, apretábase su naciente seno

de virgen y cubría con una inmensa caricia de amor, la montaña salvaje, el río sonoro y el cielo impasible. Y no venía la calma realmente sino cuando, so pretexto de colgar la ropa al sol, entraba al pequeño huerto de frutales, donde el mozo dormía la siesta; y enhebraba el palique, sintiéndose alegre y contenta con los dicharachos de Nicomedes. Había largos instantes de silencio, silencio grave de la altura en el que sentía latir su corazón montaraz de invencible deseo, sin encontrar en los ojos del guaina ese tibio fulgor de correspondencia.

Vivía la sierra con vida imponente y majestuosa: graves y solemnes, levantaban las cumbres al cielo sus conos que la nieve suavizaba y de las quiebras y hendeduras de sus laderas bajaban hirviendo hacia el lecho del río, un millón de arroyos cristalineros. Cantaba la sierra su canción sin término, bajo la augusta y enorme plenitud de los cielos. Acá abajo, rojeaban las guindas y palpitaban los cuerpos de deseo.

—Mire, Florinda, mire ese pollo rabón que nos mira asustado. Nos cree novios.

La moza sonreía con infinita dicha y sin mirar a Nicomedes, sin hallar qué hacer con sus manos curtidadas de trabajadora, observaba sentenciosamente:

—Es que debe haber visto una culebra.

III

Desde hacía algunos días notaba Nicomedes en los ojos de la vieja un rencor sin disimulo. En sus ojillos turbios y desconfiados palpitaba un odio animal, acometivo. Ya no era un misterio para ella la actitud del bandido, desvergonzado y flojo, veía alejarse las monedas del hospedaje; y una rabia vengativa, que la soledad de la montaña arrinconaba en el pecho como un murciélago, la volvía de un genio endiablado. Esperaba todos los días impaciente que llegara algún pastor de Don Nicasio en busca de provisiones, para mandarle un recado al marido sobre este intruso que había tomado posesión de la vivienda y no había modo de alejar. Se daba cuenta claramente la vieja de la predilección de la muchacha, desviviéndose por servir al ajuerano, que recibía estos halagos con la naturalidad, sin agradecimientos, de un marido. Veíala quemarse los dedos, en las noches, al sacar las doradas tortillas del montón de cenizas y cebar cuidadosa el viejo mate de calabaza que alargaba a Nicomedes con una sonrisa satisfecha y pedigüña.

¡Ah! viejecita de la sierra, de arrugadas carnes y ojos helados, bien haces en defender tus ganancias y el pan escaso de tus días serranos; bien haces en prevenir a la moza inexperta que siente arder su

sangre al contacto de unas palabras más dulces que los cóguiles almibarados de las cañadas; pero ya es inútil: el sol ha derretido la nieve del ventisquero y por las hondonadas y las quiebras, por los abismos y los peñascales, se desborda el agua juguetona, exaltada en santa desesperación, llevando en su seno semilla de vida fecunda y eterna.

Florinda ya no disimulaba su cariño. A las observaciones secas y duras de la anciana, había opuesto una murria obstinada y hostil. Dejaba que su madre hablase a borbotones de la «sinvergüenzura» del mozo, de su terrible voracidad y de su risita engañadora. En las noches, al tenderse en su camastro, en el interior del rancho enhollinado, la voz aguda de la vieja, con rara locuacidad, esgrimía aquella arma de crítica que terminaba siempre en una frase balbuceante y apenas perceptible:

—Vos no sabís qu'ese ajuerano es treicionero como cernícalo.

Cada palabra caía en el corazón de la moza como una gota de nieve, implacablemente destructora. Se revolvía desesperada en las sábanas burdas del lecho, y cerraba los ojos para ahuyentar la voz maléfica que amargaba su dicha apagando esa luz maravillosa que la hacía languidecer como en un espasmo, al acariciar con sus ojos el cuerpo varonil y fornido de Nicomedes Román; pero en el interior se había cuajado, con ciego determinismo, su verdadera decisión: quería al joven y no habría fuerza humana

que la separara de él. Su rancho, las ropas que lavaba todos los días, las pláticas interminables al calor de la fogata en las silenciosas noches cordilleranas, sus hermanillos, su misma madre, buena, a pesar de su avaricia, todo eso eran lazos de los cuales nunca se hubiera desprendido, eran carne de su carne, sangre de su sangre; i el solo pensamiento de separarse de ellos, de cambiar de vida, aunque fuera vida más holgada y agradable, la hubiera muerto de pena; pero ahora nacía en ella un alma desconocida, generosa, abnegada, llena de bondadosa indulgencia; nacía el amor en su carne endurecida por las privaciones como el rojo resplandor de las amapolas en la falda de las montañas al llegar la primavera. Y en el fondo de este aturdimiento, como una rosa de rubor, púdica y sensual, formulábase la gran pregunta:

—¿Cuando me dirá que me quiere?—Y a pesar de la madre, del rancho, de sus hermanillos, la sangre contestaba victoriosa, inundando de una oleada de vida las mejillas cetrinas de la muchacha. ¡Vete con él, vete con él, tontona!

Y con él se fué la moza una mañana de Febrero. Casi no supo cómo había aceptado. Un día, a la orilla del río, mientras apaleaba la ropa y a fuerza de golpes quería como apagar su pena, confió a Nicomedes el secreto de su pesar, la necesidad que tenía de irse porque un inquilino de don Nicasio había traído la nueva que su hermano llegaría al

«Médano» en algunos días más. Lo habían encontrado en el «Cajón del Guanaco» con un piño de vacas; y para un «baqueano» de la sierra aquel era un viaje rápido. No hacía alusión ninguna a su amor, trataba como de advertirle generosamente que debía ponerse en guardia y alejarse en otra dirección. Su hermano era un hombre rudo que no perdonaba deudas de dinero y él, en medio de la montaña, corría peligro.

Y cuando Nicomedes, fríamente, sin cariño, por prolongar el mentiroso engaño hasta el último instante, habló humildemente:—¡Yo me hubiera io ya, sino hubiera sío porque la quería!— el recio golpe de la paleta sobre la ropa rezumando lavaza se detuvo, y la voz de la sierra, voz de silencio salpicada de espumas sonoras, preponderó como un cántico de vida.

IV

Florinda no olvidó nada para su viaje de novia. Febrilmente hizo las provisiones para varios días, observando recelosa a la vieja que, como de costumbre, rumiaba destempladamente amenazas e insultos. En silencio ensillaron los caballos cuando el primer claror del alba despertó la sierra de su sueño pesado y solemne y se pusieron en marcha sin contratiempos. Al bajar al fondo del cajón la pri

mera luz del sol doró con su tibia y medrosa caricia el mar de cumbres moradas. Con el sol pareció también despertar la sierra helada, y para su corazón palpitante de amor como el pecho de una tórtola miedosa fué algo más la sierra, que el mudo oleaje de puntas bermejas, bañadas de sol. Sonaban más las aguas rodando desatentadas por los altibajos de los faldeos, los quillayes sombreaban los altiplanos, saledizos balcones, de granito, inclinados sobre el abismo sonoro del río, con su nota de espesa negrura, el cielo impasible, inundado por la neblina dorada del sol naciente, envolvía la sierra con quietud apacible y deliciosa. Los caballos tranqueban por los pedregosos senderos con esa activa seguridad de los caballos serranos. Nicomedes soltaba a menudo las riendas para restregarse las manos heladas que debía coger sobre la marcha a una advertencia de Florinda. Mudo, encogido, apretando los dientes, miraba con odio la frescura penetrante del aire, que, en la calma de la mañana, parecía una inmensa cúpula de cristal que aislara la sierra del viento furioso. La moza, en cambio, habituada a aquella vida áspera iba perfectamente serena. En su pequeña cabeza tostada, dura, brillaban unos ojos inocentes que envolvían al mozo en tímida caricia de amor. Posiblemente la asombraba su silencio, después de las pruebas de amor que creía haberle dado; y de buena gana hubiera querido que le agradeciera el sacrificio con una delicadeza cari-

ñosa que ella se imaginaba, sin precisar, en el fondo de su naturaleza femenina, abierta de golpe al instinto de la especie. El mozo limitábase a volver su pequeña cabeza de lechuza inspeccionando el camino. Un gesto de molestia arrugaba su entrecejo. Aquella extraordinaria mujer que marchaba a su lado parecía pesarle como una carga sobre los hombros. La examinaba de reojo; y la satisfacción de la moza con sus ridículos atavíos lo hacía morderse de rabia.

Parecía creerse dueña absoluta de él, dirigiendo la marcha con estúpida seguridad. Surgía su figurilla enteca de en medio de los pellones de la vieja silla, de en medio de las prevenciones hinchadas de comestibles con una cómica seriedad; y con cómica seriedad se aplastaba sobre sus tiesos pelos de mestiza araucana un sombrerillo de paja. Ella había puesto toda su coquetería montañesa en estos atavíos de desposada. De sus orejas colgaban unos aros extraordinarios y a su cuello estaba atado a modo de collar de extraños óvalos macizos, un pañuelo de yerbas de rojas orillas. Nicomedes miraba ese collar extravagante y se reía de la muchacha. Ante aquel detalle divertido convertíase su rabia interna en un deseo cruel de burlarse de Florinda, de echarle en cara su mal gusto, su falta de gracia para todo; pero luego reaccionaba pensando que ella llevaba la comida, y esto le evitaría a él un tra-

bajo pesado. Ya habría tiempo, por lo demás, para aprovechar una buena coyuntura y separarse de la moza.

Sin embargo, su deseo de alejarse era tan vivo, tan intenso, la risa cruel borboritaba tan indomitable en su interior, que al fin soltó la broma:

—Mire, Florinda, ¿d'ionde sacó ese collar tan bonito que le asienta tanto?

Pero la mirada franca de la muchacha, la sonrisa sana de sus dientes blancos y luego su respuesta sin malicia, lo desconcertaron por completo:

—Así se llevan los huevos pu' aquí, por la cordillera, On Nicomedes, pa que no se quebren.

Y en estas palabras había una deliciosa muestra de cariño, una delicadeza ingenua que brotaba de su alma ruda, llena de ternura, como gotear armonioso de vertiente en el seno de un áspero peñascal.

Sin embargo, el aspecto ceñudo de Nicomedes, su pereza, el misterio de su vida anterior, la hacían recordar en medio de la exaltación de sus sentimientos, las palabras de su madre cada vez que la encontraba sola en el rancho:

—Cuidao, Florinda, los guainas son como risqueras vanas, por juera parece que no hubiera ná, y aentro hay escondío un zorro.

Estas dudas no le impedían quererlo siempre: eran apenas un reflejo de cordura en la demencia enardecida de su sangre. La hembra instintiva despertaba en ella con sus dulces arrebatos de esclava.

Nicomedes era su amo; y podía disponer a su antojo de ella por el solo hecho de tener anchas espaldas y una altiva cabeza coronada de greñas.

La pareja marchaba silenciosa por el sendero abierto en medio del bosque de quillayes. El sol ascendía llameante por encima de los montones rojizos de las cumbres; y su dorado resplandor hacía despertar la sierra de su letargo gigante. Los cipreses parecían sacudir la negrura de sus copas y el deslumbrante blancor de las aguas deshechas entre los peñascos salientes del álveo parecía la misma nieve de la falda que de improviso se hubiera convertido en un chorro espumoso aburrida de su alba inmovilidad.

Florinda había tomado francamente la delantera y su caballo mulato ascendía los senderos apenas trazados con una seguridad incansable. Echaba hacia adelante su corto cuello; y jadeando anhelosamente afirmaba en las lastras movedizas su pequeña pezuña, como si fuese una mano vigorosa.

Ascendida la garganta, encontráronse en la cumbre desamparada. El viento de la sierra dominaba allí a su antojo. Soplaba incansablemente, impregnado de hielo, con estridente silbar, y sus ráfagas casi visibles, que barrían el cielo inmenso dejándolo de un acuoso color azulado, llevaban la armonía de los torrentes, esteros y riachuelos, la canción del agua que buscaba camino por la falda de los macizos hacia el lecho del río.

Nicomedes había intentado hablar varias veces; pero el viento era tan terrible que apagaba los sonidos apenas salían de la boca. Desmadejado por el viento, rabioso, maldecía una vez más su perra suerte, deseando en su desesperación de vago, tirarse por aquel desfiladero sin término. Florinda, en cambio, estaba en su elemento. Su pequeña cara cetrina, dura, de inexpresivos ojos, tenía la misma fría inmovilidad de la sierra. No la preocupaban sino las riendas de su caballo; y su gesto era tan decidido y tan claro que la misma bestezuela parecía comprenderlo, moviendo con pasmosa seguridad sus ágiles remos.

A las diez, comenzaron a descender hacia un cañón que desde lo alto divisábase como un luminoso óvalo de verdura atravesado por una barra de plata: un riachuelo que bajaba de una falda y atravesaba la pequeña explanada, espumoso, desbordado, haciendo un infinito esfuerzo por llegar luego a un lugar donde adormirse, en el quieto silencio de un lago o en la boca insaciable de una caverna subterránea.

A media falda el viento se calmaba. Su silbido inacabable no hería los oídos. Parecía aclararse el paisaje; y entonces el sol del medio día, sol de pleno verano, caía como una vertical de fuego sobre las cabezas de los viajeros.

Nicomedes, desesperado, suplicante, clamó ahora por un poco de sombra. La muchacha lo miró sin

responderle; y le indicó con un gesto el verdor apacible del vallecito. Media hora más y cruzaron la exuberante alfombra de pasto que atravesaba el arroyo como un bordado de alba espuma. Los caballos alargaban sus cuellos y abrían voluptuosamente las ventanillas de las narices con embriaguez ansiosa de la comida y del descanso.

Los desensillaron y los dejaron libres. El pequeño caballo de Florinda relinchó alegremente, y dió dos coces al aire. Nicomedes no concluía de aflojar las cinchas del avío. Tuvo que ayudarle Florinda.

Sentáronse en el pasto, bajo el cono de sombra de un peñasco puntiagudo. Florinda dió un trozo de pan moreno a su novio. Sacó, en seguida, de la alforja un pollo que Nicomedes miró ávidamente.

—Luego haremos un ulpo, dijo, sin mirar.

Y comieron largo rato en silencio. De improviso, irguiendo bruscamente la cabeza, levantó la mano hacia el cielo que se espaciaba inmenso y azul encima de las cumbres.

—Mire, Nicomees, un buitre.

El mozo levantó la cabeza, aun chupando un hueso.

Un cóndor, cuyo cuerpo desaparecía bajo las enormes alas, bajaba parsimoniosamente hacia el cajón. Sus tias alas oscuras, de remeras desteñidas, proyectaban una sombra vaga y movediza que corría vertiginosamente sobre el soleado verdor del mallín, como si temiese quedarse atrás.

Nicomedes habíase parado y lo miraba fijamente. Su expresión de aburrimiento había desaparecido. Arrojó lejos el hueso que chupaba: y siguió con los ojos el rápido volar del ave hasta que se perdió en el abismo azul de un cajón cercano.

—S'iubiera tenío mi Mauser, l'abría voltiao d'iun tiro, dijo encogiendo el hombro derecho, con un gesto de rabioso desaliento.

V

Después de medio día volvieron a ponerse en marcha.

Como siempre caminaban silenciosos. De vez en cuando, Florinda solía hacer una observación:

—Así como vamo, podemos alojar en el escorial de la l'áuna, esta tarde.

Nicomedes la miraba sin responder; y después de largo silencio, como si de improviso se arrepintiera de su descortesía, preguntaba, procurando ser amable:

—¿Qué es escorial, Florinda?

—Una casa e pieira respondía la moza, contenta de que Nicomedes la consultase alguna vez.

El bandido había resuelto separarse de ella en cualquier momento favorable. Sabía, por la misma Florinda, que orillando la laguna del Maule, hacia

el puelche, llegaba en tres horas a los primeros puestos de pastores argentinos. El alimento producíale inquietud, pero era necesario dejarlo si no quería descubrir sus intenciones. Ya encontraría en el camino quién le diese un ulpo o un pedazo de carne. Cruzóle varias veces por la cabeza, la idea de darle un empujón en un voladero; y librarse así de ella; pero la soledad de la sierra lo intimidaba, llenándolo de supersticioso sobrecogimiento. El no era, tampoco, un asesino. Se complacía en evocar su pasado militar; y en su desaliento y en su fastidio, la visión de su traje de cabo en las brillantes paradas, era como una resurrección de nobleza y de orgullo. Orgullo de su persona, de su apostura. La mujer en este camino triunfal era a lo sumo algo más que el vaso de chicha o la soldada mísera del conscripto. Lo esencial era su fuerza, su belleza, el orgullo de sentirse militar, hombre audaz; lo secundario, la hembra, que tropezaba en su camino, así como se tropieza con un billete en medio de la calle. Cuestión de buena suerte, en suma.

Esta decisión, sin embargo, lo hizo redoblar su amabilidad. La cuestión era no despertar sospechas en Florinda; y ladinamente indagar cuál era el verdadero camino de la Pampa.

Y como una curiosa reacción, la muchacha comenzaba a dudar. La actitud indiferente de Nicomedes, su desdén mal disimulado, llenábanla de una

punzante desazón. Empezaba a ver claro; pero seguía adelante obstinadamente.

Las palabras sentenciosas de su madre, aparecían ahora ante sus ojos con un extraño tinte de fatalidad.

—Cuidao, Florinda, los guainas son como risqueras vanas: por juera parece que n'hubiera ná, y aentro hay escondío un zorro.

Y la moza veía a este zorro, de hocico puntiagudo, asomando su cabeza para inspeccionar el camino, por debajo de la peña gris, que para todos era impenetrable como el pensar de los guainas.

Caía el sol cuando llegaron a la laguna del Maulé: un inmenso crepúsculo cristalino disolvía el vago perfil de las cumbres en su ceniza sombría y, pesaba, con mansa quietud, sobre la laguna cuyo limpio espejo manchaba el óvalo obscuro de un pato silvestre.

Florinda señaló a Nicomedes la boca de la casa de piedra.

—Allí tá l'escorial: allí mesmo alojamos con Segundo el año pasao.

Mientras desensillaban los caballos, la sombra envolvió la sierra en un manto de negrura impenetrable, y el inmenso cielo apareció espolvoreado con millones de frías partículas de nieve. En el seno de las tinieblas se dejó oír la voz del agua, lenta y grandiosa, como el palpitar del corazón en las grandes estupefacciones.

Por un momento, en el interior de la cueva, encontráronse envueltos en la más profunda oscuridad. Esto los hizo acercarse instintivamente, y Nicomedes rodeó con su brazo el talle casi varonil de la serrana. En ese instante volvieron a desaparecer los celos en el corazón de Florinda: el aliento cercano del mozo era un fuego devorador que consumía sus dudas, como las llamas los brazos resecos de los quillayes en los roces. Y Nicomedes, al estrujarla contra su cuerpo, no mentía. La soledad, el ruido, la muda solemnidad de la montaña convertían en ternura lo que antes era odio y malhumor.

No pensaron en preparar la comida. El creciente hielo de la altura, a medida que la sombra se enseñoreaba, los hacía apretarse el uno contra el otro desesperadamente. La vida triunfaba de nuevo de las miserias y pequeñeces de la bestia humana como en aquella lejana noche mitológica del Paraíso; y al unirse en un beso ardiente, sobrehumano, no eran un hombre y una mujer sino la raza humana en cuyo abrazo de amor duerme la semilla eterna de la vida, el grito gozoso de la especie.

Poco después, la luna inundó la tierra de purísimas claridades; una hermosa luna bruñida, lavada en agua de nieve, que trocó en fantasmas amenazantes los espolones de la montaña y en regueros de fundida plata los cursos de agua que caracoleaban en sus faldas, en busca de la dormida apacibilidad de la laguna.

VI

Nicomedes despertóse molido al quebrar los pálidos albores de la mañana. En la boca de la cueva aclarábase por momentos la gran mancha gris del amanecer; y como en el objetivo de un anteojo veíase un pedazo de montaña sin árboles, y la laguna verdinosa al pie. Intentó incorporarse en los pellejos, pero el agudo dolor de sus carnes molidas lo hizo apretar los dientes de rabia.

Trataba de pensar en el terrible viaje y en lo que haría después, pero su cerebro estaba tan inerte como los músculos que ahora estiraba con grandes precauciones para no sentir las punzantes magulladuras.

Echó a un lado la manta que le había servido de cobija; y se puso de pie con toda clase de precauciones para no despertar a Florinda.

Apretóse la faja roja a la cintura, y entre un par de bostezos interminables, al ver a la moza que dormía profundamente, quietamente, apoyada la cabeza en los pellones de la silla de montar, recordó con súbita precisión lo que había hecho y lo que fatalmente debía hacer. En su naturaleza casi animal dormía en germen el individualismo bravío de los araucanos, el aislamiento primitivo de las razas sin porvenir.

Avanzó con toda clase de precauciones hasta la boca de la cueva y salió hacia afuera. Una bandada de flamencos tendió el vuelo hacia el interior de la laguna apenas su silueta apareció en la explanada.

El cornetazo estridente de una corralera, seguido de un aletear ruidoso por encima del agua, lo hizo estremecerse y mirar hacia la boca de la cueva donde la moza, adormecida en su amor satisfecho, soñaba acaso que la espesa barba de Nicomedes Román rozaba su carne dura de serrana.

Era preciso obrar con rapidez, antes de que la muchacha despertara. Ensilló al caballo y colgó las laboreadas prevenciones en el arzón de la montura. Iba a poner el pie en el estribo cuando lo asaltó un remordimiento. Hubiera querido dejar a Florinda un trozo de pan y un poco de harina, pero la duda fué momentánea. Subió al caballo y echó a andar por la orilla de la montaña. Pensaba, haciendo su gesto habitual de indiferencia: ¡Ella es baqueana y llegará luego!.....

Volvía a inquietarle el porvenir, pero era una duda pequeña y casi imperceptible: no temía persecuciones y el camino hacia adelante era sencillo, sin obstáculos. Pasada la laguna llegaría a los guadales cuyanos, y luego la pampa y las estancias, donde el trabajo no le faltaría; ¿y Florinda? Florinda era un accidente de la jornada, el chorro de agua con que se apaga la sed, el pedazo de pan que se pide por favor y apenas se agradece, el vaso de leche que se

regala en todas partes en la sierra: allí quedaba durmiendo apaciblemente. Cuando despertara, se daría cuenta y volvería a la choza; a lavar la ropa, a hacer la comida, a tejer la lana hilada por la abuela; y él a vivir, libre, solo, sin preocupaciones, sin pensamientos, quizá a pescar una cuyanita con tierras que lo sacase de la vida de vagabundo y lo hiciese patrón de un golpe ¿Por qué nó? Nicomedes Román no era cualquier cosa.

En su pensar confuso y enredado como rama de michay, el milagro de su escapada, su resistencia física y su fortuna amorosa, cobraban un prestigio vencedor y prepotente; el mismo que lo hacía clavar las espuelas al caballo y el mismo que borraba los débiles remordimientos, como la luz del sol los girones de sombra refugiados en los vanos de las risqueras abruptas.

Florinda se dió cuenta sobre la marcha de la fuga de Nicomedes. Antes de que su busto se enderezara en los crujientes pellones reseco había adivinado que el hombre la dejaba sola en la sierra. Casi no le tuvo odio; había en el fondo de su naturaleza ruda, un vago aroma de agradecimiento; algo así como la gota de perfume que duerme en la dura corola de la paravia cordillerana; y sólo le causaba tristeza no sentir cerca de ella la silueta varonil del

bandido, la tranquila fuerza que parecía brotar de sus anchas espaldas y de sus brazos nervudos.

Al salir a la explanada, creyó divisar al mozo que se alejaba por la orilla de la montaña; y gritó con todas sus fuerzas, en un arrebató consolador, desesperado; pero los gritos repetidos de cajón en cajón y de garganta en garganta fundíanse en la sonora transparencia del aire cordillerano como gotas de llovizna en el agua de una laguna.

Luego sintióse muy sola: humedad de lágrimas parecía subir a los ojos fríos, inexpresivos, mientras con hábil presteza ponía los pellones en el lomo de su caballo.

Al notar que las prevenciones estaban vacías, las lágrimas acudieron abundantemente a sus ojos, suaves, consoladoras, borrando incultas asperezas. Como si hablase a una persona querida, Florinda murmuró en voz baja, en dulce confidencia:

—Ni siquiera me dejó un piacito e pan!

Aiguos momentos después se puso en marcha. Alojó esa noche donde había almorzado el día anterior. Atravesó la sierra casi tranquila. Al aproximarse a su casa no sentía remordimientos, su noviazgo era como un dulce sueño al arrullo de las aguas sonoras. Temía, sin embargo, que hubiese llegado su hermano. Miró hacia el pequeño huerto, verdeante de pasto, que sombreaba el guindo familiar y no viendo ningún caballo comprendió que su hermano estaba aún en la cordillera.

Apenas había puesto el pie en tierra, cuando apareció la vieja en la puerta del rancho; y luego sus sobrinillos y en pos de ellos el cordero, que ella encontró más grande y menos limpio.

Su madre no hizo siquiera un ademán de enojo. Se contentó con decir, mientras cogía las riendas del caballo:

—¿Ya llegaste, niña?

—Si, maire, ya'stoy aquí.

Y después de un momento de silencio, mientras Florinda desensillaba febrilmente el caballejo, murmuró por la bajo, en tono sentencioso, como si en realidad estuviera enterada de todo:

—¿No vís? ¿No t'icía yo que los guainas eran como risqueras vanas?

La epopeya de Moñi

SI viene algún mozo'el plan l'icis qu'iendo rasiando el güey aguané que se salió del cajón.

—Güeno, paire.

—Si te preunta por el ganao, l'icis que se perdieron dos ovejas, de las brutas.

—Güeno, paire.

—Si te trae azúcar y yerba, la guardai en esa risquera, al lao el puelche.

—Güeno, paire.

—Si viene el buitre, ya sabís: llamarlo y tirarle cerca. Sabís qu'ianda espereció.

—Sí, paire.

Mientras decía estas palabras, Juan Maulén apretaba la cincha de su caballo mulato, sin mirar a su hijo, el pequeño *Moñi*, que, metido dentro de una vieja manta de Castilla, presenciaba la operación en miedosa actitud de respeto.

Su padre y él habían llegado a aquel paraje de la sierra a fines de Diciembre con el ganado del pa-

trón: mil ovejas y un centenar de vacunos esparcidos en las faldas del cajón, vestidas de espigados coirones y verdoso mallín.

Maulén era el tipo del viejo puestero cordillero: de rostro cobrizo y huesudo, cerrado por una barbaza rala de pelos lacios, incoloros, que colgaban sin fuerza de sus mandíbulas; el contraste del tupido matorral de un negro sucio que cubría su cráneo, arrancando casi de las cejas. Sobrio, avaro, amontonaba pacienzudamente monedas, deseoso de realizar la ardiente aspiración de su vida, y de la vida de la mayoría de los puesteros e inquilinos de nuestros fundos: poseer el terrenillo para siembras y chacras y el rancho primitivo de nuestros campesinos.

Maulén consideraba un buen negocio esta permanencia en la sierra que, además de la soldada y la pitanza, asegurábale un cierto número de corderos en las pariciones de Junio.

Maulén estaba contento y trataba de cumplir sus deberes de pastor con un celo de bestia agradecida, levantándose con las estrellas a vigilar el ganado que se repartía perezosamente por los valles y lomas en busca del coirón de las serranías.

Había escogido esa pequeña meseta saliente donde dormía con misteriosa quietud una laguna diminuta y desde donde dominaba el cajón en toda su amplitud.

El paisaje serrano, uniforme y descolorido en la

región de las altas cumbres, tenía en aquel paraje un pintoresco tinte de vida: lustroso blancor de nieve vieja en el espinazo de los volcanes, verdear de frescos pastizales en el fondo del vallecito, rojear movedizo de florecillas color de sangre en los bombeados faldeos, espumar sonoro de esteros y cascadas en las cabeceras del cajón.

Desde la pequeña meseta del pastor, resguardada del puelche por un amontonamiento abrupto de rocas grises que amenazaban caer eternamente sobre las cabezas de Maulén y su hijo, divisábanse los dentellados perfiles de las cumbres que bajaban hacia el valle, rematando en espolones interminables; y sobre ellas, como para turbar su enorme monotonía, la masa trunca del Descabezado, veteada de irregulares regueros de nieve. En su base, y por encima de las masas de montes pelados, blanquea la nieve inhollada de ventisqueros y planchones. Su mismo corazón helado se deshace un poco más abajo en madejas espumosas, en blancos brazos de agua que se escurren por los altibajos de los cerros, formando regatos y torrentes y se juntan en el fondo de la hondonada en un riacho bullanguero que abandona el cajón, saltando en los peñascos o apozándose en los aguazales, en un loco deseo de huir de su cuna de nieve.

Concluyó Maulén sus preparativos de viaje y subió al caballo. Antes de ponerse en marcha, mientras cogía las riendas del dócil caballejo mulato de

largas crines y cola lacia, hizo nuevas recomendaciones al muchacho que permanecía inmóvil, fijos los ojos en el suelo, semejante a una estatuilla de barro cocido. Por debajo de la manta desteñida se asomaban sus piececillos morenos, a los cuales se adherían las ojotas, aun con rastros de pelaje, como si fueran parte del mismo pie.

—L'escopeta está cargá, allí en la risquera. ¿Te quean pieiras pa l'honda?

—Sí, paire.

Y Moñi para confirmar su respuesta sacó con ademán brusco su mano de debajo de la manta, en la que apretaba, junto con la honda de cuero, cuatro o cinco pedruscos puntiagudos, partidos de una roca granítica con grandes esfuerzos.

Maulén pareció ya satisfecho, y sin volver la cabeza, se alejó subiendo y bajando lentamente por el enorme flanco de la montaña, fijos los ojos en los rastros que deja el ganado en la pacienzuda busca del pasto cordillerano.

Al alejarse su padre pareció el muchacho recobrar su personalidad. Su actitud embarazosa cambió por completo. Corrió hacia el borde de la meseta echadas hacia atrás las haldas de la manta, mirando ávidamente el profundo abismo hacia donde el agua bajaba en sonora cantinela, como anunciando su viaje a las nieves de las cumbres y al agua quieta de las lagunas.

En el fondo pasaba el riachuelo y en ambas ori-

llas, en medio del verdor del pasto, crecían flores rojas y azules amontonadas en las partes protuberantes como en una verde maceta rústica.

De cuando en cuando espaciábanse los flancos de las cumbres, y entonces el pasto de un intenso verdor de terciopelo que el viento rizaba como una laguna de esmeralda, refulgía al sol con tonalidades de oro, ribeteadas de sangre en las proximidades del arroyo. Desde la meseta y a través de la transparente lejanía el enorme rebaño de ovejas era como una cinta de un blanco sucio que al subir y descender por los senderos de la falda, parecía colgar a merced del viento. Sólo los vivos ojos de Moñi eran capaces de percibir desde lo alto las evoluciones de la cinta blanca que ondulaba por los peñascos salientes y los apretujados racimos de los michayes serranos, levantando nubes de polvo en las partes terrosas. A las vacas y bueyes era un poco más difícil de resguardar, porque solían separarse y buscar cada uno el sitio más pastoso o el remanso más apropiado.

Moñi volvió a divisar, desde la punta de la meseta, muy lejos, acercado por la diafanidad de la mañana de la sierra, el perfil de su padre que faldeaba la base del volcán para seguir al otro cajón a donde, seguramente, había pasado el buey perdido. Moñi no quería a su padre y el viejo tampoco parecía quererlo mucho. Tratábalo como a un perro, creyéndose dueño absoluto de él, por haberlo engen-

drado y por darle el alimento; pero, así como el perro cuida la casa y sirve de compañía, el muchacho le ayudaba en sus tareas, y en la soledad de las noches cordilleranas era un ser humano que respiraba a su lado. Esto sólo los hacía sentir menos horrendo el misterioso palpitar de la enorme noche de la sierra. El estar juntos, como un germen ancestral del instinto de conservación, es la base de la familia en la salvaje primitividad de nuestros campesinos. Delante del viejo, Moñi sentíase cortado, como si hubiese cometido un misterioso delito que se manifestaba con un movimiento histérico de las pequeñas manos nudosas y palabras ininteligibles, envueltas en una especie de ronquera que llenaba su boca de saliva. Cuando el rudo viejo se marchaba en busca de un buey extraviado o una oveja desbarrancada que quería librar del puma o de los cóndores, Moñi se sentía a sus anchas. Creíase otro, un hombre valeroso que tenía una honda y una escopeta y aunque a través de las consejas que había escuchado a su madre en el fundo, experimentaba un supersticioso terror por pumas y cóndores, habilidosos animales que burlan con mil tretas la vigilancia de los pastores cordilleranos, sentía un vehemente deseo, mezcla de miedo y de audacia, de encontrarse cara cara con la cabeza de gato de un puma o la cabeza de jote de un buitre. Y al evocar la negra silueta del cóndor, manchando la azulina claridad del cielo de la altura o el flexible cuerpo flavo del león aga-

zapado entre las peñas y los manojos de michayes, apretaba los pedruscos en sus manos morenas, estriadas de blancas resquebrajaduras callosas, brillaban sus ojillos de un negror azulado como dos granos de maqui en su carilla de aguilucho, coronada por greñas sucias que salían por debajo de un sombrero sebo, desteñido, como las púas de los cardos de su redonda cápsula coriácea.

Al cerciorarse que su padre ya no volvería la cabeza, ni lograría verlo desde el otro extremo del valle, Moñi entregóse a una alegría insensata. Corrió a la orilla de la meseta, agitando la honda de cuero, en cuyo extremo se redondeaba el pedrusco granítico con el impulso del brazo musculoso, se detuvo bruscamente en el mismo borde del abismo y largó la piedra que atravesó con agudo silbido el cajón y fué a caer cerca del rebaño, levantando una nube-cilla de polvo. La cinta blanca pareció agitada por una repentina ráfaga de viento, hinchándose un instante para adelgazarse después, al segundo peñascazo que cayó justamente cerca de esa parte. Moñi quedábase con el cuerpo arqueado, en la misma actitud de esfuerzo que al lanzar la piedra. Sus vivos ojos, incendiados por invisible fuego de placer, seguían el silbido de la piedra a la que su brazo había animado de una potencia ciega, terrible, en la que Moñi presentía el prodigio de un milagro.

Era para él un goce insuperable, sobrehumano, más que hundir al mediodía sus pequeños dientes

blancos en la jugosa carne recién asada, percibir el característico silbido del proyectil en medio de la voz grandiosa, imponente, sobrenatural del viento cordillerano.

Cuando no sentía el silbar de la piedra, imaginábase que el viento lo había vencido, que su brazo elástico y delgado como el cuerpo de una culebra, no había tenido la fuerza necesaria, y una melancolía negra, enfurruñada, hacía caer su labio inferior en un rictus repulsivo y sus ojuelos brillantes miraban rencorosamente la honda, un colgajo de cuero retorcido que pendía sin vida de su brazo, como culpándola de su mala suerte. No era igual su expresión cuando el silbido agudísimo rasgaba el aire e iba a dar en el blanco. Entonces saltaba como un energúmeno, presa de una extraña locura, dando gritos inarticulados, salvajes, que terminaban sin embargo, en una completa inacción. Tendíase entonces al abrigo de un peñasco y dormía profundamente, despertándose sólo para ir en busca de la harina del ulpo que su padre guardaba en un saquito, en el interior de la cueva.

A esa hora, el sol parecía entablar una lucha desesperada con el viento hasta que conseguía vencerlo y la fuerza de sus rayos envolvía la sierra en una red de fuego, inmóvil, abrumadora. El canto de los arroyos, en aquel infierno de luz, tenía un cálido burbujeo de agua en ebullición.

Entonces era cuando temía al viejo que, siempre

desconfiado, recorría cuidadosamente el cajón, contaba las ovejas y los bueyes y miraba con sus agudos ojillos de viejo baqueano de las cumbres hacia la meseta; y no percibiéndolo, comenzaba a gritar prolongando las últimas sílabas: Moñii, Moñiii, Moñifaaacio, chiquillo maldecío; y si el muchacho no le respondía empezaba a lanzar piedras con su honda hasta que se asomaba a la meseta, disimulando su azoramiento con gritos al ganado o carreras precipitadas por la orilla.

A veces, en las continuas ausencias del viejo, cansado de inspeccionar en la muda quietud del cielo de la altura, al cóndor que su padre no olvidaba de recomendarle o de observar a los zorros que suelen asomar su cabeza temerosa de ladrón por debajo de una piedra, bajaba a grandes saltos la prolongada falda de la meseta e iba hacia el arroyo: tendíase sobre el pasto como un animalito y oculto tras las ramas espinudas del michay, clavaba sus ojillos zahareños en las corraleras que viven en la orilla del agua. Miraba fijamente, hasta percibir a la pequeña perdiz de la sierra, confiada, en medio del abundoso césped, de la soledad de la altura, poníase de pie de un salto, lanzando gritos agudos que el eco sonoro golpeaba con cristalina insistencia en las quebradas, movía las puntas de la manta en la actitud de un extraño pajarraco que ensayara el vuelo, y al lanzar la corralera su cornetazo característico, arrojaba el pedrusco con cuatro rotaciones

de la honda, repitiendo como en tono de burla las dos notas estridentes: corral! corral! que, según la gente serrana, pronuncia la corralera. En la mayor parte de los casos el pájaro caía herido; y Moñi, placenteramente, cogía en sus manos fuertes como garras el cuerpecito sedoso, aún caliente, con una alegría diabólica en los ojillos color de maqui.

Y cuando las corraleras escaldadas huían del cajón hacia otro paraje más solitario, Moñi interesábase por los tunducos, pequeños roedores que viven en complicadas galerías como los topos y cuya cabezuela de miope suele asomarse por encima de su escondrijo, inspeccionando hacia todas partes. Moñi tendíase junto a la cueva, en la mano el cuchillo que usaba su padre para carnear algún buey o alguna oveja que se muriera en la altura; y como el desconfiado animalillo no asomase así no más su cabeza para recibir su certera cuchillada, llenaba de piedras la boca de la cueva, remedando por las narices el característico *tun tun* del roedor, especie de estornudo que se siente debajo de la tierra.

Aburrido, tendíase de espaldas en el suelo, estiraba brazos y piernas a compás, en contorsiones simiescas, tratando de imitar a los sapos que atraviesan nadando la cristalina pupila de un menuco, en actitud casi humana. Aparecía así, pegado a la tierra morena, dura, como un extraño animal salvaje que, a fuerza de vivir entre aquellos peñascos rojizos, despellejados por el sol y la nieve, hubiese to-

mado su mismo color: tal aparecía el pequeño Moñi, piojoso, desastrado, envuelto su ágil cuerpecillo en los pingajos terrosos que se caían de viejos. No hubiera sido mucha su sorpresa, si el calzón, sujeto por el milagro de una correa al hombro, hubiese caído al suelo en un esfuerzo cualquiera: se habría sentido de seguro más ágil y más fuerte soportando el latigazo de hielo del viento de la sierra sobre la ruda epidermis resquebrajada y endurecida por el sol o por el aire.

Al ponerse el sol, un sol de sangre que hace aparecer los conos puntiagudos y las masas dentelladas, como inmensas moles de hierro incandescente, Moñi juntaba a hondazos el ganado, haciéndolo bajar al valle. La cinta, a medida que se acercaba, era un rosario de copos que destacaban pertinazmente su blancura sobre la sombra que parecía cubrir la montaña como un invisible polvo tenebroso. Las vacas bajaban por sí solas al abrigo del cajón.

A medida que el sol bajaba, enrojeciéndose hasta convertirse en un violeta purpúreo, el pequeño serrano comenzaba a sentirse inquieto, un sobresalto animal que agarrotaba sus miembros, invadía su cuerpecillo menudo.

Entonces deseaba la compañía de su padre. El miedo primitivo hacía nacer en el fondo oscuro de su conciencia una chispa de arrepentimiento. Miraba desesperadamente hacia las faldas de los inmensos farellones que encerraban el cajón, envuel-

tos ya en la ceniza del atardecer, creyendo distinguir en el lomo de los faldeos lejanos la silueta del viejo Maulén, con sus grandes calzas de cuero de cabra y su barba rala de mestizo. Esa borrachera de movimiento, de fuerza, que, en plena luz envolvía su cuerpo endurecido de habitante de las sierras, cambiábase por un espanto inmóvil, a medida que la sombra gris iba ahogando el mar de cumbres, y los torrentes plateados, y los copos grises del ganado, y hasta la albura resplandeciente de las láminas de nieve. La sombra enorme, fantasmagórica, espesándose en el fondo del cajón como una lápida de tiniebla, lo hacía encoger, tiritando de frío, sus pequeños miembros que se estremecían miedosos; agrandábanse sus ojos pavoridos y a través de ese velo de terror, las moles sombrías y las aguas blancas, eran seres portentosos sin forma ni tamaño, en medio del nevado blancor del cuarto creciente. Imaginándose que de todas las rocas brotaban manos monstruosas que querían aprisionarlo, corría de golpe hacia la cueva, cerrados los ojos para no percibir el pestañeo argentino de las estrellas en el agua pura de la laguna, rizada por el vientecillo de la noche serrana, o las jorobas negras de las rocas, semejantes, en la penumbra lunar, a greñudas cabezas de indios.

Arrinconábase entonces el pequeño Moñi en el interior, apelotonado bajo el abrigo cálido de la manta de Castilla; y se adormecía con el ansia vi-

brante de vislumbrar en la boca de la cueva el trémulo albor del nuevo día que, junto con la frescura del amanecer, traía a su alma de hombre de las cavernas la seguridad de vivir.

II

Apenas el bláncor del día apagaba las estrellas y perfilaba el paisaje serrano en la claridad límpida del cielo, Moñi sacudíase como un pajarillo y corría falda abajo con pasmosa agilidad desentumeciendo el cuerpecillo helado de miedo y de frío.

A esa hora, el rebaño de ovejas correteaba por entre los manchones de verdura, apretujándose desesperado al sentir la proximidad del pastorcillo que, levantando sus brazos envueltos en la manta a modo de alas, daba al rebaño cordiales buenos días de camarada. En las faldas de las montañas, medio ocultas a veces por las manchas verde oscuras de los michayes, las vacas cuyanas, de pelajes indefinibles como el color de las piedras, levantaban su pequeña cabeza corniabierta en fiera actitud de desafío, contrastando su aspecto montaraz con la pachorra del enorme toro overo.

La claridad matinal que se espaciaba con su lechosa indiferencia por encima de los picos agudos, adquiría a cada instante un blanco más pronuncia-

do. El negror de las cumbres que recortaban poco antes en el cielo sus conos y sus jorobas, tomaba un azul ceniciento, gasa vaporosa que se desgarraba en las aristas de las rocas y se disolvía en los abismos; poco después, un abrazo de púrpura rodeó a la sierra y como si en el seno de esa oleada carmínea palpitara la luz del sol, el nebuloso desperezo del alba serrana tuvo dos notas vivas: oyóse el canto del agua que la sombra parece adormecer y el cornetazo de las corraleras en los floridos jardinillos de las márgenes; luego el disco del sol espejeó fulgurante detrás del Descabezado, despertando al viento que movió mansamente, como un gigante cansado, las copas chatas de los michayes y la rozagante crespatura de los verdes manchones de pasto.

Calmado el viento, la voz del agua tomaba un tono de admirable armonía. Resonaba el trueno cristalino en las oquedades de los cajones con melódica y prolongada repercusión: era una nota invariable, de reconfortante frescura, que parecía subir, al ser rechazada por los peladeros, hacia el cielo límpido, como si cada una de las gotitas cristalinas que, en forma de una niebla de espuma, brotaba de todos los costados de los macizos, llevase también una alada chispa armónica. Moñi seguía su loca carrera por la orilla del arroyo, gritando frente a las partes en que, arremansada el agua por un accidente del terreno, permitía a las corraleras vivir en los huecos de las lajas azulosas en cuyas cicatrices ve-

jetaban como reptiles, las ásperas yerbas de la sierra. Al llegar a una parte angosta, saltó ágilmente al otro lado y apenas había puesto el pie en la parte contraria quedó inmóvil de placentera sorpresa: parecía aún tener las piernas dobladas, porque perdido en la manta sucia veíase más pequeño, brillando con inusitado chispeo sus ojos zorrunos. Una vaca negra mirábalo fijamente, con hosca acometividad: bajo sus ubres negruzcas hociaba un ternerillo friolento, del mismo color de la vaca, pero con una manchita blanca en la frente. Moñi comenzó a saltar dando gritos, acercándose cada vez más a la vaca; alegre, como si le hubiera llegado un amigo o hubiese muerto un tunduco, pero la actitud retadora del animal, impedíale tomar como era su deseo el ternerillo entre sus brazos y jugar con él sin hacerle daño. Sentía hasta un movimiento de despecho porque el becerro no venía en su busca como un perrillo cariñoso. Hubiera querido indicarle que él sabía muy bien que a los corderillos y recentales no se les molesta, porque son del patrón y porque son del padre; porque los primeros se venden muy caros y los segundos se convierten en bueyes que sirven para arar el campo que da el trigo, la harina y el pan. Sus gritos fueron aún más sonoros, más alegres, al divisar otro ternerillo overo que con graciosa actitud infantil, balaba levantando la cabezuela menuda e inocente.

—Este salió al toro, pensó Moñi, como si esto se

lo dijera a alguien, a su padre, a las corraleras, a la misma vaca, quizá si a la sierra entera, que le respondía con el esplendor de su grandeza; las cumbres y el agua, que resonaban en todo el cuerpecillo de Moñi, como en las copas abarquilladas de los michayes y en la negra soledad de las grutas y cavernas.

Casi todas las vacas habían parido en aquella ruidosa mañana de la sierra, llena de la fuerza formidable de las tierras en formación: en el cascajo sonoro que rueda por el álveo de ríos y riachuelos va la húmeda fecundidad de la gleba removida por el arado en la llanura.

Moñi corría por el prado lleno de gozosa salud. Al ver los ternerrillos entumidos que buscaban con mimo querendón el calor de la vaca, sentía la misma alegría que al ver a su madre de la noche a la mañana con un nuevo mamón pegado a su seno. Entonces volvía a sentir una chispa de cariño por su padre. De buena gana hubiera querido salir en su busca, para comunicarle la gran noticia, el acontecimiento tan ansiosamente esperado por el viejo Maulén.

Sentíase en la cristalina transparencia del aire cordilleraño, el balar de los ternerrillos y el mugido suave, cariñoso, de las vacas; y a intervalos, el balido de las ovejas que se habían encaramado ya a los riscosos contrafuertes repletos de coirones tostados y crespos romerillos. Aun el viento no soplabá. Sen-

tíase un hielo penetrante, una frialdad impregnada de la dorada luz naciente y de vez en cuando, una ráfaga helada, un aletazo de nieve que hacía estremecer el cuerpecillo de Moñi, debajo de su manta pelada, y a los húmedos recentales que las vacas lamían con solicitud maternal.

De pronto, pareció turbarse la serenidad lenta, grandiosa, enorme, de aquel paisaje de la sierra. Sin saber cómo las ovejas que subían por las faldas de la montaña se apretaron atolondradamente, formando un óvalo blanco que se descolgaba de las peñas, presa de un pánico inusitado; las vacas que, a primera vista, es difícil distinguir en la vaga nota grisácea de lomas y colinas juntáronse en círculo defendiendo a sus crías y el pequeño Moñi sintió en su sangre primitiva el primer escalofrío de terror, el mismo que experimentaba cuando la inmensa noche cordillerana caía sobre las cumbres. Las vacas, al mugir, levantaban su cabeza hacia el cielo como si el peligro viniese de lo alto, y Moñi, instintivamente, dirigió sus ojos a la celeste vaguedad de las alturas, que se dilataba sobre los picos en desvanecedora transparencia, y sintió un estremecimiento rápido, un palpar violento del corazón, muy distinto de ese terror desconocido que parecía introducirse por todos los poros de la piel, enemigo invisible que estaba en todas partes y en ninguna, a la vez muy cerca y muy lejos. Un cóndor manchaba con un borrón negro la incolora diafanidad del aire

serrano. Volaba a mucha altura, lentamente, tan lentamente que parecía detenido como una nubecilla crepuscular por encima de los picos más elevados; pero las vacas de las pampas conocían el peligro y lo olfateaban cuando el audaz merodeador de la sierra apenas era visible a las miradas humanas.

Moñi recordó entonces todas las consejas que, como un halo de terror, rodean al cóndor y también la caza de éstos por hombres valerosos y astutos, y sintió que un hálito de fuerza y de audacia, brotaba, al mismo tiempo, de toda su sangre. Olvidó a tunducos y corraleras para no pensar si no en el ave que su imaginación se representaba con un pico, tan grande y agudo como el cuchillo de su padre, y unas alas negras como boca de cueva que hacían sombra sobre los valles.

Subió ágilmente a la planicie para cargar la vieja escopeta de fulminante, y atraer al cóndor como le había enseñado su padre tantas veces. Sacó de la cueva una pierna de cordero que colocó encima de un peñasco. Acurrucado en la manta, movía las puntas como si fuera el lento aleteo de otro cóndor que invitase al primero a compartir la pitanza. El cóndor suele bajar confiado y entonces un perdigonazo certero lo derriba; y se le remata a palos.

Moñi, en medio de la meseta, para hacerse más visible al mover las puntas de la manta, miraba fijamente a lo alto, tratando de cerciorarse si el alado

carnívoro lo había divisado desde la azul lejanía, donde la pequeña nubecilla parecía navegar con adormecedora lentitud. Sin embargo, el punto vagamente gris se ennegreció en medio de la luz dorada de las horas cercanas al medio día, y en largas espirales, el cóndor bajaba, bajaba, atraído por el trémulo balar de terneros y ovejas, estremecidos de un espanto terrorífico.

Moñi no sentía ya miedo. Había dejado de oír el palpar del corazón que golpeaba antes el pecho con martilleo seco; sus movimientos eran ahora fríos, ágiles, automáticos. Sus ojos únicamente, miraban con fijeza fría hacia lo alto o hacia la vieja escopeta de sucia culata y prolongado cañón apoyada en un trozo de granito, al alcance de la mano. Moñi no tenía gran fe en ese instrumento que su padre, sin embargo, guardaba como inapreciable reliquia. Él creía más eficaz su honda de cuero que parecía conocerlo, sobada por su mano, reluciente y endurecida por el uso: el silbido de la piedra al soltarse uno de los cabos parecía arma más terrible que el golpe seco del fulminante al caer el gatillo de hierro.

Moñi no había visto nunca un cóndor de cerca. Siempre los había divisado como aquel que bajaba lentamente al valle, perdido casi en la lejanía, no mayores a la simple vista que el jote de los campos chilenos. Su padre asegurábale que el cóndor atacaba muy raras veces, pero que el hambre volvía lo

atrevido y valiente como a los pumas serranos. Antes había muchos: en cada peñasco hueco veíase su silueta perezosa, inmóvil, montando guardia a la salida, mientras en la negra concavidad de la cueva la hembra empollaba sobre cuatro palos los enormes huevos azulosos. Atacaban entonces en bandadas a los terneros, dando gritos terribles, agrandados por la serenidad de la sierra, y las vacas huían miedosas abandonando sus crías, y en el tranquilo paisaje de la altura, en los cajones verdequeantes, en las desnudas quebradas, veíase al ternero correr balando angustiosamente, abandonado por su madre, mientras los cóndores a la altura de su cabeza batían ruidosamente sus alas. Poco a poco fueron desapareciendo. Los valles eran cuidados por muchos pastores que a todas horas vigilaban las vacas paridas y los corderillos indefensos; y los cóndores caían a millares, atraídos por medio de animales muertos a un lugar propicio donde se les remataba a palos cuando corrían hartos, repugnantes, golpeando torpemente la tierra con sus grandes alas inútiles. No volvió a verse su silueta pesada, estatuaria, montando guardia en las risqueras abruptas, ni la sombra lenta de sus enormes alas en la proximidad de los cajones, ni la orlada cabeza calva metida con deleite en la sangre pálida de corderos y recentales. Debíó alejarse a las inaccesibles cumbres de los volcanes o hacia cajones solitarios donde perseguía a los guanacillos montaraces o a los pudúes o huemules

legendarios. De cuando en cuando, en una temporada, solía bajar el calvo señor de las montañas, y llevarse, aprovechándose de un descuido, un corderillo o un recental, o la carne oculta por las pumas; pero huía rápido de la certera escopeta de los puesteros para devorar su prensa tranquilo, en la oscuridad de un peñasco inaccesible.

Moñi miraba asombrado esa silueta que venía directamente hacia la planicie; percibía ahora detalles que había oído sin darse cuenta: las rígidas alas negras, la cabeza roja, del mismo color de las cumbres peladas, llenas de luz, la gorguera blanca destacándose en la negrura del cuerpo al inclinarse el cóndor, como una faja de nieve sobre el lomo sombrío de un contrafuerte.

El cóndor prefería aquel pedazo de carne rojiza que Moñi había puesto en medio de la meseta, a la carne viva, y bajaba atraído por esas alas negras que se agitaban junto a la laguna. Seguía con los ojos, casi sin mover la cabeza. El cóndor estaba ahora dentro del cajón y en la negra silueta de las cumbres, a pesar de la luz de la mañana que lo inundaba todo con su diafanidad de oro, apenas se distinguía en su vuelo vertiginoso sino era por la mancha blanca del cuello que corría en línea recta como una exhalación. Moñi sentía flaquear su fuerza, la intensa pertinacia con que seguía el vuelo del ave, al perderlo de vista. En ese momento sentíase para el enorme pájaro un adversario muy poco temible.

Comenzaba a soplar el viento de la sierra, ese viento terrible, desesperado, que no se sabe de dónde viene o que viene de todas partes a la vez: de la evaporación de los ventisqueros o de las lagunas, hijo predilecto de las cumbres, mezcla de sol y de nieve, que pasa por los escarpados y los cajones con furia despiadada, inacabable, aplastante. En el suelo obliga a los michayes a pegarse a los resquicios sujetándose con mil brazos a las piedras, forma a los arroyos una melena blanca que se sostiene en el agua como irisado polvo de espuma; y en lo alto desfleca pacienzudamente las eternas nubes de las cumbres, formando graciosos bullones que cubren el cielo como una gasa de leve crespatura o nubarrones que se precipitan amenazantes sobre las cumbres heladas para disolverse en una polvareda blanquecina que se escurre sin vida por los flancos de la sierra.

Esta repentina llegada del viento desconcertó un poco a Moñi, aunque estuviera acostumbrado a las rachas heladas del mediodía y de la siesta.

Por instantes, perdía de vista al cóndor y entonces una desesperación terrible retorció sus músculos. Pensaba que en ese momento el buitre había bajado al cajón y devoraba al ternерillo negro con una manchita blanca en la frente; y su orgullo de muchacho muy hombre quedaba por tierra. Si eso sucediera, su padre era capaz de echarlo a rodar por el abismo, en la desesperación de haber dejado perderse al ternерillo.

Silbaba el viento en sus oídos con tal furor que apagaba todos los otros ruidos de la sierra. Ordinariamente, al desencadenarse el viento, él y su padre esperaban la calma del medio día al abrigo de la cueva. Ahora tenía que resistirlo en medio de la meseta, aunque sus ojos lagrimeasen dolorosamente. A esta hora el viento parecía barrer la luz del sol, desmenuzarla, deshacerla, llevarla lejos como polvo; y el aire, de una limpieza descolorida tornábase frío y cortante como acero.

La inquietud de Moñi aumentaba. El maldito viento impedíale ver al cóndor y oír el balido de terneros y ovejas. Iba a levantarse para correr a la orilla de la meseta, cuando una sombra negra, con hueco ruido de alas, lo hizo coger de golpe la escopeta y apoyarla en su hombro, echando hacia atrás las puntas de la manta de Castilla.

El cóndor parecía no hacer caso de él. Iba directamente hacia el pedazo de carne sanguinolenta puesto encima del peñasco. Su cabeza, de un rojo de sangre coagulada, formaba contraste con la gorra de crespas blancas que rodeaba su cuello. Era un soberbio ejemplar de la raza. Enormes las alas, rígidas, de un negro brillante, desafiaba el desenfreno del vendaval y descendía lento y majestuoso, clavados sus ojos vítreos en el pedazo de carne que lo atraía como un imán.

Moñi seguía su descenso con el cañón de la escopeta; y al tocar el cóndor las piedras con sus patas

huesosas, apretó el gatillo y soltó la perdigonada. En medio del fogonazo vió inclinarse al pájaro en un brusco movimiento de costado, equilibrarse en seguida, tratar de volar sin conseguirlo y luego correr un trecho abriendo desmesuradamente su corto pico recto. Se precipitó entonces hacia él empuñando la escopeta por el cañón. Una alegría infinita asomaba a sus ojos: veía ya el cuerpo del cóndor tendido en medio de la planicie y a su padre mirándolo con ojos de asombro y de agradecimiento; pero al acercarse, el ave furiosa, desesperada, alargando su cabeza llameante, en la que, como dos rubíes brillan sus ojillos turbios, se precipita sobre Moñi. El muchacho, aterrorizado, suelta el arma que tenía empuñada y corre hacia la laguna, seguido de cerca por el desgarrado trote del cóndor, cuya ala rota, sujeta todavía al cuerpo por una esquirla sanguinolenta, se arrastra pesadamente. En su terror, Moñi se aprieta en la orilla de la planicie a las rocas de la montaña; y exasperado, inconsciente, ciego, se arroja sobre el pájaro para estrangular el cuello que culebrea como una serpiente repulsiva por encima de la espalda de Moñi, esquivando los dedos crispados del pastorcillo, y el pico del cóndor se hunde en la carne arrancando trapos sucios y trozos de piel sanguinolenta. Moñi se siente desfallecer: un sopor helado oprime sus párpados, pero su ruda vitalidad de indígena reacciona con histérico arrebató; y sus manos que el dolor ha con-

vertido en férreos ganchos, logran coger el cuello del cóndor y atraerlo hacia sí. En la ceguedad de esta lucha a muerte, no ve que el abismo se abre a sus pies, en la risueña y lejana indiferencia del pastizal; y adherido ahora al cuerpo del cóndor que se remece con todas sus fuerzas, estirando las plumas de sus alas con la rigidez de la agonía, el ave y el hombre llegan, sin advertirlo, al borde de la sima; y violentamente, confundidos en un abrazo monstruoso, van a estrellarse en las lajas pizarrosas que orillan el cajón.

Las rachas invisibles del huracán, aliento de las nieves eternas, siguen flajelando los peñascos desnudos, arañando las aguas inmóviles, torturando las ramas de los michayes y romerillos de los cajones, vencedoras del agua y del sol. En medio de su rugir bravío, inacabable, la agonía del pastorcillo y los agudos gritos del cóndor son menos que el canto armonioso de un arroyo o el estornudo de los tundurucos trogloditas.

¡Ayl de la rama, del pájaro o insecto que a esa hora descansa inadvertido. El viento irritado lo arrastrará consigo e irá a estrellarlo en los picos y escarpados, como si su misión fuera limpiar la sierra de impurezas y debilidades.

En el fondo del cajón, el viento ha encontrado un obstáculo, y furioso, impotente, quiere limpiar la sierra de esa mancha negra e inerte que se mueve, azotando el suelo con apariencias de vida. No es

tranquilo el sueño de Moñi; su piececito negruzco, nudoso, con la ojota de cuero, sobresale por debajo del ala movable que cubre enteramente su cuerpo destrozado, como si al unirse en épico abrazo, el cóndor hubiese querido protegerlo del sacrílego furor del huracán.

Al calmarse el viento, las ovejas descarriadas, pasaron aglomerándose por allí, sin sospechar que su salvador dormía bajo el cuerpo del ave altanera que, con sólo su presencia, había revolucionado la idílica paz del rebaño. Oyóse balar de ternerillos y de vacas. Estos eran tranquilos, prolongados, semi-envueltos en la armonía de las cascadas que volvían de nuevo a entonar su salmodia cristalina al abrigo de la sonora concavidad del cajón.

III

A las dos de la tarde volvió Maulén a su cueva de la planicie. El buey aguané había cruzado varios cajones, y el viejo puestero tuvo que alojar en el camino para seguir la búsqueda del animal, hasta encontrarlo. Al enfrentar las cabeceras del riachuelo, su ojo avizor de baqueano, notó ya la desbandada de las ovejas a punto de bajar al cajón vecino que las atraía con la riente verdura de los pastales. El buey perdido marchaba delante de él con lenta se-

guridad y en el corazón del viejo germinaba una rabia sorda contra el muchacho. Miraba fijamente el rebaño, tratando de buscar a los bueyes y vacas repartidos en las faldas de las montañas que formaban el cajón. Sintió balar de terneros, y su rabia, en la que brilló una chispa de alegría, se acrecentó suponiendo que el muchacho había descuidado también las crías de las vacas. Se imaginó que el cóndor y los pumas se habían llevado ya, hambrientos como estaban, la mitad de los terneros y una buena parte de las ovejas más nuevas. No esperó llegar a la meseta para empezar a gritar formando bocina con sus manos:

— Moñi, Moñifaaciooo, y agregar en seguida para sí mismo, con reconcentrado furor:—¡Chiquillo maldecío, flojo sinvergüenza! y levantar nuevamente la voz:—Moñi! Moñifaaaciooo!

Pero en la tranquilidad de la siesta serrana, ya calmado el viento, sólo le respondía el eco sonoro de sus propias palabras al saltar de quebrada en quebrada, debilitándose gradualmente hasta convertirse en un balbuceo amortiguado y confuso como el canto de las aguas. No subió a la meseta; bajó directamente al cajón para flanquear al rebaño de ovejas que, detenido en la cima, quebrábase como si fuera una monstruosa serpiente blanca colgada del espinazo irregular de la sierra. El buey aguané quedaba tranquilo, pastando en un manchón de verdura cercano al riachuelo. Iba el viejo murmu-

rando en voz baja, rabioso, impaciente, cuando el caballejo de resignada cabezuela se paró en seco, asustado por algo que él no había visto antes en la sierra. El viejo clavó inconscientemente sus espuelas agitando al mismo tiempo las riendas para hacer avanzar al caballo, pero su rostro cambió de improviso: a dos pasos estaba el cóndor con una de sus alas abiertas, la que cubría el cuerpecillo de su hijo. Los rayos del sol hacían brillar el negror de las plumas, en cuyo extremo la crespá gorguera blanqueaba como la espuma del riachelo en las lajas pizarrosas de sus riberas. El ojo certero del viejo lo comprendió todo al ver el piececillo tieso, terroso, destacándose como una mancha en la negrura del ala. Bajóse del caballo torpemente, casi conmovido. Su tronco que aparecía muy pequeño, doblábase en ángulo sobre las calzas de cuero blanco y su mano renegrida levantaba temblorosamente el ala como temiendo mirar el rostro de su hijo. El pequeño Moñi, en el amasijo sangriento de sus facciones, conservaba intacto el brillo de sus ojillos de águila, vivos y acerados: en ellos dormía la salvaje inmensidad de las montañas como en las pupilas del cóndor, gotas de sangre donde tiene su alma crue el rey de las sierras andinas.

Un supersticioso terror inmovilizaba al viejo frente al cadáver de su hijo ¿Era conmovida ternura de padre ante ese pedazo de su vida, muerto por culpa suya en medio de la sierra? ¿Era miedo ante el mis-

terio de la muerte que en la soledad de las montañas presentábase como un escalofrío que helaba su sangre y donde se hubiese fundido toda la nieve de las cumbres?

Maulén seguía inmóvil, petrificado, mirando con ojos de terror el sueño de su hijo bajo el cuerpo del cóndor.

De pronto, con automático movimiento, temblorosamente, sin despegar los ojos del suelo, sacóse la sucia chupalla, encasquetada en la maraña de su cabeza y siguió mirando interminablemente a su hijo, cuyos ojos inmóviles parecían dirigidos a las cumbres puntiagudas e invencibles. El caballejo, entre tanto, medio enredado en las sueltas bridas, mordía descuidadamente la húmeda yerba de las sierras.

El triunfo del Chey

AL salir de la estancia el arreo ofrece algunas dificultades: es ganado arisco y se atropella con extraño enredo de astas que chasquean secamente, subiendo y bajando como las olitas juguetonas de la marejada de un río. Las grupas pesadas empujanse unas o otras con ciego pavor: en medio del movable mar de lomos pintados se estira la cabeza aspuda de un novillo, encaramándose un momento sobre el anca débil de una vaquillona de gráciles cuernos.

Una vaca se sale de improviso de la corriente y alarga la cabeza hacia la llanura, salpicada de las manchas inmóviles de otros vacunos, dejando oír un balido quejoso como si diese un adiós eterno al campo donde nació y adonde nunca habrá de volver; pero el rabioso grito de «*Vacaaa*», acompañado de un rebencazo brutal que chasquea sobre sus lomos hace que, despavorida, se incorpore de nuevo al rebaño.

Al frente de la hacienda, los dos gauchos baqueanos cedidos por el estanciero vasco al hacendado chileno, la sujetan constantemente para evitar un pánico repentino que desparramaría las reses en medio de la llanura. A los costados marchan los arrieros chilenos manteniendo, de este modo, el arreo encerrado hasta que se aleje de la querencia.

—Adiós, don Raimundo, y hasta el año que viene si Dios quiere... y vivos estamos.

—Buen viaje, don Jesús y hasta el año que viene si Dios quiere... y vivos estamos, repite el estanciero.

Apoyado en la empalizada del corral, ve alejarse al galope de su rechoncha yegua chilena, flotante el buen poncho de vicuña, al dueño del arreo, el hacendado chillanejo don Jesús Parada, que todos los veranos baja al Neuquén en busca de novillos y vaquillonas de engorda.

Poco a poco van desapareciendo los amagos de fuga en el rebaño. Los vacunos ya no miran para atrás y a medida que se desarrolla hacia la cordillera esfumada en el poniente azul la cinta del camino, los animales toman su aspecto resignado, tranquilo. El rebaño parece compenetrarse entre sí como un monstruoso organismo, erizado de cuernos y las distancias se guardan sin atropellarse: una nube de polvo nace en las pezuñas de los animales y en violento remolino sube sobre los lomos y se mantiene flotante e inseguro sobre ellos como si

brotase de los mismos cuerpos, y esta calma pesada, inacabable, desesperante, se comunica a través del polvo sutil a los arrieros que, agachados en las monturas, resisten el calor bajo los ponchos. Al atravesar una tranquera se despierta violentamente el monstruo: corren los guardianes para que los animales no atropellen los postes o se enreden en los alambres, con gritos apremiantes. «Fuera buey!...» Ah vacaaa, ah vacaaa; chasquea el rebenque sobre las grupas torpes y el polvo se hace más espeso juntando la tierra y el cielo en una tromba rojiza. A los gritos contestan los mugidos, una vaquillona enojada, con las astas bajas, persigue a uno de los arrieros chilenos, y éste, un hombre de anchas espaldas, mal cubiertas con un poncho desteñido, montado en una yegüita cenicienta, hace un rápido movimiento con el rendaje y la vaca se encuentra, sin saber cómo, con el hocico entre las colas de sus compañeras.

Una voz observa, entre complacida y pesarosa:

—¡Este On Lara, este On Lara!...

On Leuto, el viejo capataz chileno de la hacienda, un viejo de barba rizada, de ojos azules, eternamente sentencioso, masculla:

—Este Lara querrá perder el otro brazo, digo yo!

—¡Qué lo va a perder, On Leuto; si éste tiene siete vidas como los lagartos!

Pocas y breves palabras se cruzan entre los arrie-

ros, mientras se desliza lentamente el arreo por la llanura pampeana.

Igualmente lento avanza el sol hacia las cordilleras que se van perfilando más oscuras en el fondo del limpio horizonte; i allá se hunde, achatándose sobre la muralla azul, bañado en un mar inmóvil de crespos arreboles.

El arreo sigue bajo el cielo estrellado de la pampa su marcha resignada, imperturbable.

—¡Ah vacaaa! ¡Ah vacaaa!

Los gauchos, más baqueanos en la llanura, sujetan siempre la hacienda por delante; y en la penumbra del crepúsculo, se destacan sus siluetas delgadas, crudamente.

El patron va a la zaga con su capataz.

On Lara y el otro arriero, Albarrán, van a los costados.

La noche es serena y clara: el arreo aprovecha esta circunstancia y a través de la llanura avanza el monstruo soñoliento. Un silencio liviano, transparente, que mil ruidos armonizan sin turbarlo como el estrelleo argentino del cielo no disipa la sombra, palpita sobre el campo: el cliqueteo de las pezuñas, un mugido ahogado, el grito de «vacaaa» de un arriero que se despierta interrumpen por un rato el metálico croar de las ranas en los aguazales o el gruñido de la vizcacha en sus agujeros bajo tierra.

Uno de los gauchos que siente angustiado su corazón por la poesía de la llanura, en un grito agudo

que, por unos momentos apaga todos los otros ruidos, echa a las estrellas un triste lagrimeante, en que cuenta el abandono de una criollita traidora, y mientras el cantor, en un trino como un pito, apagado paulatinamente, concluye, en versos ávidos de venganza y de sangre vertida, el grito sordo de ¡ei tá la murienta que no se quiere juntar! y el golpe seco del rebenque sobre el animal, interrumpen el canto.

—Esas son cosas e Chipó, dice don Leuto... Le tiene tirria a los cheyes...

Don Jesús se sonríe, con su aire entre alegre y satisfecho:

• —Este On Lara, este On Lara...

Y sólo, en el costado del arreo, el viejo Chipó oye, cínicamente burlón, los versos del arriero acompañándolos gangosamente: Tung, tung, tung, ting, ting, imitación de la guitarra gaucha que en la pampa tocan los hombres y que a On Chipó le parece cosa de mujeres.

Y cuando la voz se calla, grita para no ser menos, desentonado y risible, los únicos versos que ha logrado retener en su vida:

—A l'orilla e l'hirvor de l'olla
con agua, chuchoca y zanoria.

Y después de este grito inusitado, primitivo, imitando el bordoneo de la guitarra se eleva la voz

nuevamente, con el mismo tono agrio y descompasado:

A l'orilla e l'hirvor del tacho
con chuchoca y orejas de macho.

Resuena una carcajada al otro costado del rebaño: es Albarrán que comprende la intención burlona del canto. Los chilenos también saben cantar como los cheyes!

En la delantera del rebaño el gaucho que acaba de cantar mira hacia atrás y murmura rabioso:

—Chileno maula: hartas ganas que me tenés, pero m'avís de encontrar...

Y el capataz de la estancia, agrega:

—Si serán sonzos ¡Tengo ganas de espantar la guanaca pa que l'hacienda dispare!

Vuelve a reinar un profundo silencio: agriamente grita la lechuza su protesta colérica diez veces repetida. Las panzas vacías de los vacunos suenan como trapos mojados movidos por el viento y las pezuñas chocan secamente entre sí. Las ranas elevan a las estrellas su cantar monocorde.

La llanura se adormece en un sueño pesado, bajo el rocío cristalino de las estrellas que parecen gotear sobre la tierra seca una humedad impalpable y fecunda. La cruz del sur, tendida casi en la raya del horizonte, parece que descansa en la tierra sus brazos inmensamente abiertos.

El monstruo erizado de cuernos se arrastra en dirección al poniente, soñoliento, pesado, interminable.

—Ah vacaaa! Ah vacaaa!

Y un mugido cavernoso desgarrá burdamente el silencio negro plateado de estrellas temblorosas.

II

Una tarde de fines de Febrero, después de quince días de viaje, el arreo atravesó la línea, en plena sierra y desembocó a un cajón abrigado y pastoso, a dos días de marcha del resguardo de cordillera. Pesadas montañas recortaban el cielo, de un albor de perla, con sus irregulares cresterías, encajonando el valle en un óvalo de paredes oscuras, cuyas faldas manchaban los mallines con su nota verdeoro de clara frescura; hacia el poniente las faldas se prolongaban en escarpas pedregosas, vestidas de bravíos matojos cordilleranos, que corrían indefinidamente hacia Chile. En la cabecera del cajón unía los macizos murallones, como una argamasa pétrea, la sábana de ondas inmóviles de un ventisquero, semejante a una laguna rizada por el viento que se hubiera helado de improviso; hacia el valle abríanse sus fauces negras, orladas por blancos bloques de hielo que, traspasados de luz, eran de un turquesa

traslúcido, chorreados por el hervor espumoso de un arroyo que brotaba de sus entrañas oscuras, abriéndose en mil venillas cristalinas que unían su gorgoriteo atiplado al ronco bramido del torrente.

En fila interminable, con dislocados balanceos de las ancas que aparecían casi encima de sus testas resignadas, bajaban los animales hacia el fondo del cajón; y a medida que sus pezuñas despeadas mullían el terciopelo de los mallines se quedaban inmóviles, colgante la lengua viscosa, sin probar el crespor jugoso del pasto; echábanse luego, sin perder los ojos turbios su fijeza estúpida.

Como una ola sucia y lenta se deshizo el rebaño en medio de las olas muertas de los cerros, llenando con la policromía de sus pelajes el óvalo del cajón: overos, barrocos, colorados, rosillos, pintados, golondrinas, cordilleras, como iba nombrándolos mentalmente On Leuto.

Don Jesús, una pierna en el borrén de su estrecha silla chilena, contaba por vigésima vez las reses compradas.

La cuenta pareció resultarle, pues, campechana-mente se dirigió al capataz:

—¿Ya los conocís toos, viejo?

—Bah, patrón, pu'el pelo, pus.

—Entonces, aquí nos quedamos. Hay buena agua y bastante pasto.

Desmontóse luego y entregó las riendas a Alba-

rrán, mozo del fundo que lo había acompañado en todos sus viajes.

Albarrán es el tipo del mozo fiel, capaz de dar la vida por la de su patrón, especie de escudero que lo acompaña a todas partes; vestido como él, en buen caballo, sólo se diferencia en la calidad de la vestimenta: es un perfecto moro, con sus ojos retadores, fulgurando a ambos lados de una nariz de águila. Unos bigotillos incipientes y una barba tardía negrean sobre la piel morena, quemada.

—Desensíllalo despacio, porque está muy caliente... y traes la silla.

—Sí, patrón.

La voz del patrón es imperiosa, segura de su fuerza. Don Jesús es un tipo acabado de hacendado chileno a la moda antigua, con su chaquetilla corta, su pantalón bombacho y sus botines de tacón alto para que la rodaja de la espuela no toque al suelo: una fuerza potente parece desprenderse de las anchas espaldas cuadradas; y en la cara, de un rojo tostado, azulean los ojos fríos bajo la frente estrecha que se reduce sólo a una lonja de carne morena con el fruncimiento de las cejas al mirar hacia el fondo oscuro del valle que azulea con la claridad del cielo.

—¿De quién es este fundo, don Leuto?

—Es de don Feliciano Salazar que suele traer hacienda por estos laos, pero este año parece que no...

—Así debe ser, porque el mallín está bonitazo...
¿No es cierto, viejo?

—Bonitazo está, patrón...

Don Leuto, el capataz del arreo, es un viejo bajito y fornido. Parece sentir profundo halago por estas consultas de don Jesús, a quien vió nacer. No se siente el viejo muy lejano del patrón y el aire satisfecho del hacendado repercute también en él por un brillo lagrimeante de sus ojos, redondos, quietos como dos pedacitos de vidrio azul. Contrastan las dos manchitas acuosas en la cara morena, rayada por sucias arrugas. Una barba entrecana se abre en abanico espeso y crespo en el que, como dos torrentes inmóviles, desembocan los bigotes espolvoreados de pelusas grises. No tiene, no, don Leuto la cara de un indio. Con una gorguera bajo la barba parecería un hidalgo pobre, y quién sabe de qué hidalgo hecho agricultor, después de perder su oro a los dados, podía descender el viejo capataz de don Jesús. Cerca del patrón que, como un niño regocijado por un nuevo juguete, no se cansa de mirar su hacienda y los toritos de año que como llapa le regalara el ganadero de Neuquén, don Leuto no parece un sirviente sino un patrón venido a menos, el padre, ya valetudinario, del fornido campesino. Calmosamente, sus largos dedos, de un moreno bronceado, sacan el tabaco ordinario de la tabaquera y calmosamente sus labios, tan grue-

sos como los dedos, pasan por la hoja del cigarro, un verdadero choclo seco.

—Nunca, patrón, empieza el viejo, l'hacienda ha tenío menos molestas qu'esta vez. Ni'un animal se ha empastao tan siquiera...

—No la nombrís tanto, Leuto, que la puees ojear...

El viejo, dando una inmensa chupetada que incendió el maíz en una llamarada roja y arrojando luego un humo azulado del mismo color de las escarpas sin nieve, pareció sorprendido en un delito e irritado de que su experiencia fallase por primera vez: La guanaca guarda l'hacienda de toa esgracia icen los cheyes, explicó a modo de disculpa.

En un abanico rojo que abre su medio círculo anaranjado detrás de un cerro azul, fulgura la oblea sangrienta del sol: azulea el valle como un abismo y el espinazo sombrío que cubre el oriente llamea con fríos destellos de acero.

Un aguilucho planea sobre los montones negros de los cerros; y en el cielo quieto, como un globo esmerilado, navega la luna entre las olas muertas de las cordilleras; muy cerca guiña su ojo argentino el lucero de la tarde.

—Y On Chipó, qué'es de On Chipó, preguntó el patrón.

—Tuavía no ha subío, On Jesús; allá está, pa 'al puelche, con los cheyes que quieren arriar la guanaca aguachaa pa l'otro cajón...

El viejo frunció las cejas para distinguir la silueta del arriero en la penumbra crepuscular.

—Y onde s'habrá metío el hueñe éste?

—Onde quería qu' estuviera, es qué? respondió una voz mal humorada, gruñiente, y en el claro-oscuro del crepúsculo se perfiló un corpachón macizo que traía un atado de raíces retorcidas bajo el brazo.

—Parece lechuza, On Chipó, que no se le siente el volío...

On Chipó rióse esta vez, torciendo una boca pesada y enorme. Contraída por la risa aquella cara aindiada, bruñida como charol, tenía, sin embargo, un rictus doloroso, la expresión congestionada del que soporta un enorme peso en las espaldas.

—¿Qué hay, On Chipó? ¿Tan muy espiás las vacas?

Antes de hablar movió su cabezota hirsuta, que la boca llenaba por completo, hacia el sendero: por él subían despaciosamente los dos gauchos baqueanos.

—La vaquillona pintá se empastó con alguna yerba nueva, de juro. Ahí está ijadiendo... hinchá como animal ahugao...

Insistentemente su cabeza dirigíase a las siluetas borrosas de los gauchos como si tuvieran la culpa de que la vaquillona se hubiera empastado.

—Los cheyes quieren llevarse la guanaca y yo hay oído icir qu'estos animales traen buena suerte pa l'hacienda...

Estas palabras bastaron para que un temblor supersticioso hiciese gruñir el zorro astuto y malévolos que todos los chilenos llevan escondido en su animalidad, como en una cueva abandonada.

De todas partes, de la noche negra, levemente argentada con polvo de estrellas, de las piedras que la sombra hace vivir, del estornudo del tundo en sus escondrijos bajo tierra, del chillido de un águila o del leve crujir de los pedruscos al paso de un lagarto, desprendíase un flúido enigmático que los electrizaba con angustia pavorosa y este malestar que no comprendían; y era el rugido del instinto, volvíase rencoroso y violento contra los cheyes que iban a dejar el arreo entregado a su suerte en medio de la sierra: para ellos no había duda que la guanaca del Neuquén había librado hasta el momento a las vacas y novillos de toda desgracia.

Los dos gauchos que permanecían a cierta distancia del grupo de los arrieros chilenos eran dos hombres altos, secos, de huesos salientes, que conservaban aún mucho del tipo gaucho de las pampas: bombachas apretadas por botas, guarapón amplio con sucio barboquejo bajo las narices y pañuelo al cuello, cuyas puntas colgaban lacias en el friso gastado de la manta de Castilla.

Ante el silencio de los compañeros de viaje, embarazados, se detuvieron a corta distancia, sin atreverse a avanzar. On Chipó dejó caer con rabia el

manejo de raíces que llevaba bajo el brazo para calentar la pava y asar un costillar; para su rudo cerebro de indio, turbio como humo de madera mojada, no podía ser otra la causa de la muerte de la vaquillona. Su cara morena, con extraño aspecto de humedad parecía que iba a echar una gota de sudor. On Chipó era un hombre extraño. Su apariencia era mansa, casi humilde, con sus ojos turbios y su barba achaparrada, colgante de las mandíbulas como esos manojos de líquenes grises de los robles viejos; agachada la cabeza, su actitud era de obediencia al amo como una fiera domesticada, al amo que le había cedido unas tierras y lo llevaba de arriero en las veranadas, después de haberle limpiado de pumas el fundo; pero apenas su cabeza se erguía, a un asomo de peligro o a un ruido inusitado, los ojos se inflamaban con un fulgor homicida, un alma nueva animaba sus músculos flojos: alma sanguinaria que persistía en el perfil, cuya nariz se adelantaba con la violenta agresividad de un pico de cóndor. Hacía veinte años que merodeaba por las cordilleras. Conocía todos los rincones y todas las aguadas, y los menudos peligrosos para los animales. Ni las piedras eran para él extrañas; un sendero, borrado por los aludes en las nevazones invernales, sólo él sabía distinguirlo por un instinto certero de alimaña. En la caza del último puma se había quebrado un brazo, tieso en el homóplato.

—El león se comió las crías de mi bestia, decía

mirándose el brazo y yo tenía que dar con él... Lo agarré de las orejas, pero se me soltó; y el indino, de un tarascón, me atravesó una de las manijas. Me pilló en una pestaña, explicaba resignado...

El brazo, torcido como un gajo de roble, terminaba en una mano tiesa, quebrajosa, abierta como una garra de león de negras uñas descubiertas...

Sus ojos salvajes conocían todos los secretos de la sierra: las yerbas cuya virtud curativa era preciso aprovechar, las águilas y cóndores que vuelan sobre las cimas, en las altas caletas del mar azul, y los pumas, y los zorros, y las vizcachas, todo ese mundo zahareño que se arrastra por la tierra, en los quebrajas de las piedras y en el lomo de las montañas, cuajado de selvas húmedas.

Don Jesús rompió bruscamente el embarazoso silencio. Aunque las palabras instintivas de On Chipo hubiesen hecho palpar su corazón, un buen impulso lo hacía obrar.

—Acérquense y tomen asiento, que un cimarrón y un churasco nu'ha de faltar...

—Dios se lo pague, patrón, contestaron en tono humilde y a dúo, dejándose caer cerca de las ramas secas que empezaron a crepitar con los primeros mordiscos rojos del fuego: lengüetazos palpitantes que ensangrentaron la cara de aquellos hombres, sentados en semicírculo alrededor de la fogata donde la pava empezó a cantar con un vago bordoneo de insecto. Un soplo de aire helado alargó las agudas pun-

tas de fuego y trajo un murmullo de aguas alocadas, deshechas entre peñascos abruptos; la ráfaga fría rozó las masas pesadas de las cordilleras y sus enormes alas invisibles hicieron vacilar la noche inmensa que tembló de estrellas tiritonas. Sólo en el polvo plateado e inmóvil de la vía láctea brillaron quietas, pero en lo más alto del cielo, como cuatro diamantes de purísimas aguas, las cuatro estrellas de la cruz del sur, con sus aspas volcadas hacia la pampa lejana en dolorosa actitud de desmayo.

En cuclillas junto al fuego permanecían los cinco hombres, sin hablar; de vez en cuando crujían los cigarrillos de hoja y la puntita de fuego iluminaba los rostros cetrinos. Sólo On Chipó, después de algunos trajines y de remover el fuego varias veces, había atravesado un cuarto de cordero en un palo y la carne asada comenzó a gotear una grasa substanciosa que chirriaba al chamuscarse en las brasas. Las llamaradas rojas parecieron precipitarse y un leve temblor recorrió a los arrieros.

—Buen olor tiene el lechón, On Chipó, habló campechanamente el patrón...

El viejo no contestó; volvió su rostro como dando a entender si podía estar malo alguna vez un cordero asado por él, por Cipriano Lara, el leonero, por un chileno que se había criado en los campos y había cazado diez pumas. Ante la muda presencia de los gauchos, una sorda rivalidad gruñía en él: en ese momento se habría sentido capaz de encaramar-

se a un picacho y enderezar la cruz del sur si un chey lo hubiera desafiado.

Su egoísmo bravío, que un aislamiento entre fieras y peñascos había armado de ruda combatividad, chocaba secamente con la amabilidad conciliadora del patrón, ufano de su compra y satisfecho de la generosidad del vasco. Encontraba lo más natural del mundo echar a rodar por un precipicio a los cheyes, cazarlos, en una palabra, como a un guanaco separado de la manada o a un puma que se atravesase en el camino. Su brazo muerto que conservaba un extraño aroma de yerbas, de resinas de los árboles que rozaba a su paso se estremeció rudamente, como el gajo de un roble a un soplo de viento.

Precipitó las vueltas del asador cuando don Jesús se dirigió a los jinetes de la pampa:

—Buen negocio, amigos, ¿no es cierto?

El más viejo, un hombre de cara mortecina, rajada como trapo viejo, contestó con ese tono triste de los gauchos:

—Linda hacienda se lleva a Chile, señor ¡Tuitas esas vacas son de raza gringa, mestizas..... El vasco trajo cinco toros de las Uropas!.....

—No sea leso el chey, saltó bruscamente On Lara, nu'está viendo los cachazos del animal cuyano?

El viejo gaucho levantó sus ojos tristes hacia on Chipu sin contestar: éste, iluminado por la llama de

la fogata, con la carne chorreante de grasa, tenía un aspecto de amenaza latente, de satánica fiereza.

Don Jesús interrumpió con enojo:

—Calla tú, que la carne se te quema.....

El viejo explicó al patrón:

—No tuitos salen al paire..... algunos salen a las vacas... pero la raza es buena... Poco hueso y mucha carne.....

El viejo refunfuñó sordamente:

—Al revés de los cheyes: poca carne y mucho hueso; pero sus palabras se perdieron entre el crepitar del churrasco y el canto de la pava, cuyos borbotones espesos, sordos, estremecían el tacho negro que parecía acomodarse, extrañamente vivo, entre los palos carbonizados. Su canto armonioso, oliente a yerba mate, era una nota que lo borraba todo: el murmullo del agua, el estrelleo del cielo, el frío que se colaba por las gargantas, el odio de dos razas rivales que acababa de fulgurar en la negrura espesa como la hoja de un corvo o de un facón homicida...

Y los dos viejos, ambos con los rasgos dolientes del indio en el cobre pálido de sus pómulos, con los ojos turbios que parecían reflejar la muerta vitalidad de las aguas y las piedras, representaban a sus razas respectivas, al pastor vagabundo y al labrador pegado a los terrones; nervioso y ágil el chileno, en sus ojos astutos la desconfianza de lo inesperado, de la sorpresa oculta en cada curva del camino, el brazo elástico pronto a descargar su corvo agudo

como una garra ante el peligro de los matorrales, llenos de acechanzas o ante las cuevas que abren sus ojos de misterio, repletos de brujerías, en cada cerro del camino; y el gaucho, lento, contemplativo, melancólico, reflejando en el agua quieta de sus pupilas un horizonte que nunca concluye, que se abre siempre más allá de las pezuñas de su mancarrón, igual, inmenso, infinito.

On Lara y el arriero gaucho eran, en realidad, los que parecían sentir más fuertemente su amor a la tierra, el orgullo lugareño de la nacionalidad; los otros, incluso el patrón, miraban los guadales del Neuquén, las estancias del otro lado como cosa chilena; para ellos la cruz del *divortium aquarum* no existía, casi habían olvidado que las piedras abruptas eran Chile y aquellas llanuras hinchadas de lomajes imperceptibles, rayadas por la baranda monótona de los alambrados eran la pampa argentina, el Neuquén, que ofrecía una riqueza libérrima no existente ya en las veguillas estrechas, cortadas por arroyos pedregosos de la tierra natal.

Sin embargo, con ansia curiosa observaban esta rivalidad entre el viejo campesino y el arriero gaucho, curiosidad tranquila de hombres fuertes, sensual afición a la lucha y a los peligros que hacía brillar voluptuosamente los ojos de moro de Albarrán y sonreír con cierta cruel expectación al hacendado, mientras don Leuto se rascaba las barbas grises con sus gruesos dedos.

De improvviso, un pedazo de luna, de un ámbar quemado, cubrió la montaña de una niebla amarillenta. Como pumas que pestañean a la luz, aquellos hombres se restregaron los ojos acostumbrados al hormigueo tibio de las estrellas en las noches sin luna, cuya obscuridad aumenta la tiniebla estancada de las altas montañas.

El gaucho viejo prestó su cuchillo para sacar una lonja de carne del costillar; y al poco rato, los cinco arrieros y el patrón mascaban en silencio con ese apetito firme, tranquilo, de animal que sacia su hambre.

La luna elevábase ahora sobre los picos oscuros, blanca, pura, bruñida por el polvo de las estrellas.

Liviana y flotante claridad envolvía la modorra de las montañas que en la confidencial soledad nocturna parecían acercar sus moles sin contornos para contarse sus secretos milenarios. La luna plateaba las quebradas negras y las aguas blancas: en el seno de esa niebla azulosa corría, como un chorro de luz de luna, el tumulto sonoro del arroyo.

El patrón repartió en seguida un trago de aguardiente y luego un cimarrón amargo. Los gauchos, como buenos pamperos, llevaban en su recado la calabaza y la bombilla para matear. El viejo arriero del Neuquén seguía silencioso chupando su mate; alargaba sus labios rojos, húmedos, con infinito regalo y luego paseaba sus ojos indiferentes, distraí-

dos, por aquellos cerros puntiagudos, duros, impenetrables; parecía sentir la nostalgia de su inmenso cielo que hierve, transpasado de luz, con el oleaje cristalino de las brillazones; la raya lejana de donde nace la nieve nacarada de la luna, la hormigueante polvareda de estrellas, que es el rastro de ese rebaño de cerros en marcha lenta quién sabe adónde.

El patrón rompió de nuevo el silencio. Una idea fija lo hacía volver con toda clase de precauciones al punto que deseaba aclarar:

—¿Ustedes se vuelven mañana al Neuquén?

Esta vez contestó el mozo que no había hablado hasta ese instante:

—Sí, patrón, en cinco días estamos de nuevo en el pago.

Su voz era sonora, provocativa y sin el sonsoneo de la del viejo: una brusquedad decidida temblaba en sus respuestas, después de oír las palabras del leonero: veíase en él, aunque no se denunciaba, un sordo rencor, un gruñir de perro ante la amenaza de un peligro.

El patrón habló de nuevo, tanteando hábilmente, con esa astuta hipocresía que los campesinos usan en las cosas que les interesan:

—¿Y cómo se van a llevar la guanaca p'allá?

El gaucho, inmóvil, bañado en la luz de la luna, que desdibujaba sus contornos, alargando la sombra de su cuerpo en una mancha borrosa, pareció sonreír por el tono con que pronunció sus palabras:

—Con la tropa se va solita, patrón!

Esta vez don Jesús tomó un tono campechanote, bromista, como que proponía el negocio por juego, sin interés. Su lenguaje, por una extraña simulación, se tornó enteramente campero:

—Vendéme la guanaca, ché... Una vaquillona te doy por ella!

Un silencio pesado, espeso, se hizo después de estas palabras: oyóse la voz del agua bulliciosa y hasta un bramido suave rasgó el aire de seda empapado de plata lunar. Los corazones sobrecogidos por este minuto supersticioso latían sordamente, en espera de la respuesta del gaucho. Hacían depender su tranquilidad futura de esta decisión del arriero cuyano.

Esta llegó, astuta, socarrona, sin dejar escape. Fué el viejo el que volvió de nuevo a tomar la palabra:

—La guanaca es de la estancia... y el vasco, de juro, que no la suelta. Dice qu'es la suerte de su hacienda... y ansina será. Si juera di'uno ei taba, patrón.

La voz desafinada, colérica de On Chipó cortó bruscamente el lento hablar del gaucho:

—Nu'estís mintiendo, viejo zorro... Vos sos el dueño de la guanaca.

El gaucho joven movió su cabeza como un cernícalo que inspecciona el campo parado en un cogollo de roble, y la mano se apoyó en la cacha de su

facón instintivamente. El viejo con disimulo le apretó el brazo:

—No te perdás, che Juan, que los rotos tienen corvo...

Y luego agregó en voz alta, alargando el brazo y procurando torcer sus dedos tiesos en forma de cruz:

—Por ésta, que no falto a la verdad...

Su cabeza dirigióse a lo alto, hacia la cruz del sur que levantaba misteriosamente sus aspas de oro como movida por la mano milagrosa de Dios.

Y bastó esta invocación para que los brazos que se habían sepultado entre los pliegues de la faja, cayesen al costado indefensos e inermes, porque del mismo modo que el aire de cristal de las alturas rodea sus cuerpos, la superstición, vago instinto religioso, rodea sus almas primitivas.

El patrón volvió a intervenir, conciliador.

—Nu'haya pleitos... Conversemos como amigos.

—Es que el viejo es tieso como pingo cuyano, argumentó el leonero.

—Aura sí, contestó el gaucho, ya me tenés caliente. Entonces vos sos traicionero como pingo chileno...

Pero On Chipó no se enfadó por estas palabras hirientes, pareció más bien dejarlas pasar por alto, como si una ofensa a su persona lo tuviese sin cuidado; pero esa alusión al caballo de la tierra con el cual había vivido como un hermano, no pudo per-

donarla; parecíale un insulto sin nombre, sobre todo en esos gauchos fanfarrones que se creían mejores jinetes que los huasos, con sus caballos flacos, de enorme cabeza estúpida, de pescuezo alargado eternamente hacia adelante.

Habló sin provocar, seguro de su argumentación:

—¿Qué le sacai al caballo e Chile? ¿Qué comparacióna veís entre el mancarrón acarnerao que parece e palo y el pingo chileno?

Esta vez el círculo se apretó, risueño, confiado, como si una partida interesante de monte se dilucidase entre ellos; tocábase un punto capital, que surgía a cada instante y en cada rincón de la cordillera al contacto de los rotos y de los gauchos como brota el polvo del camino al tocarlo las pezuñas de las reses; todos se habían puesto de pie; y los dos viejos se adelantaron inconscientemente, midiéndose con los ojos brillantes, como dos cóndores que, con las alas extendidas y sobre las risqueras inaccesibles, se disputan el dominio azul de los cielos. Aunque no se iban a las manos, sus palabras eran como aletazos preparatorios; defendían una parte de ellos mismos, las excelencias del pingo sobre el cual gozan y sufren, la bestia paciente que ha dado a sus piernas la conformación de sus lomos huesudos y fuertes, y que ya galope por la pampa inmensa o caracolee por las accidentadas veredas de las montañas, es siempre la misma, sufrida, sobria, como el huaso o como el gaucho a cuyo lado ha vivido desde

los lejanos tiempos en que vino a América con el soldado aventurero; como ellos tomó ese aspecto cansado y doloroso, del que tiene que cumplir una misión superior a sus fuerzas, en una tierra demasiado grande para sus vidas sin aspiraciones.

El viejo gaucho contestó tranquilamente, pesando sus palabras, sin herir, en actitud de evitar una pelea en la que llevarían ellos, solos en la sierra, la peor parte.

—Tiesón es el caballo gaucho; pero e fuerte, galopiao y buenazo; el caballo e Chile s'espanta hasta e los pájaros y anda con la cabeza que parece loco...

Sin titubear respondió On Chipó:

—Más vale una buena rienda qui'un hocico duro como pieira... Pa sujetar un mancarrón chey, hay que comenzar a pensar desde cinco leguas... ailante...

El gaucho replicó sentencioso:

—Cómo lo jineteen, será, ché!

—¿Y a acostarse encima de los aperos llamay vos montar a caballo?

—¿Y vos llamay montar pegarse al lomo como pi-que a pata e perro?

—Esa es la gracia, hermano... El caballo no debe voltearlo a uno... y si mañerea, pa eso están las espuelas.

—No, ché chileno; qu'er hecho una marcorna al suelo enredao en las espuelas como guanaco en las boleadoras, no es montar; si el mancarrón tropecea

el gaucho salta librecito pa'ilante, con el cabestro en la mano...

El gaucho joven, que seguía las respuestas de su compañero con ansiedad, aprobó satisfecho, sin disimulo:

—Queaste como pollo garrotiao, chilenito ¡Te bo-liaron!

Y al ver que On Chipó tartamudeaba sin encontrar la respuesta hiriente, continuó en voz alta, ya francamente zumbón:

—Y no digo de jinetear baguales, que en eso es el gaucho el primerito el mundo... En Chile, yo hay estao en una estancia de allí abajo...

On Chipó interrumpió provocativo:

—Párele, On Chey; allá los mientan di'otra laya. Fundos hay oido icir.

—Son astillas de un mismo palo, amigo. Yo hay estao en una estancia chilena y allí no hay baguales. Mientan doma subirse a un potrillo que ve gente d'ende que nace. Doma es bajarle el moño a un potro que ve un hombre y dispara hecho un diablo como guanaco espantao.

On Chipó no contestó nada esta vez, pero con voz nasal y monótona entonaba por lo bajo, entre dientes: Ting ting-tung tung, ting.

El patrón intervino de nuevo:

—Buenos son los gauchos pa voltiar un potro chúcaro, pero nadie le gana al roto pa enseñarlo a tranqueador, y darle buena rienda...

On Chipó volvió a entonar: Ting-ting-tung-ting.

El gaucho joven que había entendido perfectamente la alusión a la guitarra pampera, no pudo contenerse y, rabioso, se acercó a On Chipó con su facón empuñado.

—Calláte, sarnoso, si no querés que te cale la guata.

Pero On Chipó, a pesar de su brazo enfermo, quería llegar a este punto y rápido, de un salto, alargó su brazo en cuya mano renegrida disimulábase la punta afilada del corvo, como la uña maestra del puma en el extremo pujante de su zarpa.

Albarrán, a una señal del patrón, lo sujetó, como igualmente el viejo a su compañero: Dejálo, ché, que nos pueden destripar...

(El trozo de luna, nuevamente descolorido, perdióse detrás de una cuchilla y el cajón se impregnó de sombras densas. Las últimas brasas rojearon sin fuerza entre los montones de ceniza: sólo una débil claridad de amanecer hizo negrear el zigzagueante lomo de los cerros en la amplia sábana, donde volvieron a pestañear las estrellas como si despertasen de su letargo de luna.

El patrón se alzó amenazador esta vez, agarrando de un brazo a On Chipó.

—Que te calles, te digo, bruto, o te las verás conmigo...

—No se enoje tanto, patroncito, luego me callo... Éjeme hablarle al viejo...

—Si sos tan diablo y decís que tu caballo es tan buenazo, te echo una carrera mañana... de aquí hasta l'arroyo... en mi yegüita *Mocha*, por mal nombre... y que no le falta más que l'habla.

El viejo gaucho, cuya cara no se veía, contestó con voz sorda a un apretón del joven:

—Al ñudo, amigo, y luego agregó: y contamos tunduqueras?

—Con todo, On Chey... Vamos a ver quién es más diablo.

—Ya verís qui'otra cosa es con guitarra... Tengo un mancarrón más ligero que guanaco, agregó el viejo, al mismo tiempo que reunía las caronas de su recado y seguido del gaucho joven se alejaba un trecho para situarse al abrigo de una peña, al pie de la sierra, cuyo largo lomo parejo cortaba la polvareda fija de las estrellas con una espesa faja de tinta.

Cada uno, inconscientemente, se acomodaba en sus pilchas, apelotonándose para pasar la noche. El último en dejarse caer a tierra, al calor de los pellejos, fué Cipriano Lara que recogió de nuevo raíces de entre las piedras para hacer revivir la fogata cerca del patrón; su perfil agresivo, iluminado por el resplandor movable de la fogata, manchaba el negror de la noche con un ceño de fiereza invencible. Sin disimulo, con la obstinación testaruda de un tábano, sabiendo que el gaucho viejo podría oirlo, gargarizaba burlón el bordoneo de la guitarra: ting-tung-ting-tung-ting. Y el gaucho viejo, ovillado en

sus pilchas, oía perfectamente la burla mordaz y obstinada que lo perseguía, aún en sueños. Semi-cerradas las vidriosas pupilas miraba al abismo del cielo, aún empapado en el vago albor azulado de la luna, y el suave pestañeo de las estrellas era para su sangre irritada como un dulce cordial, hecho de milagrosas yerbas cordilleranas.

El ting-tung ting-tung del roto lo abrasaba en rabiosa cólera: una sed de venganza estremecía los duros tendones de sus músculos. Antes de cerrar los párpados quedóse en su pupila el reguero fugitivo de una estrella filante que rayó el negror del espacio; y en la sombra espesa del sueño le pareció que todas las estrellas se desprendían de la noche en una lluvia aleteante de pétalos de plata, como si la luna se hubiera deshecho en millones de partículas de luz para germinar en la pampa en una prodigiosa floración de primavera.

III

El dolor de su brazo, anestesiado con el hielo del amanecer, despertó a On Chipó como todos los días; sólo una vaga claridad alboreaba encima de las crestas negras; las estrellas aparecían fijas, insomnes, en el raso del cielo. El blancor borboteante de las espumas del arroyo y la blancura azulada del ventisquero era lo único que se precisaba en la sombra plomiza del alba.

—¡Ah! indino, y'astai levantao...

On Chipo miraba a su rival, el viejo gaucho que, apoyado en la montura de su mancarrón zaino, ya ensillado, parecía esperar la salida del sol, inmóvil, sereno, como la montaña misma.

El patrón y sus dos compañeros dormían tranquilamente y los caballos descansaban maneados, agachadas sus cabezas, con un aspecto de embrutecedora somnolencia en los ojos brillantes.

On Lara bajó a grandes saltos hasta el valle donde los animales masticaban el pasto húmedo con su cuello pegado a la tierra. A cada rato volvía la cabeza para observar al gaucho, cuya inmovilidad le parecía una ofensa incalificable. Mal disimulaba su sorna bravucona y camorrista la rabia que lo moría y su mano, que por la ausencia de la compañera había adquirido una vitalidad extraordinaria, la concentración de toda su animalidad combativa, cerrábase y abríase con elástica fiereza, como pidiendo el corvo, complemento de su fuerza. Mascullaba palabras insultantes en voz baja; y de improviso, con gritos desarticulados espantaba a los novillos: ¡ah chey, ah chey! mirando de reojo al viejo que seguía en su hierática inmutabilidad. En su vanidad irreflexiva de montañés, embriagado de esa gloria falsa que es la esencia misma del alma chilena, parecía una ofensa que el chey, como él decía, hubiese aceptado el desafío; creíalo un cobarde por el hecho sólo de no ser chileno; y asombrábase que, con su zaino

preparado, esperase el momento de la carrera cuando pudo haberse marchado en la misma noche, sin que nadie lo notara.

Al otro lado del estero percibió la *guanaca aguachala* del arreo que comía junto con los otros animales y que alargó su cabezuela impertinente al aproximarse el leonero. La yegüita cenicienta mordió mansamente la coscoja del freno; y On Chipó volvió a subir con la yegua de tiro a la meseta donde habían pasado la noche.

Imperceptiblemente el azul oscuro del cielo se diluyó en un amplio celeste nacarado donde las estrellas se fundieron. Los cerros perfilaron en él crudamente sus moles pedregosas; la sombra se aplastaba sobre la tierra como si ésta la absorbiera en sus poros eternamente ávidos.

Cuando llegó ya estaban en pie el patrón y los arrieros.

On Leuto acomodaba sus pierneras de buey y Albarrán llevaba los caballos hacia otra mancha de pasto que verdeaba en la margen del arroyo. El viejo gaucho conversaba amistosamente con el patrón y el rudo leonero sintió en su pecho, lleno de rencores, un odio implacable contra todos, patrón y cheyes, que no defendían el prestigio de su tierra invencible. El gaucho se iba a creer que los chilenos acobardaban; y aunque en su interior hubiera querido una lucha a caballazos, puñal en mano, tenía que resignarse a esa carrera falda abajo donde ni

por un momento dudaba de la victoria. Esta sorda rabia que lo hacía vibrar todo entero, estrangulando los insultos que borbotaban en la lengua, se acrecentó aún más cuando el patrón le hizo una broma sobre su bestia flaca, de minúsculas pezuñas sin herrar, que aparecía como una potranca de formas infantiles al lado del mancarrón de musculosos encuentros del arriero gaucho.

—Oye, Lara, te le podís pasar por la guata lo mismo que por debajo de un puente.....

Con su boca torcida, masticando amenazas, ponía sobre los duros lomos de su yegüita los cuatro sacos sucios y los cueros viejos que constituían sus aperos; introdujo sobre sus ojotas duras las espuelas de rodaja aguzada y apretó fuertemente la cincha hasta levantar al animalejo que pareció mirarlo de reojo; y luego de un salto encaramóse sobre ella, clavándole las espuelas para desahogar su rabia en los flancos mil veces heridos de su bestia; y ésta, al sentir los aguijones, cambió de improviso su mansa condición para levantar con altiva energía su pequeña cabeza y mover sus remos delgados con agilidad graciosa; pasó por sus vísceras, nutridas con el coirón de las peñas, un estremecimiento inusitado, semejante al soplo abrilero de un trago de mosto en las venas curtidas de un viejo labriego; y esta vitalidad se comunicó al jinete que, con su brazo disponible, movía el rendaje por donde toda el alma del viejo centauro iba a pasar a la bes-

tezuela: una vibración continua agitaba a la *Mocha* y así tenía toda la gracia de un pájaro que vuela. Ante ella desaparecieron la pobreza de los aperos, sus crines mal cuidadas, y la grotesca facha del jinete; algo desconocido y sutil había brotado al poner sus piernas en los flancos de su cabalgadura, una compenetración misteriosa entre jinete y caballo que, separados, perdían su viveza y su personalidad. La raza campesina representábase allí en aquel momento: era la gracia del campo chileno, con sus bosquecillos en las quebradas, sus valles verdeantes, sus torrenteras sonoras y desatadas; la gracia variada de los paisajes, ya estériles y abundosos, ya elevados o perdidos en las rinconadas, ya enormes como las montañas o pequeños como miniaturas. Eran el cóndor y la diuca, el roble y el espino, el puma y el zorro, el copihue y la siempreviva: era la fuerza y la agilidad, la inquietud nerviosa de la pupila acostumbrada a todos los paisajes y el empuje del brazo habituado a todas las inseguridades.

On Chipó y su yegüita representaban a su tierra admirablemente; y tan astuta combatividad brillaba en los ojos del jinete y en los de la bestia que el patrón don Jesús sintió nacer de pronto su patriotismo dormido y se alejó del gaucho para acercarse a su sirviente.

El arriero del Neuquén sintió idéntica transformación, y de un salto mesuradamente calculado se encaramó en su redomón, pesado y enorme.

Igualmente el viejo jinete, al tenderse en los pe-
llones de la cómoda silla, le comunicó a su caballo
una oculta corriente de esfuerzo; pero éste, en lugar
de mover inquieto la cabeza, pareció afirmarse en
sus largos remos y jinete y caballo esperaron la se-
ñal de partida; su inmovilidad contemplativa era
también representación de una cualidad de raza,
desarrollo de una fuerza adquirida en varios siglos
de vida libre bajo el cielo y en la llanura pampea-
na, una potencia dura, incansable, era la que refle-
jaban los macizos remos de la cabalgadura y la
de su largo cuello tendido siempre hacia nuevos
horizontes y que, en los ojos de la bestia como en
las pupilas mortecinas del arriero, marcaban la re-
signación paciente ante lo irremediable.

Desahogadamente echado sobre sus pilchas blan-
das, alargadas las piernas hacia el cuello del caba-
llo, sabiendo que las leguas que tiene por delante
no pasarán así no más, deja las riendas y su alma
poética se espacia sobre el medio mundo del cielo
pampeano, en las noches blancas o en los días azu-
les, con la libertad de las nubes que vienen de la
sierra chilena y van hacia la costa lejana; su caballo
es seguro como un carruaje; y sobre él vive a toda
hora; la tierra es pareja y suave y su marcha no la
interrumpirán ni piedras ni cumbres; su cuerpo y
su espíritu no están adheridos al caballo como el
jinete chileno que sabe que si se descuida puede

romperse la cabeza en un peñasco o darse vuelta en un voladero.

Don Jesús, profundamente interesado esta vez en la carrera, esperaba impaciente que Albarrán le ensillase el caballo; quería, bien montado en su yegua, seguir las peripecias del duelo.

Un grato frescor de nieve venía de la boca oscura del ventisquero que, como un monstruo gigantesco, vomitaba de sus entrañas un río de aguas tumultuosas.

El sol no había aparecido aún sobre las cimas fronteras, pero una claridad cristalina se apoyaba sobre el abrigado cajón; una faja luminosa teñía de oro las escrescencias volcánicas de la cima contraria, un monolito rojizo que se recortaba contorsionado y sucio sobre el cielo límpido, de un azul profundo, donde navegaban las manchitas negras de dos cóndores, en geométricas circunvoluciones sobre los picachos. En el fondo del cajón las manchas inmóviles, semi-borradas por la sombra transparente de la mañana, del rebaño, golosamente pegado a la verde frescura de los mallines.

De un galope rápido On Chipó se puso a cierta distancia del gaucho.

On Leuto y Albarrán se aproximaron más a su compañero y este movimiento lo hizo simultáneamente el otro arriero.

Don Jesús que iba a dar la señal de partida se puso entre los dos jinetes, separados del grupo.

Cumplía su misión de juez y de gritón con ese empaque solemne de la gente de campo en esta clase de torneos.

La pendiente bajaba en suave talud hacia el fondo del valle, pero, al unirse la escarpa con el terreno plano donde corría el arroyo y verdeaban los manchones de pasto, la inclinación se precipitaba bruscamente, perdiéndose el sendero entre grandes peñascos blancuzcos.

On Leuto, con esa sentenciosa previsión de los viejos campesinos, adelantó un consejo:

—Allá l'último está la malura. No se vaya a dar vuelta, no más, On Chipol

—Éjese e chunchos, On Leuto... La *Mocha* sabe por onde pisa... Aguáitele la colita, como la mueve...

Don Jesús, parándose en los estribos, gritó:

—¡Listos!

Los dos jinetes se adelantaron al tranco, apretando nerviosamente los muslos al flanco del caballo. En medio del más profundo silencio la voz de Don Jesús gritó el alerta: Uno; y tras de una breve pausa: dos; y luego más vivamente: tres!

Como un pájaro que emprende el vuelo desde una peña al aire, en un amasijo vibrante de patas y de trapos, la *Mocha* se adelantó ágilmente varios metros, mientras el zaino del gaucho, como un cóndor harto, tomaba pesadamente el galope en un largo balanceo de sus patas desmesuradas.

Al doblar una loma desapareció la cabeza de On

Chipo, para volver a aparecer nuevamente con una agitación endiablada y volver a perderse en seguida. Los cuatro hombres, sin acuerdo previo, clavaron espuelas y empezaron a bajar en la misma dirección hacia el valle.

Sobre el largo filo de la montaña asomó, entonces, el ascua viva del sol y en un momento, su disco espejeante barnizó de oro limpio, resplandeciente, los bloques cristalinos del ventisquero, amontonados a la salida del río, la masa pesada de la montaña cuyas piedras volcánicas brillaron como trozos de vidrio, el desorden espumoso de los arroyos rompiéndose en las peñas e hizo resaltar las manchas inmóviles de los vacunos, en un amontonamiento abigarrado, sobre el oro de esmeralda de los mallines.

Mientras bajaban, cegados por el brillo del sol, no vieron los jinetes, sino una nube de polvo rojizo que se disolvía lentamente. En ese momento la voz del gaucho rompió con rara sonoridad la quietud del aire dormido como agua de laguna; y a semejanza de las ondas concéntricas que van a deshacerse en las orillas, la voz se repitió en todos los cajones, cada vez más lejana, hasta morir en un balbuceo amortiguado y misterioso en el último filo de montaña.

Sin decir palabra, impulsado por oculto instinto del peligro, el otro gaucho galopó en la dirección de la voz; y los demás lo imitaron, sobre todo Al-

barrán que se adelantó impetuoso, incendiados sus ojos de águila por inusitada fiebre.

Disuelto el polvo, vieron al finalizar el camino a On Chipó tendido en el suelo; y a su lado, la yegüita con la silla inclinada en la actitud de un bote tumado.

On Chipó yacía inmóvil: un sudor pegajoso lustraba su cara obscura y el brillo febril de sus ojos se escapaba a través de los párpados medio cerrados; un reguero de sangre que nacía en las cejas se enfriaba sobre la mejilla huesuda del viejo; y la *Mocha*, perdida su ágil vitalidad, temblaba entera sobre sus remos tiritones; en cada inflamamiento de sus costados oíase el palpar del corazón con la aceleración precipitada de una cuerda que se ha roto.

On Leuto se apeó de su cabalgadura y se acercó al arriero, más bien encolerizado que compasivo, murmurando:—¿No lo ije yo?; pero éste lo rechazó con un gesto hostil y soberbio; y como el capataz titubeara, irguiéndose de nuevo, rugió con sordo despecho:

—Y la carrera taba ganada, mierda!...

Incorporándose, dobló el torso bruscamente, y mirando hacia la otra falda, aún repleta de sombras movibles, amenazó con su mano de bronce, temblorosa e inerme:

—Chey maldecío! ¡Me l'avís de pagar con sangre!

Y en esta amenaza sanguinaria estaba todo el espíritu combativo de la raza, el orgullo del montañés

nervioso y altanero acostumbrado a derribar robles y perseguir pumas; su brazo vencido, al amenazar hacia la montaña, hacia la pampa, había rasgado el cielo en una inmensa puñalada de su corvo y la sangre de los gauchos corría desbordándose en cascadas entre las aristas de los peñascos.

Al volver la cabeza hacia allá, vieron cómo el viejo gaucho y su compañero ascendían hacia el otro cajón, extrañamente alejados por el espejismo del aire diáfano; delante de ellos la guanaca se deslizaba por el sendero con un trotecito ágil y seguro.

Todos sintieron en ese instante su orgullo nacional herido; el gaucho había triunfado y contaría su triunfo a los otros gauchos de la estancia y todavía se llevaba la suerte del arreo. Don Jesús inclinó la cabeza, inseguro, luchando entre su conveniencia que lo llevaba a Chile con el arreo y su orgullo que lo impelía a humillar a los gauchos. Don Leuto, tranquilo, sentencioso, volvió a decir, envanecido de su profecía: ¿No lo icía yo?, y Albarrán, con la rienda en la mano y las piernas encogidas en actitud de espolear, suplicantes los ojos, miraba al patrón y a los cheyes que a cada instante se acercaban más a la cumbre; pero éste, volviéndose hacia sus vacas y novillos, habló con desgano:

—Déjalos, hombre, en otra les ganaremos nosotros. Hay que llegar al resguardo esta misma noche...

Albarrán abandonó la brida y enderezó las pier-

nas con gesto decepcionado; y On Chipó, reanimado de súbito al oír esto, se levantó dificultosamente, enderezó su montura y arrastrando a su yegua, bajó hasta el valle. Simultáneamente bebieron agua en el arroyo.

Los vacunos, a medida que el sol los empujaba con su látigo de fuego, iban subiendo en busca de sombra protectora.

Don Leuto dió una orden y Albarrán partió al galope para atajar una vaquillona overa que, con arrestos de mandona, arrastraba al rebaño hacia la falda.

Media hora después el arreo filaba lento, interminable, por la desnuda montaña, en marcha hacia Chile. On Chipó, con un aspecto de infinito anonadamiento, marchaba a la zaga. Al llegar al filo de la cumbre, antes de bajar a otro valle donde verdeaban las manchas apretadas de niris y michayes; y se abría, bañada en nieblas azules, la honda quebrada de un río chileno, On Chipó, azotado por el viento de la cumbre, movió rabiosamente su brazo en amenaza soberbia hacia el Neuquén lejano. Su gesto era de dominio, de revancha, de triunfo, apesar de su derrota reciente; un fulgor febricitante de locura encendía sus ojos. Tras de ese grito de amenaza se abatió sobre la silla; luego una risa amarga torció su boca húmeda: tung, tung, tung, soplaron sus labios sin moverse; y enloquecido por un súbito punzonazo de la herida se levantó sobre los estri-

bos, y con la voz desgarrada por un sollozo salvaje que nacía del fondo de su orgullo pisoteado, impotente, gritó como un cóndor herido: chey condenao, condenao, pero en el lomo alejado de la cumbre no se veían ya las siluetas de los jinetes gauchos. Sólo el inmenso cielo se agrandaba azul y desvanecedor sobre los picos, rayados con estrías de nieve y el arroyo, en el fondo, alargándose como la hoja blanca de una espada que se hundiese hasta la entraña de la tierra hostil e indiferente.

La cordillera es sagrada

I

EL CAMINO INTERMINABLE

EL áspero crujir de una carreta llenó la sonora transparencia de la mañana. Un perro, tendido en la tierra todavía húmeda del rocío, gruñó malhumorado; y dos caballos sujetos al tronco de un viejo peral florecido irguieron sus orejas tirando bruscamente de las riendas. Algunos pétalos blancos cayeron del árbol y un murmullo argentino agitó la hojarasca lavada por la fresca matinal.

Un hombre moreno, flaco, de ojos secos, que se ponía las espuelas sobre un cajón viejo, torció la cabeza sin variar de posición.

—Pilque, sujeta al tordillo que se va...

Con torpe paso se acerca otro hombre que, agachado, llenaba unas viejas alforjas chilenas. Sobre la desfrizada manta de haldas desteñidas se yergue

una cabezota inmóvil, de pómulos salientes, redondeados. Los labios rojos y gruesos semejan dos piñones superpuestos; unas greñas terrosas se apelmazan sobre la estrecha frente, inexpresiva como un pedazo de madera; parece uno de esos trozos de chonta botados en el camino; sus piernas gruesas y cortas se mueven pesadamente, con invencible pereza,

Obedece sin mirar, con cierto apresuramiento temeroso. Sus manos negras, deformadas, cogen las riendas del tordillo con hábil destreza.

—¿A qué hora salió On Varela con las mulas?

—A las cuatro, don José María.

—Debe estar cerca de San Clemente, entonces...
Avísale a Juancho que nos vamos...

Pilque obedeció de nuevo sin hablar. Atravesó el camino hacia el patio de la casa: un vetusto casecón de la colonia, de gruesas murallas desconchadas. Dos tinajones barrigudos ocupan un rincón del corredor cuyos pilares sin pintar, apiñados por la perspectiva, parecen las rejas de una jaula enorme. Un viejo de espaldas torcidas, harapos, con la chupalla en la mano atravesó el patio apartando a su paso un caballete, donde descansa un avío chileno cargado de cueros sucios y de retorcidas correas. Se acerca arrastrando los pies hacia don José María que, con la rienda en la mano, espera que Juancho llegue hasta él. Alto, huesudo, con sus botas de cuero sin limpiar y su manta de Castilla, pa-

rece más bien un soldado rural; en su firme osamenta se adivina una vitalidad elástica, poderosa, invencible. Sus ojos brillan mortecinamente en un rostro chupado, color de tierra mojada.

—Ya sabes, Juancho, hay que ensacar el trigo en Enero y llevárselo a Ramírez...

—Sí, patrón.

—On Varela vendrá a fines de Diciembre para que tú le entregues azúcar y café y me los lleve al cajón de la Plata.

—Sí, patrón.

—No te olvides de poner el espantajo en la viña, porque he visto muchos nidos de zorzales esta primavera.

—Sí, patrón.

Ante las respuestas del inquilino don José María sonríe bonachón, mostrando unos dientes largos, negruzcos, bajo el bigote entrecano que se desordena en las mismas peludas ventanillas.

—Sí, sí, patrón. Tú tienes muy buen sí, pero te olvidas de todo a los cinco minutos.

Juancho baja la vista y da vueltas a la vieja chupalla entre sus dedos redondos y tiesos como gusanos, sin contestar.

—Arriba, Pilque, entonces...

Ya montado, don José María mira hacia todas partes y por último grita con voz cascada, ronca...

—Chey, Chey!!

Aparece lentamente un perrazo chileno, de piel

atigrada como la de un reptil, de orejas colgantes y de ojos zarcos; aún tranquilo, albea en su hocico arriscado un rencor sempiterno. Instintivamente se coloca detrás del caballo de Pilque, un caballito mulato, de un color de paño desteñido, de remos delgados y de cabeza no más grande que la de un ternero.

Una mañana primaveral, dorada y fresca impregna de luz las claras perspectivas del campo. Brilla el húmedo verdor de las sementeras y pastales y sube al cielo la sombra fría de los bosquecillos de las quebradas y la frescura de los sauces que beben el agua de los remansos del estero. Por sobre la línea prolongada de colinas estériles aparecen los montones azules de la cordillera casi fundidos en la bruma radiante de la mañana.

Toda la familia de Juancho ha surgido de detrás de la vieja casa negruzca que un nogal gigantesco cobija con su sombra. Miran inmóviles, harapientos, los caballos que, a lento paso, abandonan el campo, perdidos casi en sus arreos de cordillera, pellones y árguenas de cocaví.

Adelante don José María, luego Pilque a algunos pasos y pegado a las patas del caballejo, el perro de mirada aviesa y turbia. Tranqueando lentamente por el camino ripioso que el sol de la mañana convierte en una corriente de oro, aquellos seres son como un símbolo de la vieja patria: el patrón, el sirviente y el perro. A la orilla del camino un espi-

no polvoriento, mísero; en sus ramas retorcidas como dedos de vieja rojea el quintral y sobre el matorro verdeoscuro, un tiuque mira impasible la mañana que limpia la campiña con el oro húmedo de su luz.

Invisible corriente de sangre los une. Durante siglos han vivido en contacto en el caserón rural, junto al estero bullicioso, a las piedras redondas que los aludes han diseminado en el valle, a los sauces, a los pájaros. Una tácita alianza hay entre ellos; la tierra parece sujetarlos a sus terrones duros como a las raíces de los espinos. Juntos la han defendido de los aludes del cerro próximo, de la guerra y de los salteos. El patrón, el sirviente, el perro: son el alma secular del campo chileno, de la tierra apenas destripada por el arado de los conquistadores.

Don José María, callado, mira la tierra donde nació; cada peñasco, cada arbolillo, cada casucha, son partes integrantes de su espíritu. Comprende que si un rayo partiera un espino o derribara un rancho sentiría igualmente un claro en su vida. A veces se imagina que ese tiuque parado en los espinos es el mismo que lo miraba cuando pequeño; y que no tiene edad como la tierra y como los árboles; una tortolilla que con hueco tableteo de alas atraviesa el camino parece la misma que mató de una pedrada hace treinta años y que, sin embargo, vuelve a atravesar el camino como entonces.

La tierra, sola e inerte, duerme bajo el cielo. La

niñez y la edad presente se unen en un camino interminable, en que cada recodo es distinto, pero en que todo es igual, sin embargo, como la tortolilla de antaño o la diuca que saltando delante de su caballo, deja en la tierra blanda la escritura de sus patitas pizpiretas.

El tranco de su caballo tordillo es para él como una música; la silla blanda un lecho de reposo; y ese camino que no tiene fin un sueño muy dulce y consolador del que nunca despertara.

Frente a la casa, un montecillo semejante a una joroba de la llanura levanta pesadamente su áspera cabellera de pinos: un verdor negro y húmedo que que se destaca en la cruda aridez de la tierra. Hacia él dirige sus ojos don José María con cierta complacencia. Ayer aquel altillo era un montón pedregoso de rocas estériles y hoy el verdor oscuro de los pinos tapa las lacras de la tierra, convierte la roca yerma en un paraíso sonoro. Sus manos pusieron en cada pedazo de montaña las semillas duras y coriáceas, sus dedos aplastaron la tierra blanda en los morenos huevillos; y sus brazos regaron cada verano los brotes minúsculos como una yerba de la pradera. Él hubiera querido que en lugar de los pinos levantasen sus copudas ramazones las pataguas, sus plateados abanicos los canelos o sus copas negras los boldos de hojas metálicas; que un agua clara, impregnada de sombra verdosa, corriese por entre los árboles y que zorzales de canto dulce como las

pepillas del boldo cantasen la armoniosa soledad de la montaña. Su corazón rumoreaba como un árbol o como un manantial al sentir el campo entero en su sangre y en sus ideas. Pero eso habría sido una locura. La humedad del bosque haría la casa inhabitable; en la hojarasca podrida de su seno crecerían culebras y sapitos. No, era una locura pensar en los bosques chilenos: era tan absurdo como repoblar con mapuches los campos de la tierra. Al lento paso del caballo avanza por el camino de molida tierra arcillosa. A veces una polvareda roja los envuelve como envuelve al paisaje; luego la sangrienta humedad empieza a disolverse y las tres figuras aparecen iguales, lentas, tristes, imperturbables como si formaran parte de la tierra soñolienta; parece que se hubiera subido el polvo moreno por las patas de los caballos, incrustándose en las botas, en las mantas de Castilla, en la piel lustrosa, como si deseara fundirlos en su seno, en una ruda caricia de madre.

Así pasan las horas del día sin apresurar ni detener el tranco de los caballos. Don José María parece gozar incansablemente de ese paisaje parejo y triste que los espinales decoran con el seco araño de sus copas, que cruza el vuelo bajo de los tiuques y ensucian los ranchos en las hondonadas con sus techos de podrida paja. Sigue hacia adelante el camino, igual, terroso, pobre, y las cumbres se perfilan inmensas, ascendiendo al cielo claro en muda rebelión.

No hay distancia para esa lentitud devoradora de leguas. La montaña se acerca poco a poco. Los filos azules de las colinas se tornan verdes; las sombras cenicientas de las quebradas descubren las blancas torrenteras de plata; y las venas grises que rayan las cresterías lejanas blanquean bajo el sol. Se aprieta la inmensa cordillera como un puño cerrado: una vida formidable palpita bajo el raso transparente de los cielos. Corren las montañas en persecución de las aguas en fuga y en la boca abierta de los cajones se espesa el cielo sereno en una perlina humareda azulosa.

Al sombrear la noche penetran en la cordillera don José María, Pilque y el perro. La claridad fluctuante del atardecer no deja percibir detalles y las sombras reptan por las quebradas en demanda de las cumbres. Marchan los tres tan juntos que forman un solo grupo monstruoso. La sierra, alargando las escarpas de sus cerros a modo de brazos cariñosos, los ha tragado en su noche inmóvil, en el callado enigma de sus peñascales. Y entre las piedras mudas y resignadas aquellos seres son un símbolo de fuerza salvaje, la visión de una raza muerta que, abandonando sus cavernas, sube y sube sin término hasta disputarle a los cóndores sus dominios de la altura, donde brillan los neveros como una polvareda diáfana que hubiera caído de las estrellas.

II

EL PASADO

Camino de las cumbres, bajo el sol ardoroso de la siesta, a la orilla de un río que tumultuosamente huye hacia el mar, van don José María Mardones, Pilque, su criado y su perro Chey, que trota con la lengua afuera y cojeando a la zaga de Pilque.

El verdor oscuro de los robledales se espesa en las quebradas y cubre las escarpas con su alfombra crespas. A ratos gorgoritea el agua de un manantial y sobre el amontonamiento verdinegro de los robles, en el claro océano del cielo, se levanta la muralla oscura de la sierra que interrumpe un monolito con su bonete de nieve.

Hace diez años que don José María asciende a la cordillera y sube y baja por el muerto oleaje de los cerros en compañía de su criado y de su perro, llegando a veces hasta los guadales de la pampa o acampando otras al abrigo de los cajones. Marcha obstinadamente hacia adelante, sin miedo a las fatigas, ni al viento ni a las nevascas. Al estrecharse el camino entre los murallones que sostienen en sus lomos el peso de los robledales, a don José María se le imagina remontar la corriente, vencer la fuerza abrumadora de las ondas que quisieran llevarlo de nuevo a la llanura. Su criado lo sigue silenciosamente

como el perro lo sigue a él, despeado y babeante. En el cerebro de Pilque hormiguea a veces una rabia sorda que no se manifiesta si no es pasando la lengua por los labios húmedos, aun con rastros de harina. Cuando el sol de mediodía tuesta las jorobas rojizas o hierve en los cañadones y el viento de la altura clava la piel con dardos de hielo germina en su naturaleza un vago rencor que muere apenas nacido. Mira al perro que se detiene y parece también observarlo con ojos de súplica. Esa misma cara tiene Pilque al volver los ojos hacia su amo que marcha inmutable, al mismo paso, con su pañuelo debajo del sombrero a guisa de cogotera y los ojos fijos en el abismo del cielo lejano. Mientras Pilque siente despedazado su cuerpo por el lomo huesudo de su bestezuela trotinante y Chey jadea anheloso, húmeda su piel de lagarto, don José María piensa a sus anchas, da libertad a su espíritu salvaje, independiente, solitario. La sierra es un testigo que no importuna ni discute; el río apenas escucha, eternamente apresurado; no oyen los robles meditados y serenos ni la montaña en éxtasis ante el cielo por donde vuelan las nubes, ciegas de sol. Sólo el viento parece entenderlo y ruge o silba en sus oídos como en la boca de una gruta o en el filo de una cumbre.

Al apearse de su caballo, un dolor inexplicable sangra gota a gota en su corazón. Al sujetar la rienda del tordillo se para Pilque bruscamente y se

oye distinto el jaderar del perro en el camino. Apenas siente a Pilque o al perro, pica de nuevo espuelas al caballo y sigue hacia arriba su camino sin término. El hombre lo exaspera; un sordo rencor lo conmueve a su recuerdo. Odia a esa vida y a esos hombres que, sin pensar en nada, discurren indiferentes y alegres por las calles de las ciudades, cuando la fatalidad se cierne sobre sus cabezas. Vive en él un odio mortal contra el hombre blanco, descendiente de conquistadores y dueño de la tierra que aun su propia incapacidad la disimula bajo maneras agradables.

En la cumbre, en medio de los verdes cajones donde pastan los rebaños, en el agua que entreteje blancos cordones en cada arruga de las peñas, la soledad reconforta como un sueño profundo. Ah! si fuera habitable la cordillera en los inviernos! ¡Si se pudiera vivir en las cavernas sin temor a los derrumbes, al frío de la nieve y de los peñascos! Allí viviría, escondería en el hueco de una piedra su alma de cóndor rebelde que sólo encima de las cumbres recobra su fuerza; abajo, en la llanura, al espíritu se le doblan las alas como a un murciélago!

A fuerza de meditar en su vida los recuerdos aparecen limpios y claros como la campiña después de una lluvia. Un largo camino que sale del caserón terroso y triste y va a dar a las piedras overas de la sierra, la espalda inclinada sobre el caballo como si un viento misterioso lo pegara a su lomo

elástico. A veces los detalles se borran y su casa aparece en la cima arrugada de un cerro; el bulto negro de un cóndor, con su nevero de pluma, descansa sobre el tejado de húmedo ladrillo. Es como si violentamente se juntaran los dos extremos de su vida en un abrazo imaginario. Aparece su padre, con sus grandes zuecos de madera, su manta de vicuña clara y su habla de huaso, ceceante y pueril y la ternura humedece sus ojos fríos. A su madre no la conoció. Su único recuerdo es un retrato desteñido, con marco de celuloide, en el rincón de una pieza; una cara rugosa y triste semejante a un trozo de tierra mojada. Aislado en el campo pasó su infancia; a falta de familia, aquel caserón era para él un pariente. El habla cascada de su padre llena las piezas oscuras en cuyos rincones las telarañas azulosas se cargan de la tierra del techo sin tablas; en los veranos, desde el sombrío negror de las habitaciones, resplandecía de sol el rectángulo de la puerta: veíase en él un trozo pizarroso de cerro y el abanicazo palpitante del nogal que movía una de sus ramas hasta tocar el marco, a una bocanada fresca del estero, abrasado por la siesta. A la muerte de su padre (lo vetendido sobre la misma mesa donde comía, con su manta de vicuña y sus grandes zuecos) Juancho se hizo cargo de la pequeña heredad, de la hijuela minúscula, de la carreta, de los bueyes, de los caballos. ¡Dulce encanto de su infancia que su espíritu se representa con el cuadrado de la puerta ilu-

minada! ¿Por qué se imagina que ese sol de antaño, recortado por el marco negruzco de la madera sin pintar, es mejor y más claro que ningún otro? Una ternura angustiosa aprieta su corazón, el dolor de las cosas sin remedio, pasadas para siempre. Su infancia es algo lejano, intangible, pero inmensamente claro en su lejanía; recuerda sus escapadas al estero con los hijos de Juancho, el agua tibia y desabrida de los remansos, una culebra desapareciendo en la hojarasca y luego el vaso de agua de la olla de greda, tapada con una tabla, en un rincón del comedor sombrío. ¡Agüita clara que calmaba la sangre como si un soplo de aire, cargado de yerbas frescas, penetrase en las arterias!

Desde pequeño no hubo para él quietud posible: su mayor aspiración era subir al montecillo frontero cuyo lomo de toro ascendía pesadamente para caer luego en un talud interminable. En sus escapatorias llegaba sólo hasta media falda; allí lo sorprendía un bosquecillo tupido de romeros y olivillos, asombrándose de que aquellos manchones verdosos que se veían desde la casa, no mayores que un puñado de yerbas, fuesen árboles tan grandes y tupidos.

Un año, la cresta más alta del cerrillo se chorreó de nieve. Aquellas manchas blancas le parecieron de azúcar molida; y durante muchos años pensó que la mujer de Juan, la buena Pascuala, la iba a buscar a los cerros para el café...

Pasaron rápidos sus años de escuela, en la escue-

la rural de una aldehuela cercana; y luego su juventud, igual, dura, helada. La mujer no despertó pasiones en él. Un día pasó por el camino la carretela de un fundo, cargada de muchachas con rojos quitasoles y vestidos blancos; se escondió detrás de la puerta para verlas pasar; alcanzó a divisar la carilla fresca de una morena, el blancor de una boca alegre; y esta imagen quedó grabada en el fondo de su corazón, con palpitante frescura: allí vivió esa flor de cariño como en el fondo de un pozo un rayo de sol.

El año 1879 fué memorable en su vida. La guerra pasó por el campo como una alarma trágica. La tierra despoblóse; todos fueron a luchar, patrones y criados. Imagínose después que esa lucha era de los araucanos contra los incas dominadores, de los alfareros del Cuzco contra los guerreros mapuches. Allí conoció a Pilque, el asistente araucano, del cual no volvió a separarse más. Después de la guerra no regresó al campo. Violentamente se había despertado en él el patriotismo. El guerrero o bandido que dormía en su complexión primitiva apareció con el imperioso mandato de un instinto. Corrió por la América como espía de su patria, vagando con Pilque y con el perro que en cada país cambiaba de nombre. *Cholo* fué en el Perú, *Cuico* en Bolivia y *Chey* en la Argentina. A su vuelta a Santiago ya no encontró igual a su tierra: en diez años el país era otro. No era el Chile pobre y fuerte que conquistó

el salitre: era un Chile europeizante, lujoso, que había arrojado a sus veteranos como un vestido viejo, dándoles a guisa de pensión una limosna del mismo dinero conquistado por ellos. Su cabeza hosca, sus botas, su manta de Castilla no eran un traje aceptable en el ejército moderno. Entonces pensó en su tierra, el viejo caserón, la Pascuala, Juancho, la pequeña viña. Pero ahora llevaba clavado un puñal de odio en el pecho; aquel pueblo nuevo le era hostil. Sólo su tierra podía quererlo; y a ella se entregó en cuerpo y alma. Veinte años habían pasado. Veinte años de esfuerzo que a pesar de su vigor, fueron minando lentamente su organismo, aunque él no lo creyera.

La ciudad era su enemiga. El campo, en cambio, parecía quererlo; los arbolillos de los cañadones, los pequeños esteros, el pidén de los remansos, las diucas madrugadoras, le hablaban de su tierra, que se le antojaba cariñosa, cuando pasaba por los caminos; ella no le echaría en cara su traje sucio, sus mejillas cetrinas; ella era también morena y paciente como el roto y como el araucano y parecía ablandarse cuando pasaba por los barbechos, por la humedad de la gleba removida.

¿Qué extraño parentesco había entre el inquilino amontonado con su prole en el cuarto ahumado de un rancho y el coipo color de fango que habita en los remansos y cuya lámina tersa, donde se espejan los sauces, suele romper con su cabeza húmeda?

Ella era indolente, pasiva, pero dócil. Necesitaba una mano de hierro que la macerara hasta hacerla blanda como arcilla. Estaba convencido de la maldad de los seres vivientes, de su egoísmo incorregible, de su falta de respeto y de amor, de su hipocresía irremediable. Vida miserable que no valía la pena de vivirla; y él, condenado a rozarse con estos hombres, hijos de conquistadores, que habían transformado el campo chileno.

¡Qué hermosa sería la virginidad de la tierra habitada por los indios, cuando bajaban los guanacos al valle y los bosques poblaban la Cordillera de la Costa, y en las lagunas y remansos vivían los flamencos de rojas alas y los cisnes de cuello negro! Complacíase en comprobar los rasgos mapuches de su rostro: el pelo indomable, de un negror de ala de cóndor, los matices lustrosos de su cara, el escaso bigote que él se hubiera arrancado gustosamente, como los antiguos caciques. Quería imaginarse a su antecesor indígena: un toqui fornido, con una piel de puma en los hombros, cazador de guanacos y raptor de las mujeres de los huincas que habían levantado palacios en el valle del Tralca. El montoncillo árido que existía frente a la casa, llamado Mangarral (Cerro de los Buitres) debió haber sido el nombre de su ascendiente precolonial.

Como su amigo Palacios, consideraba al araucano una raza superior. Raza chilena era su Biblia, y con ella bajo el brazo vagaba en los veranos por

las peñas de los Andes en busca del filón de oro que debía completar el sueño del patriarca. Pilque lo acompañaba, también ilusionado; ante sus ojos, que cubría un fulgor turbio como los ojos de los pumas, flotaba una nube de oro semejante al reflejo del sol en las lagunas; y en menor escala, el perro Chey, ilusionado con un trozo de carne al final de la jornada. Esta ansia de riqueza que libertaría a los indios y rotos del encomendero blanco, lo hacía avanzar infatigable, con algo de Cristo y de Quijote, fe animal y poderosa como el instinto de conservación. Quería ser el primero en descubrirlo y explotarlo antes que el extranjero.

Lentamente, pacientemente, bajo el sol ardoroso, a la margen del río, van don José María Mardones, Pilque su criado y su perro Chey, que trota despeado y babeante a la zaga del indio.

III

EL DESHIELO

La primavera fué tardía después del crudo invierno. A fines de Noviembre aun la nieve cubría las faldas; y el pequeño diluvio anual de las altas cumbres seguía atronando el aire helado con el impetuoso despeñarse de las aguas por los derrumbaderos y quebradas.

Los senderos formados por las pezuñas de los rebaños y que faldean los macizos rocosos estaban libres, sin embargo; y por ellos ascendieron don José María, Pilque y el perro hacia las cabeceras de un pequeño río. La nieve muerta de la sierra se animaba de vez en cuando. Sentíase un ruido apagado, misterioso, como si se desgarrara la seda del cielo primaveral y desde una cima desplomábase un rodado que iba a arrojar su vientre de nieve al fondo del río. La huella de su caída era un cono opaco, bordado, en la sábana lustrosa de la nieve, semejante a la huella de un rastrillo inmenso. El perro se pegaba a su amo, y Pilque, sin chistar, miraba la conmoción de la montaña. Girones de nubes neblinosas navegaban, sin cesar, por el océano celeste que se espaciaba infinito encima de la montaña nevada. Un sol dorado, limpio, hacía irradiar con alburas de raso la espuma inmóvil de la nieve que rodeaba los islotes rocosos. En la planicie, verdegueaba el mallín de la sierra y la falda suave de los cerros se doraba con la seda fresca de las gramíneas tempranas. Borbotaba el agua del deshielo en las mismas raíces de los michayes espinudos o de los verdes pichis. Subían los zorros a sus madrigueras veraniegas en pos de los pajarillos que ascienden a la altura a medida que la nieve se recoge a las cuchillas escarpadas.

A pesar del ventarrón helado, don José María acampó en aquel cajón, en un escorial que ya co-

nocía. Los clavos mohosos que Pilque había introducido en años anteriores en el granito de la cueva, persistían aún. Colocó la tienda de campaña dentro de la gruta para que las filtraciones no molestasen a don José María. Desde el interior, recortado por el contorno irregular de la entrada, veíase la convulsión del deshielo; en los bordes de los macizos frentes la nieve se desmoronaba como un pedazo de muralla húmeda arrastrando peñascos cuadrados que rodaban con loco estrépito al fondo de la quebrada, donde las aguas hervían en las peñas, reventando en niveles borbotones o abriéndose en abanicos transparentes como cristales. Un viento helado, casi palpable, que parecía tener el color del aire claro, remolineaba sobre el convulsionado paisaje, móvil como un haz de llamas. En su rugir incansable fundíanse todos los ruidos de la sierra: sordo estrépito de peñascos despedazados, sedoso rasgarse de nieves, cristalino fracaso de agujas de hielo al caer hacia las quiebras de las rocas, eglógico canto de espumas deshechas, silbar de pájaros, ladridos de zorros o bramidos roncós en las sonoras gargantas. Sólo se calmaba su rugido al atravesar el cajón y disolverse en el aire, quieto e inmenso, que es como un océano de viento dormido.

Un michay que crece en la orilla de los derrumbaderos mueve medroso la horquilla de su ramaje al paso del viento, como si temiese la vuelta del aluvión que lo olvidó al deslizarse entre sus raíces

descubiertas. En la fuga del agua hay una precipitación medrosa, un oculto instinto que le avisa la muerte de la primavera y que, bajo el áureo resplandor del sol, su misión es de dulce e idílico sosiego.

En medio del fragor de las aguas y del silbar del viento, se yergue el Campanario como una torre azul, cuya alta cimera de nieve se eleva por encima del oleaje silencioso de las nubes, prisioneras del viento.

Mira impasible, perdido en el cielo, como un Dios de piedra que hubiera castigado a la sierra cuya entraña se estremece con escalofríos de pavor.

IV

EL MICHAY DE LA TORRENTERA Y LAS VERBAS DE LOS CERROS

Ya no hay aludes, ni peñascos, ni atronadora desesperación. En las escarpas de los cerros las piedras arrastradas por los rodados descansan inmóviles, detenidas de improviso en su ruidosa fuga hacia el fondo de la quebrada.

El río ha deshecho sus orillas de nieve y el agua, tomando su cresco blancor de corriente, culebrea con alegría juguetona. Se sienten en las cercanías de la cueva repiqueteos huidizos de diucas y jilgueros, corta el aire claro la algarabía de los choro-yes vagabundos, y hasta mariposas blancas, doradas

o rojas se sostienen aleteando como pétalos perdidos sobre la alfombra roja, dorada o blanca de las laderas sin nieve.

Don José María, seguido del perro, ha bajado hasta la orilla pedregosa del riachuelo: allí el agua de las cumbres cae al fondo de la quebrada en un abanico de frescura espumosa. En la parte en que el chorro se dobla un puñado de ramas verdes y de troncos negruzcos se agarran a los intersticios de los bloques que líquenes cenicientos cubren de una pelusa crespá. Don José María conoce a uno de esos arbolillos. Hace cinco veranos, al ascender a la cumbre, que lo ha visto igual, enroscado férreamente al bloque que resiste el ímpetu del agua despeñada. El compacto manojo de fibras de su tronco se ha estirado para defenderse del agua de los aludes y del viento que baja de la cima. Don José María tiene por él una simpatía profunda.

Esta vez, con temeroso ademán, su mano seca aparta los montones de nieve harinosa, salpicada de luminosos cristales; pero el tronco moreno, amarrado al resalto rocoso como un cable, no aparece; y el viejo, inclinada la ruda cabeza sobre el pecho, siente una amargura angustiosa, una emoción que los seres humanos no le harían experimentar. Al mismo tiempo y como nunca le había pasado, un dulzor de lágrimas enturbia sus pupilas; y una extraña debilidad relaja sus músculos y mata en germen sus ideas.

Don José María mira sin ver hacia el abismo donde el chorro espumoso se pierde en una humareda blanca que la luz convierte a ratos en un arco irizado y tembloroso, sigue la marcha caprichosa del estero para reconocer el bloque, tapizado de líquenes, donde el arbolillo bravío se amarrara al tronco en su ansia de vivir; mira a los otros michayes que en los recuestos, entre los espacios grises que dejan las manchas de nieve, retuercen sus varillas crispadas preguntándoles si han visto en la furia del alud, pasar al desgraciado compañero que prefirió aquel lugar de sacrificio al protector abrigo de las faldas; ese arbolillo seco y nervudo era como él. Como él quiso luchar contra las aguas ciegas del torrente, con el huracán que desemboca en la garganta del alfoz, contra la nieve que en las faldas rueda y allí se deposita amodorrada, a la tranquila vida de la orilla del cajón, seguro del agua y de los rodados, entre la áspera alfombra de los yerbajos de la sierra.

Aquel michay humilde de las cumbres era como él. Así se había opuesto su espíritu generoso a la injusticia, al martirio del roto, del gran huérfano, como decía Palacios. El alma de Chile, el vencedor del Pacífico, soportaba, sin embargo, con una mansedumbre de elefante el peso de toda esa oligarquía de pulperos a quienes la suerte había hecho potentados. Del mismo modo sentía él que su fuerza no era igual, que un frío de impotencia apagaba ahora

sus arranques, el ansia rebelde de no transigir contra los atropellos, lo innoble, lo pequeño de la vida.

Tendido entre las yerbas que alfombran la ladera un dulce sopor cerraba sus ojos. Al obscurecerse el paisaje, el agua elevaba su voz en un trueno argentino y el aroma de la yerba penetraba su cuerpo con la tibieza de un baño. Su alma parecía disolverse en aquel ruido de plata, correr por el raso del cielo en un rosario de limpias gotitas; y su cuerpo se adhería a la tierra con un sopor inconsciente, sintiendo en la carne, en la sangre, su aroma enérgico, a través de las botas y de la manta.

Palpaba con sus dedos toscos, casi insensibles, los yerbajos cordilleranos que se agarran a la costra de tierra de las laderas como arañas; en su pulpa sin jugo hay disuelta una gota generosa que mitiga dolores y devuelve salud. Todas tienen el mismo color ceniciento de nieve sucia, el color del vientre de las culebras y liguanes; pero en cada una hay una virtud oculta: en el copito rosado de la *mayorca* que se balancea cómicamente en su pequeño tallo erizado, en las raíces de la *cepa-caballo* hurañamente arraigadas al corazón de las piedras, en la blanca clavellina del *té burro* o en el disco de oro del *quichamali* a cuyo contacto se cierran las heridas; todas ellas tienen un aroma recio y salvaje, pero que fortifica, equilibra y no embriaga. Fiel imagen del roto que, bajo su corteza tosca, encierra un alma simple, generosa y noble.

Entonces, con una complacencia que ya había notado otras veces en su vida, en el fragor de las batallas, pensaba friamente en la muerte, sobre las cordilleras, en el misterio de los peñascos andinos, entre la crespa rudeza de las yerbas, tierra rebelde que aun permanecía hostil a la planta del hombre; allí sus huesos se convertirían en tierra, en un puñado de polvo movedizo que aventaría el huracán al escurrirse silbando por los rincones de la cueva, en la blanca soledad de los inviernos. Otras veces pensaba en ascender a la cima del Campanario, y entre las negras masas del cráter, se desharía lentamente y nadie sabría nunca a quien pertenecieran esos huesos lavados por el aliento de las nieves.

Durante el transcurso del invierno anterior esta frialdad que helaba su pecho iba acentuándose y concluía en vahidos que ocultaba a Pilque por una vanidad de hombre fuerte. Germinaba en su naturaleza cierta inconsciente voluptuosidad del peligro que lo hacía odiar a los médicos como teóricos inútiles y a las drogas como venenos fatales. Este determinismo ciego formaba toda su complexión espiritual; su valor en la guerra, su desprecio a las fatigas del cuerpo, su ecuanimidad no eran sino el resultado lógico de una creencia; toda la fuerza activa de su temperamento, la inquietud desequilibrada de su carácter, resolvíase en esfuerzo físico, en desgaste corporal.

Andar, andar, andar, para hacer morir el tormen-

to del hombre sin medio en el cual desarrollarse, para no sentir, una vez tranquilamente arraigado en la tierra, la inutilidad de su ensueño, la estéril ideología de su pensar. La vida había vencido; y junto con la ruina del cuerpo aparecía la verdad, única, irremediable, con cruel desnudez. Lo empujaba un desaliento ciego, resuelto, que se transformaba en fría temeridad ante la muerte.

Un ladrido de Sarmiento lo trajo a la realidad. El perro corría enloquecido, ladrando a una garza de lento volar, copo que se hubiera desprendido de las cumbres o de la madeja blanca del torrente y que volaba sin salirse del cauce del riachuelo. Subió cansado a la cueva.

Pilque, ayudado de On Varela, había amontonado troncos duros de michay y bostas de vacas y caballos y con las rodillas hincadas en la tierra soplaba a la llamita insegura que se resistía a prender. Don José María tuvo una mirada cariñosa para su viejo criado que lo había acompañado en la guerra y en largas caminatas por la pampa, por la altiplanicie boliviana y por los valles del territorio de Magallanes. Miraba sus anchas espaldas, su cabeza tosca, negra, sus brazos lentos de mocetón y recordaba el hecho que los había unido para siempre en el Perú, al escogerlo como asistente. Al iniciarse el combate del Manzano, poníasele por delante, blandiendo el rifle como una maza. Muchas veces lo apartó irritado porque le impedía observar; pero al darse cuenta

que el araucano lo cubría con su maciza corpulencia para que ninguna bala lo tocara, tomóle un afecto extraño. Desde entonces vivieron juntos. Habían llegado a compenetrarse. El viejo representaba la fuerza y don José María el cerebro. Caupolicán y Lautaro, decía el amo bromeando. Como entonces un impulso de cariño lo llevó hacia el viejo compañero, por cuyo organismo férreo no habían pasado los años. Mirábalo soplar pacientemente sobre el montón de raíces y de bostas, hinchados los carrillos y cerrados los ojos que un humo denso cegaba.

Sólo cuando hacía esta operación dejaban de mascar sus mandíbulas que se movían poderosa y pausadamente como las de un buey; al triturar la carne asada o el deshacer la harina del ulpo funcionaba toda su cabeza; y su mandíbula inferior, un semicírculo rojo, llegaba en cada mascada hasta tocar la punta de la nariz. Don José María le sonreía cariñosamente; un impulso de ternura lo acercaba al amigo fiel que, con su perro, era toda su familia. Pilque y el perro no hablaban; pero en la soledad del campo como entre las frías peñas de la sierra, tendidos a sus plantas, reconfortaban su soledad con un tibio vaho de vida animal.

On Varela puso una de las quinchas del aparejo de los mulares para que el viento que entraba por el alfoz no debilitase la llama.

La mañana primaveral era pátina rosada en las cumbres, dorado resplandor en las escarpas sin nie-

ve, verdor de terciopelo en el valle, blancor dormido en los neveros y tumultuoso en los claros borbotones de espuma de la torrentera. La montaña, empapada de agua, parecía sacudirse el alto lomo mojado en la alegría radiante de la primavera.

V

ASÍ, PUES, SERÁ, ON MARDONES

Solo con su criado y su perro, leyendo a ratos el libro de Palacios corría el tiempo uniforme de la sierra. Los caballos, habituados a la altura, no se movían del cajón y pastaban amigablemente con las mulas en el espeso mallín de la hondonada.

Un ruido salvaje de aguas y de ráfagas de viento los rodeaba, pero esto no interrumpía su inmovilidad hierática.

El viejo Pilque eternamente atareado con sus caceras y platos; el viejo on Varela, menudo y avellanado, con su barba blanca, preocupado incansablemente de las correas y arreos de montar. A veces don José María lo miraba con recelosa acritud. Aquel hombre no era un indio: era un conquistador venido a menos, de hermosa cabeza testaruda. No era raro que llamase a Pilque.

—Díle a on Varela que vaya al Médano a buscar huevos.

Deseaba quedar solo con su criado; y entonces desahogábase hablando a voces:

—Ese es un español, Pilque. ¿No ves esa barba crespa, esa frente redonda, esos ojos orgullosos? Ese no es de nuestra raza. Es un deshecho de encomendero, el hijo natural de algún patrón.

El perro roía un hueso, sujetándolo entre sus patas delanteras; y Pilque contestábale invariablemente, sin mover apenas su boca sangrienta, interrumpiendo su tarea un segundo.

—Así, pues, será, on Mardones.

Sentado en una piedra, a la orilla de la cueva, Pilque mirábalo asombrado. Nunca lo había visto así, inactivo, con la cabeza entre las manos temblonas. Su piel lustrosa parecía opaca; de vez en cuando miraba con sus ojos oscuros extrañamente alumbrados. Pilque levantaba su cabeza tosca, llena de hinchazones callosas con raro estupor. ¿Por qué su amo estaba así? ¿Sería la vejez, el cansancio, las tercianas cogidas en la altiplanicie?

No le había ordenado esta vez como hacía tantos años que rompiese pedruscos de las rocas y los amontonase cerca de él ni los había examinado cuidadoso en busca de la chispa de oro de que siempre le hablaba. El libro de Palacios estaba allí, sobre el suelo, y el viento golpeaba las hojas contra el pedrusco que el mismo había puesto sobre las páginas. ¿Ya no buscaría con ese tesón admirable, con esa fe inconmovible la mina de oro que Pilque se

imaginaba como un entierro dejado por los antiguos caciques pehuenches y que su amo había encontrado en los libros que leía?

Inquieto lo observaba; y al verlo así, un cariño instintivo como la fidelidad de un perro pasaba por su corpachón pesado y fuerte. Poco a poco, sin darse cuenta, se iba acercando a su amo y concluía por tenderse a sus pies, no lejos del perro que seguía royendo su hueso con testaruda pachorra.

Don José María lo comprendía así; y su cara tiesa contraíase rudamente, dejando asomar su dentadura larga, negra, carcomida.

—Hemos llegado muy temprano esta vez, Pilque: hace frío como un diablo... La sierra está en cueros, arreglándose para el verano, con la cara sucia con piedras y con nieve...

Y como los ojillos de topo de Pilque siguieran quietos, turbios, incomprensivos, volvía a reír y su mano rígida hacía el ademán de una caricia que no se efectuaba, como a un animal querido.

—Este Pilque sigue tan bruto como de costumbre.

Pilque contestaba invariablemente lo mismo:

—Así, pues, será, On Mardones.

Su misma ternura era extraña para Pilque. El gesto habitual de su amo era parco, seco; en esa naturaleza fuerte no había lugar a confidencias, a débiles cariños. Una fiebre de rebelión eterna quemaba esos huesos duros de indígena en cuya primitividad salvaje palpitaba una poderosa simiente de lucha.

A ratos se aburría de su actitud inactiva, pasábase la mano firmemente por la frente sólida, como deseando sacar una idea molesta del cráneo; y daba algunos pasos hacia la cueva, arrepintiéndose en seguida...

—Pilque, tráeme el poncho; tengo un frío terrible... Luego, con la manta puesta, aunque la mañana era limpia y pura, paseábase frente al río:

¿Sabes, hombre, que estamos viejos? Tengo un frío tremendo... Sería divertido que alguna vez hubiera acertado ese Doctor Salamanca... Sin embargo, aquí estamos mejor que abajo... ¿No te parece hombre?

—Así, pues, será, On Mardones...

—¿Así, pues, será, On Mardones? No, hombre, tú has sido siempre un flojo... A ti te gusta el llano, calientito, el rancho, las tortillas; no te han gustado nunca las piedras; pero me sigues, porque eres bueno... y sabes que te quiero. Yo, en cambio, no puedo detenerme; algo que no sé qué es me empuja, me obliga a vagar, a cambiar de sitio. Si yo descubriera mañana esa mina que buscamos, seguiría recorriendo todas las piedras, todas las grutas, todas las lagunas, en busca de una nueva riqueza... Pero ya esto ha terminado, Pilque... Siento aquí lo mismo que mi amigo Palacios... la culebra que ha salido de las piedras y se ha enroscado en mi corazón; y lo estrangula...

El sol de mediodía calentaba las heladas piedras

de las cimas; y el viento bajaba hacia el valle como un río de hielo, una tromba invisible de aire líquido que hacía humear la nieve de las quebradas y casi apagó la fogata que alimentaba Pilque con bostas de caballo y tronchos secos de romerillos y michayes.

En ese momento el perro levantó su cabeza mal-humorada gruñendo sordamente. Al mismo tiempo, en medio del vendaval ruidoso como un chubasco, llegaron voces ahogadas de arrieros. Una larga línea sinuosa que marcaba una cinta de polvo, adherida a la falda de la sierra, indicaba la marcha de las reses que bajaban hasta el cajón; parecía a veces que eran las mismas rocas las que caminaban y a veces el viento incansable que aplastaba aún más las copas aparragadas de los michayes.

En los momentos de calma, el aire claro dejaba ver la lenta marcha del rebaño, con el característico balanceo de las mulas cargadas por los voladeros y la cinta de polvo colgaba en la falda oscura de las peñas en flácidas madejas; y más atrás, a la zaga de las reses, la silueta estatuaria de dos hombres, enfundados en sus mantas de Castilla, la cabeza pasivamente metida en los hombros.

On Varela, viejo baqueano de las cordilleras, ya los había conocido:

—Son cheyes que van pa Molina; deben venir de Cajón Grande.

Don Manuel avanzó hasta el borde de la monta-

ña, los puños crispados, 'fijos los ojos de acero en los arriadores de la pampa. Su voz cascada, opaca, mascaba las palabras con furia:

—Cheyes cobardes, maricones, que nos han quitado la Patagonia y la Puna, como si les faltara terreno en la pampa; pero les molesta nuestra raza, única, invencible; quieren aplastarnos con su trigo y con sus gauchos pollerudos como mujeres.

Amenazaba con el puño, demudado, sudoroso, tratando de dominar la furia del viento que silbaba en sus oídos un cántico de fuerza invencible. El perro lo había seguido; y junto a él ladraba al rebaño que se detenía impasible a mordisquear el pasto del cajón. Pilque y On Varela se aproximaban despacio, temerosos, como asustados de esta rabia inusitada del amo.

Don José María y el perro parecían animados de la misma rabia inmotivada, del mismo furor espasmódico. Por su mente pasaban rojas visiones, oleadas de sangre cegadoras de la razón; y en esta nube sombría, confundíanse su odio a los *cheyes* y a los oligarcas dominadores de la tierra.

Su voz quebrábase en medio del viento, rugía inarticuladamente como el grito de un cóndor:

—Quisiera que la sierra entera se despedazara en menudos trozos y corriera por el lecho de todos los ríos, sepultara todas las ciudades, convirtiendo el valle en pedregales estériles, en lagunas fangosas...

Azuzado por estos gritos roncos que el viento

deshacía, el perro ladraba, ladraba al abismo, enfurecido igualmente, aunque ya el rebaño había desaparecido del valle.

Pasada la rabia, un helado sudor pareció barnizar su cara mortecina, dió cuatro o cinco pasos inverosímiles, como impelido por un resorte, y cayó al suelo. Pilque y On Varela acudieron rápidos a levantarlo. El perro cesó de ladrar, y con la cola entre las piernas, se alejaba hacia la cueva, mirando temeroso para atrás. Espumarajos sucios manchaban los labios de don José María y convulsiones epilépticas retorcían el cuerpo como si invisible fuerza hinchase sus entrañas.

Volvió lentamente a la vida, macerado, envejecido. Ahora tiritaba lastimosamente, llevándose las manos crispadas al pecho, sin sacarlas de ahí.

—La culebra, Pilque; la culebra que se enrosca aquí, aquí... y parece silbarme en la cabeza.

Entre ambos lo trasladaron, metiéndolo en la cobija de lana que usó en todos sus viajes por la América. En la penumbra de las piedras, envuelto en la manchada cobija terrosa, era como otra piedra, obscura, estéril, que un invisible óxido fuese corroyendo por el interior; esperaba sólo un movimiento de la tierra para desprenderse hecha trizas.

Volvió a sentir un hálito helado, mortífero, el presentimiento de lo que siempre había deseado al buscar el oro de la redención para la raza, en todos

los cajones, en todos los cráteres, en todas las grutas de la cordillera.

Entró Pilque llevándole el caldo en olla de greda, como a él le gustaba; y tras él el perro, relamiéndose y mirando fijamente el vaho que se desprendía del caldo. Miró con cierto desgano los pedazos de carne y los rechazó con dulzura.

—No tengo gana, hombre. Que se lo coma Chey.

Su respiración era corta, anhelosa, honda. Sus ojos brillaban fuera de las órbitas como dos redondas bolas de ébano, y un torrente de palabras salía de su boca con esa elocuencia abundante de la fiebre.

—Pilque... Pilque...

El indio, frente a él, lo miraba sin acercarse.

—No seas tonto... Tú crees... en Dios... No lo niegues... ¿No ves como te persignas al atravesar el río? No seas bruto, hombre... No hay más Dios que la tierra, que las montañas, que el viento.

En la cara de Pilque el estupor tomaba el tinte de un pavor animal, desesperado, y bajando la cabeza como el que comete una mala acción, se santiguaba contritamente.

—La sierra, la sierra. Dormir en ella para siempre, entre las piedras, como los cóndores y los pumas, sin cruces... ¿Oyes? Te lo mando... Si no...

Callábase bruscamente; y al cerebro contristado de Pilque no acudían otras palabras que las habituales:

—Así, pues, será, on Mardones.

—¿Has visto tú el cadáver de un puma? No... No, no lo has visto... es que la sierra lo tritura entre sus piedras, y lo convierte en oro, en plata, en algo limpio, puro... Las piedras no soportan el olor de la carne... El agua lava los huesos o los arrastra...

Las manos crispadas retorciéndose como arañas saltonas del color de las piedras o se agarraban al paño de la cobija con furia impotente.

—Mira, Pilque, como suben... por la gruta... las matuastos, es el cobre que pena... mira, mira, son muchos... ahí, ahí. (Las manos flacas, peludas, se alargan hacia un ángulo de la gruta donde se ven las chorreaduras verdes de los óxidos de cobre).

Los ojos de Pilque se clavan en las piedras o en las manos crispadas, imaginándose que el repugnante reptil que vive bajo las piedras heladas ha salido de su cueva al olor de la muerte cercana y corre por las arrugas de la roca y llega hasta el cuerpo de su amo. Toda su sangre, toda su alma salvaje se funde en una unción de milagro que lo hace levantar los brazos hacia arriba en un ansia misericordiosa, primitiva; su gruesa boca se entreabre y de ella fluyen palabras entrecortadas, quemantes, que al fin se aquietan en su frase única, donde está toda su vida espiritual, la resignación de todo un pueblo, el servilismo voluntario de una raza vencida:

—Así, pues, será, On Mardones.

VI

LA MUERTE DE DON JOSÉ MARÍA

Poco a poco el nudo que apretaba su pecho se fué aflojando; y su cerebro recibió la luz, la realidad, con aguda percepción. Parecía funcionar regularmente como las menudas piececillas de un reloj: el ruido del arroyo y el silbar del viento los sentía en el mismo pabellón de la oreja; y su vida desfilaba incoherente, vaga a veces y a veces con una precisión de fotografía cuyos detalles eran dolorosos como una obsesión.

Por momentos sentía sus miembros pesados, insensibles, con un hormigueo de calambre; y entonces experimentaba extraña sensación; parecía que el cansancio que los inmovilizaba era el resultado natural de sus viajes por la América, al servicio de Chile, cuando sus ojos astutos de indio corrían desde las ciudades del Perú y las aldeas de la altiplanicie boliviana a las ciudades florecientes de la pampa argentina.

Violentemente pasaba ante sus ojos el caserón del Ministerio de la Guerra con su pintarrajeado hormigueo de oficiales. Veía claramente a un sargento calvo, flaco, calentándose al sol un día de invierno. Recordaba la risita burlona que despertaron sus

opiniones en el Estado Mayor, vestido a la alemana, con mucho papeleo y mucha amable reverencia, resolviéndolo todo desde el despacho, junto a una buena estufa y con el cigarrillo entre los labios. En el conventillo del Ministerio de la Guerra las cosas se resolvían mal, pero calladamente.

Entonces refugiábase en su amigo Palacios, con el cual había recorrido gran parte del Perú; allí, bajo el terciopelo espolvoreado de plata de la noche tropical, su amigo le había hablado con triste resignación de la muerte y de la impotencia para convencer a esos pobres políticos de Santiago que tenían una venda en los ojos. Poco después se separaron; él para internarse en la meseta boliviana y el doctor Palacios para venirse a Santiago, a fundar el gran diario en que se defendería a la raza.

Tenía muy presente sus palabras:—He de morir del corazón, amigo Mardones, he amado tanto a este pueblo desgraciado que tengo ya el corazón deshecho. Al recuerdo de estas palabras presentábanse con rara acuidad los detalles de sus expediciones por casi todos los países de América, acompañado como ahora, de Pilque y del perro; había sacrificado su salud y sus fuerzas para que el Ejército tuviera detalles precisos sobre el desarrollo y las condiciones de los ejércitos de los países limítrofes, sobre todo de la Argentina que era el más temible por el momento. Ya fuera en los estériles caminos de la pampa como en las heladas mesetas de Boli-

via y el Perú, su libreta enriquecíase con apuntes y documentos que apretaba en sus manos amorosamente.

Con su hatillo al hombro como un indio quechua conversó con los soldados en maniobras, los había acompañado vendiéndoles guairuros y hojas de coca, gozando socarronamente al observar la pobreza de su organización y el aspecto poco marcial de los soldados con uniforme francés del segundo imperio y estrafalarios jipijapas; fué testigo de los abusos de los comisarios de la pampa que, so pretexto de contener el bandolerismo, martirizaban o robaban a los rotos que iban a las estancias en busca de trabajo más lucrativo que los pechos del señor feudal; y todo esto lo había llenado de odio amargo, terrible, irracional. Al volver a Santiago y presentar sus documentos y sus planos se le miró con cierto desdén risueño.

El Ejército, en manos de los alemanes, pasaba por un período de actividad: grandes paradas, presentaciones impecables, cascos relucientes bajo los cuales la cara de los rotos tenía un gesto de martirio, plumones airosos y capas grises. Parecía un ejército colonial del imperio que le hubiera regalado a los indígenas sus uniformes de deshecho. Su alma se llenó de rabiosa tristeza. Nombrado comandante de un cuerpo quiso establecer una disciplina férrea, hacer entrar en vereda a los petimetres uniformados que se levantaban tarde y consu-

mían ríos de alcohol en los casinos de los regimientos; pero sus medidas producían asombro y una negra impopularidad rodeaba su persona. Vencido, aplastado, presentó su expediente de retiro.

Y paseaba su soledad, su aislamiento, extranjero en su tierra, sin más compañía que el mudo asistente y el perro atigrado; confiaba, sin embargo, en un lejano porvenir, pero esta última esperanza desvaneciósse al enterarse de la muerte del autor de *Raza Chilena* y al darse cuenta que sus fuerzas disminuían y que en esta lucha titánica él estaba solo, completamente solo. La República entraba a una nueva era de civilización; y él y otros chilenos del Chile antiguo persistían agarrados al suelo, como los troncos más pertinaces de una selva quemada, pero sin follaje, sin savia. El Chile de Portales había desaparecido; no quedaban de él sino los conventos y las familias conservadoras de la calle Compañía y Monjitas. Empezaba una nueva era: un Chile aparatoso, gastador, iluso como un muchacho enriquecido. Ellos habían conquistado la pampa salitrea con su sangre y con su esfuerzo para que esta generación imprevisora se ahogase en los vicios, y no viera los peligros que la amenazaban por todas partes.

Sus ojos medio cerrados se entreabrieron un momento. Su fiel criado, con su aspecto dolorido de indígena, observaba sin pestañear los movimientos de su amo.

Un viento tormentoso rugía en el abismo llevándose hacia el valle el plateado rumor de las aguas; a ratos se deshacían en las aristas de las peñas, girones de nubes que el viento bajaba de las cumbres; los manojos verdes de los romerillos se zarandearban con furiosa precipitación en las laderas de las escarpas como en señal de protesta.

Nuevamente la culebra mordía con sus afilados dientecillos el pecho; y silbaba en los oídos como una bala que nunca terminara de pasar. Voltejearon en este vértigo ardiente los recuerdos de su vida. Un proverbio oído a Palacios en sus viajes por Bolivia aparecía y reaparecía con dolorosa insistencia: el padre mercader, el hijo caballero, el nieto por-diosero!

Toda la historia de la raza estaba en estas palabras: ¡El padre mercader! Los pulperos de la colonia, judíos con nombre vasco o castellano vendían tela en sus tiendas primitivas; los veía enriquecerse lentamente, convirtiéndose en agricultores, comprando títulos, labrando informes escudos de piedra en las fachadas sin arquitectura de sus macizos case-rones.

¡El padre mercader! Toda la formación de la República estaba en esa frase.

Luego era la ambición política, el refinamiento de los hijos de esos agricultores enriquecidos que habían hecho un viaje a Europa, y ya tenían toda la molicie y decadencia de una raza vieja; los veía

inmorales, creyéndose sinceramente superiores a la clase media y al pueblo, olvidados con extraordinaria facilidad del pobre mostrador, donde su cercano ascendiente había medido pana y tocuyo! ¡El hijo caballero! Los hijos caballeros habían esquilado la República, explotando al roto, pechero o villano, que vivía para el patrón, si era hombre; y moza sin consideraciones, si era mujer y guapa. ¿Qué tenía de extraño entonces que la mujer, si era bella, fuera prostituta; y el hombre, aburrido de ese encomendero sin entrañas, prefería la vida de vagabundo al grillete del jornal? El hijo caballero, gastador, manirroto, había concluido, por deseo de abarcar demasiado, con el roto, con la fuerza viva del país, hoy sumido en la abyección del alcohol y de la esclavitud sin porvenir. En torno a las propiedades de unos cuantos oligarcas se moría de hambre un pueblo entero.

Y revolviéndose en el saco estrecho con la desesperación del cardíaco, parecíale bajar interminablemente hacia el fondo de un abismo, y en esta carrera en el vacío, las últimas palabras de la aguda sentencia criolla tenían un tinte de fatalidad dolorosa, de catástrofe sin remedio! ¡El nieto pordiosero! ¡El nieto pordiosero! La montaña temblaba en sus bases de piedra, el cráter del Campanario vomitaba llamaradas rojas como una inmensa fogata; sentíase hacia el valle vociferar de muchedumbres enloquecidas que apagaba la voz del viento y de las

aguas al borbotar en mangas de espuma por los ásperos recuestos. La tierra se desgajaba, rodaban los peñascos por los cantiles; era la catástrofe temida, la muerte de la raza, sin ideales y sin vigor; luego, una gran calma nevada, un sueño blanco en el sosiego de las alturas, una llanura inmensa que se extendía hasta los confines del cielo, y sobre ella un cisne que volaba entre el cielo gris y el páramo blanco, y cuyo alado albor rojeaba de sangre. Hacia él se dirigía la escopeta de Pilque. Él le gritaba desde una colina cercana sin que el viento dejase oír su voz. El cisne caía a la nieve aleteando, abierto el pico que dejaba salir un ronquido afónico.

Pilque lo traía gozoso; y ante la mirada hosca de su amo, lo echaba a volar de nuevo. El cisne, enloquecido, perdíase en la sombra proyectada por los altos baluartes que entenebrecían el valle.

Un agudo pinchazo en el costado lo hizo despertar con un grito. Pilque, sentado en la entrada de la caverna, se movió pesadamente, con trágico pavor en sus ojillos de coipo. Retorcíase histéricamente las manos impotentes.

De cuando en cuando gemía el perro en un rincón de la cueva; y en la sierra un gran silencio había sucedido al rugir del viento; en la tiniebla espectral de la caverna oyóse el golpeteo isócrono de una gotera, la molécula de agua invasora que había trizado la entraña granítica y caía serenamente al sue-

lo de la gruta, siguiendo su camino eterno como la vida.

Abrió don José María los ojos fiebrosos y preguntó a Pilque:

—¿Está nevando?

—Sí, patrón.

¡Qué bien se estaría dentro de la montaña, al abrigo de la cueva, oyendo el acezar asmático de la fuente termal, boca de fuego por donde respira la montaña!

Cuando las nevadas invernales cayeran con su silencio de seda sobre los valles, su lápida sería un bloque de nieve esponjosa que taparía poco a poco la boca de la cueva; en la tierra sin memoria sus carnes y sus huesos se irían convirtiendo en polvo, en montaña, que en los veranos el viento arrastraría en sus alas para llevarlo a la margen de los arroyos donde las flores de la sierra incendian sus corolas rojas.

Abrió espantado sus ojos y respirando anhelosamente, murmuró algunas palabras: Pilque... no olvides... el agua.

Sentía en su corazón el peso de una mole de hielo que fuera aplastándolo con silenciosa lentitud: sus nervios duros y tiesos como un manojo de cuerdas se retorcían sin obedecerle, sus brazos pegábanse a los costados, sus piernas se encogían o se alargaban convulsivamente y en la cara seca los ojos eran dos globitos brillantes próximos a estallar! La

culebra mordía el corazón con sus dientecillos, semejantes también a agujas de hielo. En esa hora angustiosa se agarró a su cerebro una visión macabra, un indio helado que se encontraron en un caverna de la meseta boliviana. Veía en el rincón de la cueva trágica el montón de huesos y de trapos, apretados en cruz sobre el pecho queriendo prolongar, en ese abrazo agónico, el calor del corazón, los dedos ganchudos que parecían agarrarse a una sombra de vida que vagara invisible en la sombra.

La nieve seguía descendiendo en un callado aleteo de mariposas blancas; y el clamor del agua vencedora se convirtió en un murmullo lejano de corriente. El perro, con anheloso aullar, sentado en sus patas traseras, levantaba su cabeza a lo alto, hacia el cielo claro, palpitante de ampos livianos y temblorosos. En el fondo de la caverna, encogido en la cobija de lana, babeaba trágicamente la boca de D. José María y pegado a la roca, hierático como un ídolo de piedra, Pilque lo miraba fijamente.

VII

LA CORDILLERA ES SAGRADA

La nevada primaveral cesó a media noche. El cielo, de una diafanidad de cristal, pareció manchado por luminoso polvo diamantino. Entre los picos

nevados que rodean al Campanario asomó un trozo de luna amarillenta; y la sierra se cubrió de una blancura lívida: en la liviana transparencia del aire oíase, como un rumor argentino, el murmullo del agua que corría por la sábana de nieve; y de vez en cuando, en la cima de un cono volcánico, que a la luz de la siesta era un montón de arcilla cobriza, un resplandor verdoso iluminaba la limpidez del aire y en el trémulo aletazo de luz se dibujaban un segundo con relieve fantástico los cerros espolvoreados de blancuras espectrales.

Pilque había permanecido acurrucado junto al húmedo granito, los ojos fijos en la boca de la cueva que iba aclarándose a medida que la luna ascendía sobre las cumbres y su blancor sin rayos suavizaba las pirámides de nieve. El perro seguía aullando; y su hocico babeante, dirigido a la altura, ladraba a la luna como si en el interior de su organismo brillase un germen de idea.

Sin mirar el cadáver, el viejo criado levantóse lentamente. El dolor le había abierto una brecha de luz en el cerebro y un hilo de ternura vertía de su rudo corazón. Recordaba las palabras de su amo con punzante realidad y estaba dispuesto a respetar su juramento. Lo enterraría en aquella caverna caliente, al pie del San Pedro, y no volvería a Talca sino a fines del verano, cuando fuera imposible ascender de nuevo a las cumbres: en todo estaba conforme Pilque con su amo. Lo admiraba, a pesar de

que muchas veces tuvo que seguir sus pasos con rabia sorda; también sentía él un deseo de descansar en la sagrada serenidad de las cordilleras, donde todos los pecados se purifican en la nieve y donde los egoísmos se consumen en la fría impassibilidad de las alturas... Dios había puesto su mano divina sobre las montañas, y su bendición eterna protegía el sueño de los que morían en la cumbre.

Ahora, una fría conformidad había sustituido a su terror. Echó hacia afuera al perro que siguió lamentándose desconsolado; y tomando el cuerpo frío de su amo acomodólo en el saco de lana. Envolvió en una toalla la cabeza seca, escueta, que conservaba, en la frialdad de la muerte, la expresión de dura indiferencia que envolvía en vida sus facciones: sólo la risa muda, desdentada, tenía, en el negror azulado de los labios, una mueca de dolor irremediable; luego apretó el cuerpo sólidamente con cuerdas de cuero y salió hacia afuera en busca de su caballo y de la mula. Amarró el cadáver como un bulto en la enjalma, y seguido del perro comenzó a faldear el cajón.

En la noche blanca y serena, bajo el resplandor de las estrellas, el fúnebre grupo tenía un trágico pavor de realidad. Destacábanse negros la mula delantera, como un monstruoso cuadrúpedo jorobado, la cabeza gacha de Pilque y el perro que lo seguía como en los tiempos mejores de sus expediciones: el último viaje era también lo mismo. Seguía nueva-

mente a su amo, pero ahora un resplandor de libertad hacía su tarea casi agradable, aunque el misterio de la noche blanca lo hiciera cerrar los ojos sin ver hacia dónde lo llevaban las expertas pezuñas de su caballo de cordillera.

La luna menguante parecía en lo alto un pedazo de hielo que se disolviese lentamente, vertiendo sobre las cumbres un rocío impalpable de cristal. Había desaparecido la lividez de la luna naciente y una claridad de azulada transparencia caía de las estrellas al armiño de las sierras.

Comenzaba a sentirse un frío penetrante. La tierra cálida deshacía imperceptiblemente la capa de nieve y a ratos un hálito glacial, vaho cristalino de la nevada, se colaba por el cajón. El rumor de la corriente acentuábase en la tranquilidad de la noche y su ruido apagado era como el rezongo de la tierra, eternamente viva, bajo su nivea mortaja. Apenas la raya trémula del alba pareció empujar la luna, desteñida como una burbuja de aire, hacia el valle; y las nieves de las cumbres y de los rodados perdieron su fulgor azulado, comenzó a descender Pilque por la falda del San Pedro hacia las fumarolas que brotaban entre el verdor del pasto y los racimos rojos o dorados de las flores primaverales.

En aquella sierra enorme, desnuda y bravía, no había grutas, ni terreno blando. Recordaba muy bien las palabras de don José María: la cordillera de

Los Andes, como un hombre joven, no tenía rugosidades ni resquebrajaduras: en sus inmensas entrañas inexploradas dormían el oro, la plata y el cobre que él, creyente sincero de su riqueza oculta, había buscado infructuosamente durante sus peregrinaciones veraniegas.

Picó espuelas al caballo para llegar a las grutas, única parte donde podía cavarse una fosa.

No quería encontrarse con algún pastor o puestero que se le ocurriera bajar al fondo del tajo abrupto, adonde había soñado dormir su amo. La desnudez de la roca terminaba allí. Aquel hueco de montaña era como el refugio de los romerillos y demás arbustos de la cordillera. Bajó del caballo y cogiendo entre sus brazos robustos el cadáver, se perdió entre la red espesa que los michayes más lozanos y crecidos habían formado en las cercanías de la gruta. Sólo algunas vetas de nieve habían persistido en la hondonada; y el rumor borbotante de una torren-tera dominaba el acezar de la fumarola en el fondo de la caverna.

Sus manos temblonas apartaban las ramas de los arbustos como dedos crispados que pretendieran cerrarle el paso. El perro lo había seguido, trémulo y gimoteante.

Vaciló en la entrada de la cueva al sentir una bocanada, tibia como un aliento, que acarició su cara helada.

La cueva estaba llena de aquel rumor, semejante

al de una enorme máquina que funcionase en un subterráneo, oculta a la mirada de todos.

Agachándose, penetró resueltamente al interior. Encendió su farolillo; y a la luz humeante de la vela apareció la gruta que se estrechaba hacia el corazón de la montaña como un embudo. Las paredes chorreaban húmedas; y eran de un color verdoso como el polvo blando donde se hundían sus botas, y como los borbotones espesos que brotaban de aquella boca con el ronquido opaco de una herida que se desangra.

Un pavor animal lo inmovilizaba en aquel sitio. Sentía sobre sus espaldas la dureza de las agudas salientes del granito; y miraba con ojos vidriosos, de fijeza alucinada, la llamita del fanal que un hili-llo de agua verdosa empujaba dulcemente. Sintió en su rostro el golpecito suave, cálido, de una gota de agua desprendida de las paredes; y fué tan brusco el movimiento para incorporarse que su cabeza chocó secamente contra las aristas de las rocas. El agudo dolor apagó su miedo; y apretados los dientes, empezó a hundir febril, enloquecido, el chuzo en la capa verdosa de azufre que el tiempo sin edad había acumulado en el granito de la cueva.

Cuando la fosa estuvo suficientemente honda un grato alivio calmó su excitación: un bienestar sedante donde se fundieron su miedo y su dolor. Tomó el cuerpo y lo colocó en el hoyo, llenando precipitadamente la fosa. Tenía un violento deseo de salir de

aquella cueva sonora, por donde respiraba la montaña con sordo bum-bum.

El perro gemía triste a la salida de la cueva y se levantó moviendo la cola como si lo esperase. Aún reinaba una profunda obscuridad. De la luna, como si realmente se hubiera disuelto en la frialdad del aire cristalino, persistía sólo un resplandor, en cuya profunda inmovilidad tiritaban las estrellas como si quisiesen arrebujaarse en el negror de abismo del aire.

¡Qué dulce frescura llenó su alma atormentada al recibir después del horror del agujero, la serenidad estrellada de la noche de la sierra! La vida parecía-le clara y agradable; movía ágilmente su cuerpo como si las ligaduras que apretaban el cadáver lo hubiesen atado también a él. Sentóse cerca de la cueva, al abrigo de una oquedad de la roca, en espera de las luces de la mañana. No sentía frío ni miedo; y aquella claridad que, como un fulgor lácteo, espolvoreaba el cielo, parecía iluminar su espíritu como el agua negra de las fontanas. De cuando en cuando, el resplandor verdoso iluminaba los picos nevados; y sus ojos persistentemente dirigidos hacia la masa del volcán, cuyo macizo contorno se recortaba en el cielo resplandeciente, deteníanse en los grupos de estrellas que miraba desde pequeño. Ingenua astrología, basada en las Tres Chepas, la Estrella del Pastor, las Siete Cabrillas y la Cruz del Sur en cuyo platear distante dormía para él la más pura

esencia de Dios. De improviso, percibió la Cruz, tocando con su estrella más lejana la cúspide del Campanario como si rematase la torre ciclópea y hubiera sido arrancada de su sitio por feroces ventarrones, y vió en esto un misterioso aviso del cielo. Todo el fervor latente en la rusticidad de su naturaleza despertó como un prodigio. Una claridad supraterránea, semejante a la aureola de los santos de su iglesia aldeana, iluminó su alma muerta. Las cuatro estrellas de la Cruz del Sur, brillando lejanas y aisladas en un pedazo de cielo negro, parecióronle la voz de arriba que le ordenaba salvar a su amo aún en contra de su voluntad.

La sierra es sagrada, Dios la protege y la ampara; y aunque don José María le hubiera indicado que no dejara en su tumba señal alguna, él pondría la cruz salvadora sobre la fosa.

Bajó al fondo de la hondonada y cortó dos ramas espinudas de michay que ató con una correa, y con la retorcida cruz en la diestra ascendió Pilque a la cueva. Una fiebre de iluminado hacía brillar sus ojos fríos: sentía correr en su sangre una suavidad acariciante, una lluvia estrellada que descendía de los cielos, y que, al colocar la cruz de michay sobre la fosa, lo hizo caer de rodillas, balbuceando una salve ruda y milagrosa como la plegaria de una machi en un cementerio araucano.

Al salir de la cueva, su cara cuadrada resplandecía de ingenuo contento. Las estrellas se habían

fundido en el claror del amanecer; pero Pilque no miraba a lo alto, porque la Cruz del Sur había descendido, en la sagrada majestad de las sierras, trono de Dios, al rincón de montaña donde su amo se había salvado por él.

Comenzó a descender hacia el valle gozosamente. Las cumbres destacaban sus pirámides obscuras chorreadas de nieve en medio de un cielo morado que iba poco a poco haciéndose azul: humareda cenicienta, más tarde impregnada del áureo chispeo del sol.

Bajaba Pilque lentamente, con paso seguro; y junto con la gloria de la mañana luminosa, el agua que había disuelto durante la noche la nieve que cubría sus márgenes, volvía a llenar con su clamor la serena transparencia del aire cordillerano.

El miedo de aquella noche dolorosa tenía, en este momento, para él una lejanía de sueño, algo como el recuerdo de un sufrimiento de antaño, pasado irremediablemente. Sin sospecharlo, una alegría desbordante rebosaba en su alma: un canto de liberación que no excluía, sin embargo, un recuerdo cariñoso para su amo. Su naturaleza primitiva de indio sentía al libertarse el retozo sin conciencia del caballo al cual se le quita la silla y se le suelta en el campo.

Su sencillo contento tenía una razón: aquel pedazo de tierra, la casucha de paja y barro que en su modesto imaginar deseaba, y los pesos que en el

testamento le había dejado su amo queríalos para descansar. Don José María le habría dejado, como a él, a todos los pobres de Chile un pañuelito de tierra si el montón de oro nativo que rebuscaba en las piedras de la sierra, se hubiera dejado descubrir.

Bajaba Pilque lentamente; y el aire, purificado por la nevada, era tan diáfano, tan luminoso, que la enorme cordillera parecía acercarse hacia el valle, correr tras él; y sus moles oscuras, tocadas de suave bermellón, se elevaban en la claridad del cielo con la fragilidad graciosa de las construcciones humanas.

Chey corría gozoso por la mullida alfombra del cajón, y a sus ladridos azorábanse las corraleras que seestean en la margen verdegueante de los arroyos, quebrando el cristal del aire su clarinazo metálico que por un segundo reinaba sobre el agua y sobre el viento.

Lloli y Cachuzo

Así, a primera vista, dormitando a la sombra de una roca cuando las escarpas están desnudas de yerbas y las piedras se tuestan al sol del verano, se le habría tomado por un peñasco de forma extraña; y si estirando los brazos en convulsivo desperezo, se hubiera puesto de pie al sentir el hielo del alba en los ojos, creeríasele un michay que movía sus ramas negruzcas a una ráfaga del puelche mañanero; o si, como de costumbre, hubiera corrido por el lecho pedregoso de un rodado hacia el fondo del cajón, con ruido opaco de lajas removidas, pensárase que el arbolillo serrano se había desarraigado y se precipitaba dando tumbos por la falda, en busca del reposo del llano; otro tanto se hubiera pensado de Cachuzo que se parecía a su hermano Llolli como se parecen dos ramas de un mismo michay.

Llolli era menudô, ágil; Cachuzo era igualmente ágil y menudo. Una costra de tierra, adherida al

cuerpo como una segunda piel, endurecía sus músculos, apenas cubiertos por las tiras desflecadas de un poncho sobre el que se balanceaba, descontrapeándose en sus hombros de niño, una cabezota hombruna, viciosa, de corva nariz y gruesos labios lustrosos. Los ojos fijos, helados, avizoraban con la braveza desconfiada de un peuco, bajo la maraña del pelo, tiesa como la punta de un quisco.

Cachuzo no se parecía en esto a su hermano; es verdad que el mismo poncho se despedazaba sobre sus espaldas; pero en su cabeza, despelusada como la de Lloli, sonreían unos ojos abrigados por un asombro ingenuo. Sus brazos cariñosos cogían los corderillos nuevos para que la masa esponjosa del rebaño, al apretarse en un accidente del terreno, no les hiciese daño.

Lloli, malhumorado e hipócrita, arrastraba su hurañez de zorro por la tierra, espachurrando hormigones o rastreando vizcachas con astucia felina. Cachuzo, distraído y soñador, miraba las nubes de los claros cielos estivales, semejantes a ovejas de ensortijados vellones arreadas por el viento más allá de los picachos nevados.

Lloli y Cachuzo eran ramas iguales del tronco de un viejo michay cordillerano, Don Lloi, pero si una se alargaba hacia el camino, florecida de oro; la otra, erizada de punzantes espinas y de líquenes barbudos, se retorció hosca hacia el cogollo del árbol.

Don Lloi era inquilino de un fundo del valle y cuidaba en los veranos la hacienda del patrón y algunas ovejas de su propiedad. La vieja madre y las hermanas quedábanse en el rancho. El padre y los pequeños arreaban a la sierra las ovejas cuando las pirámides lejanas, vestidas de azulosas gasas, mostraban sus moles sin el dibujo blanco y caprichoso de los neveros. Montados en mulas baqueanas, ambos gemelos marchaban a la cabeza de la larga fila de ovejas, mientras el padre, el viejo don Lloi, guardaba la retaguardia en una bestia flaca del servicio del fundo. Pocas palabras se cruzaban entre el padre y los hijos durante la marcha, a no ser un grito colérico de Don Lloi al atravesar un voladero peligroso o al separarse del rebaño una oveja despavorida. Envueltos en una polvareda rojiza, arrieros y majada formaban una mancha, ya espesa o traslúcida que se arrastraba lentamente por el camino. De vez en cuando traspasaba el polvillo opaco el balido de un borrego, el jo jo ahogado de una voz infantil o el monótono y apremiante de una voz de viejo. Cinco días demorábanse desde los últimos ranchos hasta el corazón de la sierra, donde estaba el fundo de cordillera del patrón, un cajón largo y angosto, encerrado entre enormes farellones estériles, cuyas escarpas azules se enlazaban en la lejanía en un abrazo protector: en aquel rincón obscuro no había vegetación alguna. Sólo el vello de los pastos en el fondo y en las quiebras

húmedas el oro tostado de las gramíneas o asomándose por la arista de una roca, el erizo de dorados tentáculos del coirón, eternamente redivivo. Las salientes de los cerros asomábanse al valle desbordándose por entre sus cabezotas toscas el abanico espumoso de un arroyo, a modo de una trenzada cabellera de plata. Cerca de un manantial, al abrigo de un espolón de piedra, don Lloi y sus hijos establecieron el campamento: una ramada hecha con tres horcones de maqui, traídos del valle. Este esqueleto negruzco fué vestido con ramas secas de boldo, michayes y piches; en aquel rinconcillo, oloroso a romero, sobre un par de cueros resecos, tendíanse Lloli y Cachuzo al venir la noche. Don Lloi seguía su viaje al interior, hasta pasar la línea, hacia Cajón Grande, donde negociaba novillos con los gauchos establecidos en aquel abrigado rincón cordillerano.

Al llegar las primeras nieves arreaba sus animales montunos hacia el llano para venderlos a los abasteros de Linares o de Parral que esperaban en los primeros contrafuertes la llegada de los arreos. Lloli y Cachuzo eran para él como el perro pastor, Zorro, partes integrantes del rebaño cuya masa movable, siempre junta y estremecida siempre por un pánico sin motivo, era algo así como una huerta plantada en medias, en que cada planta representa algunas monedas que amarrar a la punta de su pañuelo de yerbas.

Don Lloi era el tipo del puestero honrado, sin vicios, pero sórdido, embrutecido por una vida sin horizonte: el pedacito de tierra, el rancho de terrón y paja, la yunta de bueyes eran su sueño. En su cara inmóvil vidriaban dos ojos sanguinolentos, estancados y deformes costurones, duros como raíces, rayaban el rostro de una aspereza de lija. De sus labios no salían sino reprensiones coléricas; su estado habitual era la amenaza o el gruñido.

—Lloli, hom, ¿qué no vís qu'esa oveja no puee ni ver con los clonquis?

—Cachuzo, ¿qué nu'habís oyío que laira Zorro?

O al ver que el perro se detenía a mirar el aleteo de un pájaro, gritábale amenazante:

—Zorro, salí pa'llá!

De buena gana se quedara el desconfiado viejo en el cajón, junto al rebaño, pero la codicia lo impelía hacia los cheyes de Cajón Grande que entregaban por unos pocos pesos los huraños novillos campeiros. Se iba, por fin, recomendando el rebaño a los dos muchachos; y sobre todo a Lloli, a quien consideraba más hombre, según su expresión.

Lloli era desconfiado y astuto como el perro. Cachuzo era obediente, pero inerme, sencillote, incapaz de nada. En el fondo marchábase tranquilo; lo que no pudiese vigilar Lloli, lo haría Zorro, cuya astucia reflejábase en el hociquillo alargado y húmedo, eternamente venteando el olor de lana mojada del ganado, el olor característico de los rebaños.

Una verdadera cabeza de zorro, de una movilidad desvergonzada. Siempre trotando entre las patas torpes de las ovejas o ladrándole con ladridos cariñosos a los cuernos retorcidos o las barbas sensuales de los carneros. Había seguramente en su cuerpo elástico y en sus lanas color de tierra algo del huraño culpeo. ¿No sería acaso su antecesor un zorro audaz que, en una noche de invierno, llegó hasta las casas en busca de la gallina y se encontró en su lugar con la perra del rancho? Desconocido era su origen, como el del tiuque cimarrón que dormita en los espinos. Como a Llolli y a Cachuzo, el viejo pastor lo destinó desde chico a las ovejas, y Zorro se nutrió de su leche para que se acostumbrase a considerar a los corderos como de su misma especie y se alimentó de sus entrañas cuando alguna oveja, roídos los sesos por el gusanillo incrustado en ellos, caía fulminada, con tibios resoplidos de su cuerpo cálido, en las siestas ardientes. Zorro era travieso, vivo, maligno. Si un corderillo era sagrado para él, sus ojos zahareños añoraban el crujido de las entrañas tibias de los pájaros entre sus colmillos rapaces. Por eso miraba como un compañero a Llolli que tenía mucho de su naturaleza. A Cachuzo le obedecía a regañadientes, fingía no hacerle caso si le llamaba, mientras que a un grito de Llolli ladraba gozoso, saltando con alocadas cábriolas. Parecía invitarlo a sus correrías entre los riscos de las alturas, en busca de los huevos del

águila que removía el aire con aletazos desesperados o en la persecución de las culebras que dormitan anilladas entre los peñascos, a la hora de la siesta como los firmes tientos de un rebenque.

Los dos gemelos hablaban muy poco y casi siempre pastoreaban en los extremos del vallecito. Llevaba cada uno su bolsa de harina y su pedazo de charqui y se iban desde el amanecer a cuidar los dos rebaños, el del patrón y el de su padre. Sin embargo, una sorda rivalidad los separaba: la preferencia del padre por el mayor, el que cuidase el rebaño más numeroso, la mula aperada como la de un hombre, las espuelas nuevas compradas en una talabartería de la villa, mientras Cachuzo sólo tenía un espolín mohoso botado por el patrón. Aunque de un buen natural, una envidia rencorosa lo hacía observar hipócritamente los movimientos de Llolli, deseoso de mostrar a su padre mayor celo que su hermano en la vigilancia del ganado. Todo el día andorreaba por el valle, siguiendo las andanzas de las ovejas que, pesadas y torpes, comían y comían incansablemente, desfrizando el crespón del mallín o podando con sus muelas agudas el sustancioso manojo de espigas del coirón.

Al atardecer, cuando en la clara quietud del aire chispeaban las estrellas, ambos hermanos se reunían en el rancho, mirábanse de reojo sin hablar y se arropaban entre los cueros hediondos a sebo húmedo. Juntábanse sin cariño, en busca de calor

humano, amedrentados por la noche cuya profunda inmovilidad pesaba sobre el negro oleaje de los cerros: en la sombra, sólida y brillante como una masa de ébano, sentíase el cliqueteo de las pezuñas de las ovejas que el relente hacía juntarse, el gruñido avizor de Zorro a un balido prolongado, un murmullo lejano de arroyos y la estrella del Pastor, asomada entre el ángulo disparejo de dos picachos, espejándose temblorosa en el cristal de la vertiente. Llolli dormía sin inquietudes, con sueño pesado de animal ahito. Cachuzo se apelotonaba en la muralla crujiente de ramas, huyendo el contacto de Llolli, sin poder aislarse de la fuerza palpitante de su organismo que lo hacía temblar con un pavor de oveja que siente sobre sus cuernos el aletazo del cóndor. Abiertos los ojos, miraba las estrellas que, en la diáfana soledad nocturna, parecían acercarse hasta tocar las hojas secas con sus puntas cristalinas.

II

Una mañana de clara luz, Cachuzo advirtió en el fondo del valle el contorno borroso de un jinete, envuelto en su manta de Castilla, que asomaba y se perdía en los cerrillos que cierran el abra de los cerros hacia el poniente, hinchazones del suelo volcánico que bajan hacia el tajo más hondo de un río en una ondulación precipitada de corriente. La azul inmovilidad de la sombra, arremansada

en aquel rincón, hacía destacarse la figura como una mancha fija, casi incrustada en la transparencia del aire sin vibraciones.

Al poco rato sintió las herraduras del caballo en las lajas sueltas del sendero. Las ovejas que mordisqueaban el pasto entre los aparragados romerillos balaron a la cercanía del extraño trotando hacia el ovejero que masticaba su pedazo de charqui medio crudo, asombrado ante la presencia de un jinete en aquel paraje.

—Buenos días, canturreó una voz cascada y ceceante:

—Buenos días, On Pilque, silbó una vocecilla infantil; y el diálogo se desenredó sobrio y lento, de la orilla del sendero a la media falda, cerca de un arroyo de crespas espumas, donde estaba sentado Cachuzo:

—¿No tiene algún corderito nuevo pa vender, por vía suya?

—Ni'uno, On Pilque, mi taita no quiere vender.

—Me puee noticiar si' algún ovejero venderá pu' aquí?

—En el cajón de la quebrá tá l'ovejero de on Máximo Astorga que ha de vender, digo yo.

—¿Y di'un cuerecito di' oveja qué me ice?

—Ni' uno tampoco. No si'ha muerto ni' una oveja esta temporá.

—Adiós, entonces, que l'habimos di'hacer. Voy pa la quebrá, por si acaso.

—Adiós, On Pilque.

Movió Pilque, el criado de don José María Mardones, las riendas del caballo y siguió su camino por la orilla de la sierra. Trotaron de nuevo las ovejas moviendo rápidamente las tiesas patitas andadoras. Cachuzo se puso de pie levantando la cabeza en ademán de abarcar el rebaño. El largo jo, jo, jo avizor vibró sonoramente en el aire cristalino como si hubiera sido un grito lanzado por un gigante: eran dos notas desafinadas y un grito primitivo en qué había algo de canto de zorzal y de ladrido de zorro.

Una oveja que había subido a una considerable distancia dejó de masticar el pasto mirándolo fijamente, rígidas las pequeñas orejitas y dorado por el sol el esponjoso lomo lanudo. Bajó en seguida la cabecita negra y empezó a descender hacia el rebaño diseminado entre los arbustos del valle.

Cachuzo siguió con la vista la marcha del criado de don José María que entraba ahora a un trozo de montaña, dorado de sol, proyectando sobre la tierra una sombra larga y negra que aparecía pegada a las patas traseras del caballo. Una clara dulcedumbre envolvía al valle. Las ovejas, casi juntas, descansaban tranquilas: un corderillo, de graciosa cabezuela infantil, hincado en el suelo y debajo de las lanas de la oveja, hocicaba a cabezazos: uno que otro balido brotaba del rebaño, un balido ronco a veces, a veces cristalino; balar de vientres repletos que hicieron

sentarse a Cachuzo y volver a mordisquear, ya tranquilizado, el pedazo de charqui que llevaba en el bolsillo. A medida que el sol ascendía sobre la montaña, la sombra azulosa del cerro frontero se iba recogiendo como una cortina y el valle se coloreaba al beso de la luz: verdeaban con largos escalofríos de oro los mallines; blanqueaba el hervor de los arroyos y los lomos blancuzcos de las ovejas con leve polvo dorado, luz de sol disuelta en húmedas corrientes de aire. El óvalo del cielo, recortado por los dientes blancos de los picachos, azuleaba con la honda quietud de las aguas dormidas.

Cachuzo sentíase descontento al masticar su pobre ración de ovejero. Sus dientecitos agudos mordían con furia las fibras endurecidas del charqui: apuntaba también en su pequeña cabeza un dolor humano, un desengaño de la vida. No era una pena de amor. Cachuzo no conocía más mujeres que su madre desdentada o su hermanilla Carmen, seca como una correa vieja. Era inquina contra su hermano que lo trataba peor que a Zorro, era odio callado contra el padre que sólo tenía insultos para él. Su almita de muchacho débil poblábase de visiones fantásticas, que lo llevaban en su vuelo como alas nacidas en la espalda; confiaba a sus sueños infantiles el dolor de su corazóncito salvaje. Un ángel rubio, de blancas vestiduras y de alas esponjosas lo transportaba dulcemente al cielo. San Pedro abría una puerta de oro, sobre las nubes, para dejarlo

entrar a un jardín inmenso donde revoloteaban otros angelitos rubios, con ruido sedoso de alas. Solo en la sierra, su espíritu desahogábase libremente: allí no sentía la influencia de su hermano, sus ojos malévolos de bandido no paralizaban su vida con su fría agudeza de puñal; allí no estaban sino los borreguillos ariscos, de balar tembloroso, de endebles patitas, asustados apenas sentían la ausencia de la oveja. Muchas veces ocurríale llevar debajo del brazo un corderillo enfermo que de pronto se quedaba inmóvil en sus patitas tiesas, cerrando los ojillos húmedos con un triste cabeceo. Quería dar calor al cuerpecito entumecido y era grande su pena si al morir el corderillo, su padre se lo arrojaba al perro que mordía golosamente la carne tierna o si Llolli, siempre brutal, le daba un puntapié cuando Zorro lo tenía en el hocico para divertirse con la cólera impotente del perro. De improviso balaron las ovejas cercanas; y Cachuzo se levantó de golpe acercándose al valle. Volvía a sentirse, esta vez hacia las cabeceras del cajón, tranco de caballo en las lajas duras depositadas en la orilla de la montaña por los rodados del desnive. Apareció nuevamente Pilque. Llevaba esta vez un cordero atravesado en el anca de su caballo, sujeto por las patas. Al enfrentar al ovejero que lo miraba sin moverse, se entreabrieron los gruesos labios del indio en un gesto que era una sonrisa:

—Otro ovejero igualito me vendió este cordero

en cinco pesos; yo creida que era el mismo que di'un volfo se había plantado en las cabeceras.

—No, nu'era yo. Es Llolli, mi hermano, que guarda la ovejería del patrón.

—¿Miren no? Si son igualitos como dos aguilu-chos; pero l'otro es más cabezoncito y más hombre y más ronco.

Cachuzo no contestó nada y quedóse mirando la cabeza del cordero, cuya lengua babosa salía fuera del hocico con una rígida contracción de ahorcado, mientras las lanas flácidas se hinchaban violentamente con la respiración. ¡Llolli había vendido un cordero, a pesar de las órdenes del taita! El se lo diría apenas llegara; y al recuerdo de su padre enfurecido con Llolli conmovíalo un secreto gozo. Sentíase fuerte, superior, porque tenía un arma contra el hermano que lo tiranizaba por el solo hecho de ser más fuerte. El jo jo que lanzó a su majada al caer la tarde fué esta vez más sonoro, casi triunfador, y las repeticiones del eco resonaron en sus oídos como dulce balar de corderillos nuevos o como el campanileo de oro de la madrina en las tropillas que solían pasar por el cajón:

—Jo, jo, jo.

¿Por qué la sierra tenía ahora una suavidad de lomo de oveja, por qué el oro del sol dulcificaba las quiebras y los costurones de las rocas barnizándolo todo con la suavidad de su luz, fresca y cálida al mismo tiempo?

—Jo, jo, jo.

Su grito era tan enérgico, tan vibrante, tan dominador, que las ovejas obedecían subyugadas juntándose en el plan en una mancha blancuzca, ambarina, que se apretujaba como un grupo de nubes apremiadas por un ventarrón: corrían los corderillos de vellones apretados como los grumos de una coliflor, con un trotecillo gracioso y los carneros merinos levantaban sus cabezas morenas de húmedos hocicos por encima de los lomos suaves de las ovejas, empujándolas bruscamente, en su afán de apresurar la marcha. Y de entre las cabezuelas, ahogados por los cálidos vellones, brotaban sin interrupción los balidos, ya roncós o atiplados, en un característico des concierto.

Al llegar a la ruca, aún Llolli no había recogido el rebaño del patrón. Al poco rato sintióse su grito de arreo en las cercanías: era un fi, fi, fi, que concluía en un silbido, prolongado como el chasquear de un látigo.

Cachuzo no pudo dominar un vuelco de su sangre, cuando el hermano apareció en la puerta con su chupalla de paja encasquetada en los recios pelos; y sus pierneras de piel de cabro, atadas con una correa de cuero en los tobillos. Zorro, con su cola enroscada en la punta como un caracol, corría alrededor de las ovejas deshaciendo los apretones para hacer entrar al rebaño a la pirca que le servía de corral.

El crepúsculo prolongábase en una larga agonía gris; aun brillaban los neveros de los picachos más altos, con un claror helado de la luna y algunas estrellas aparecían como en relieve en el cielo, de un oriente fijo de perla.

Cachuzo se irguió bruscamente, mirando a su hermano:

—¿Pa qué tay vendiendo los corderos del patrón? Le voy a icir a mi taita cuando llegue.

En la penumbra relampaguearon los ojos de Llolli con turbio fulgurar. De un salto se acercó a su hermano, apretándole el brazo.

—¿Qué le vai a icir, testimoniero, guacho lairón? ¿Qué le vai a icir?

Y la garra negra de su mano apretaba, atornillaba el brazo débil de Cachuzo repitiendo como un rugido su insulto: Guacho lairón: qué le vai a icir? Cachuzo desprendióse de un tirón y se fué sobre él tratando de morderlo; y gruñendo como perros rabiosos, rodaron por entre los cueros de la ruca. Al envión vacilaron los horcones y el techo de ramas secas deslizóse con un crujido suave de ramaje agitado por un bostezo de viento; en la sombra, clareada de estrellas, moviéronse los cuerpos firmemente aferrados en la desesperación de la lucha. Cachuzo estiraba sus bracitos, crispados por la rabia para alejar la cabeza de Llolli que se iba aproximando a su rostro con implacable ferocidad. El perro aullaba acercándose y alejándose a cada oscilación

de los cuerpos. En el silencio oíase el jadeo anhelante. De pronto un grito agudo partió como un vidrio el aire nocturno. El perro se acercó a Llolli que se había levantado tocando con gesto lento su hombro. Cachuzo permanecía sin moverse entre los cueros removidos y las ramas rotas, la cara contra el suelo, sollozando sordamente, lastimeramente.

Oyóse ruido de agua, estrelló la noche negra y el *mée* ronco de un carnero vibró largo rato en el aire tranquilo.

III

Algunos días después, Cachuzo vió pasar de nuevo a Pilque hacia las cabeceras del Cajón, a la misma hora, e igualmente regresar al poco rato con un cordero en el anca del caballo. El pequeño ovejero sentía aún sobre su rostro los dientes recios del hermano; y el odio del vencido mortificaba su amor propio con infantil despecho. Se había tornado hosco y silencioso. No se hablaron los hermanos al juntarse en la ruca reconstruída por ambos sin ponerse de acuerdo: uno levantaba un horcón y el otro ponía las ramas de la techumbre. Cachuzo esperaba impaciente los días cortos del Otoño, cuando la voz de su padre se oía en la ceja más próxima arreando su guachaje campero, para salir a su encuentro y referirle las fechorías de Caín. La venganza despertábase en él como un instinto.

Lloli, en cambio, apretando los billetes en la mano pensaba con sordo encono en su secreto descubierta por Cachuzo. Mordíase los labios y retorció los brazos como si tuviera entre ellas a Cachuzo a quien ahogaría para no dejar rastros de su robo. Temía al padre brutal, extremoso en sus castigos; recordaba muy bien su látigo en las carnes desnudas cuando robó un racimo de la uva destinada a chicha en la pequeña viña del rancho o una noche algunas gotas del aguardiente de una calabaza colgada de un garrón del rancho. Movíase viciosamente su lengua al recuerdo de aquellas gotas de licor que, al principio quemaban como brasas y luego encendían la sangre con grato sopor. Sabía Lloli, por habérselo oído al ovejero de don Máximo Astorga, que un viejo inquilino del Picazo repartía por los escarpados puestos de la sierra el aguardiente, que llevaba en una mula. Conocía este viejo todos los rincones donde había ovejeros o pasaban arreos de contrabando y entre esos rudos centauros de la serranía dejaba él su barril de alcohol. Muy de mañana Lloli abandonaba las ovejas al cuidado de Zorro; y atravesando el filo cercano, avizoraba entre la ventolera de la cumbre para observar si el viejo y su carga aparecían en la boca del cajón. Con tembloroso anhelo apretaba los arrugados billetes con los cuales volvería a probar el néctar delicioso de la calabaza del rancho: era una suspensión embriagante que hacía pasar la sangre en cálí-

dos borbotones por su áspera piel. Para eso había vendido esos corderos, ciego ante las consecuencias venideras. Al recuerdo de que Cachuzo podía delatarlo endurecíase su cabeza de ave de rapiña y sentía palpar entre sus dientes la carne temblorosa de su hermano.

Una mañana fría, una de esas mañanas sucias de la cordillera en que el cielo es de una blancura inmóvil como si las nubes se hubieran pegado en el cristal del aire, percibió Llolli el balanceo oscilante de una mula cargada que bajaba por la falda de un farellón; y más atrás, la conocida silueta del errante vendedor de aguardiente, un viejo largo, sin barba, muy conocido de los gemelos.

Un viento helado que soplabá en bocanadas intermitentes, movía las crines de la mula de Llolli y las haldas deshilachadas de su poncho. Bajó al encuentro del viejo sin temor de resbalar por la pedregosa escarpa del cerro: tal era el deseo que lo empujaba. Llevaba en la mano el cuero arrugado donde echaría el licor, y amarrado a la punta lustrosa del avío una calabaza para completar los dos litros que pensaba comprar.

El viejo veía avanzar sin sorpresa al hijo de su compadre don Lloi. Era un antiguo parroquiano.

—¿Cómo le vá, On Evaristo?

—Bien, cabrito ¿Tu taita está en el cajón?

—No, e jué hace un mes pa l'Argentina; ígame: ¿Lleva aguardiente?

—Sí, ei llevo, en ese barrilito y en el chuico.

—¿A cuánto el litro?

—A dos chauchas.

—¿Quiere venderme dos litros?

—¿Llevay botellas?

—No, pero traigo un cuero y una calabaza.

—¿Y pa qué querís aguardiente vos?

—Pa lavale las patas a las ovejas qu'están espiás.

Y mientras el viejo se bajaba de su caballejo bayo, peludo y resignado, para descargar el barrilito, miraba con sus ojillos chispeantes el aspecto cerril del ovejero inclinado sobre el cuello de la mula.

No se inmutó el rostro de Llolli al sentir dentro de la calabaza el ruido cristalino del chorrito de alcohol que pareció un arco dorado al traspasarlo la luz.

Apretó la boca del cuero con una correílla; y llevó en la mano la calabaza. Pagó con un billete que el viejo dobló cuidadosamente; y se despidió.

—¡Adiós, On Evaristo!

—¡Adiós, cabrito!

Apresuraba el paso de su mula para alejarse rápidamente de aquel lugar. No estuvo tranquilo sino al doblar el lomo de la sierra y bajar hacia el cajón donde estaba el rebaño.

El sol había rasgado esa capa de nieblas adheridas al cielo, y enfriadas las cumbres, el viento azotaba con furiosa persistencia aquel desierto de piedras nevadas. En el otro desierto inmóvil y azul se encrespaba una inmensa nube blanquecina que,

como un abanico de escarmenados vellones, partía de un elevado picacho y cubría casi todo el firmamento.

En una placeta detuvo la mula. En sus manos renegridas temblaba la calabaza llena de alcohol: un vaho picante salía del tiesto y le cosquilleaba las narices. Lo llevó lentamente a la boca y las venas del cuello se hincharon con el líquido que pasaba a su estómago gorgoriteando. Como una brasa ardiendo quemó el alcohol la garganta virgen. Llolli apartó bruscamente la calabaza y el licor, zangoloteando en el tiesto, manchó sus manos curtidadas; pero fué sólo un momento. Despertábase en él, en un segundo, una costumbre de siglos: el bebedor que dormía en su sangre, desperezábase con viciosa fuerza, y bebió hasta agotar la calabaza. Un dulce beleño aplastábase los párpados al poco rato; y la sangre se adormecía con un sopor semejante a los primeros aletazos del sueño: era un vértigo delicioso, en que montes y nubes parecían correr hacia el valle en fuga alucinada. Desprendióse la calabaza que rodó dando botes falda abajo, con hueco sonajear.

Pasado el vértigo, volvió la montaña a su pesada inmovilidad. Las ovejas, en el fondo del valle, parecían gusanillos hinchados, rodando lentamente por la alfombra verde del cajón. Un temblequeo inusitado hormigueaba en sus músculos, una fiebre de locura que lo hizo clavar las espuelas a la mula; y

galopar cuesta abajo, por entre los arbolillos y las lajas sonoras de las escarpas. Luego aquel galope fué una alucinación. La mula resbalaba sobre las piedras, sujetándose con sus firmes pezuñas. Cuando el prudente animal quería detenerse, Llolli, embrutecido, le clavaba las espuelas, azuzándola con gritos salvajes. Rodaban por delante las piedras, desprendidas de los bloques resquebrajados, dando saltos estrafalarios, cada vez más largos, hasta que se perdían entre los arbustos de la base, dejando en el aire una nubecilla terrosa. Era un aluvión enloquecido que hacía volar a los pájaros parados entre los arbustos y esconderse a los lagartos bajo las piedras.

Frente a los dedos espinudos de una mata de quiscos se detuvo la mula; y el envión fué tan violento, que Llolli clavóse las espinas en la cara; y saltó fuera de la silla, quedándose inmóvil entre la tierra suelta de la falda. La mula hinchaba sus flancos echando dos chorros azulados por sus narices dilatadas. Una oveja andariega se acercó hasta ese punto; y baló apurada un largo rato. Zorro acudió rápidamente; y su cabeza puntiaguda olfateó desconfiada. Al conocer a su amo ladró alegre, y moviendo el caracol de su cola blanquecina, se acercó hasta Llolli, cuya anhelosa respiración hacía moverse el polvo moreno del suelo.

Un sol quemante de verano parecía inmovilizar las piedras cenicientas, y la nube crespada, transpasada de luz, era ahora un sucio sobrebaz que mancha-

ba el cielo, cuyo azul intenso tenía una inmovilidad de esmalte, una suave opalización de concha. Llolli se irguió rabioso. Al perro, que se acercaba pedigüeño, le largó un puntapié que lo hizo alejarse aullando. Disipados los vapores del aguardiente, quedaba un sedimento venenoso en su organismo.

Agarrábase tenazmente a su espíritu la amenaza de Cachuzo, la repentina llegada del viejo y su rebenque implacable. A su espíritu bravío se presentaba como única solución la muerte de su hermano. ¿Quién podría culparlo en la soledad de la cordillera?

De pronto tomó una resolución. Silbó al ganado para hacerlo subir al farellón contrario. Al otro lado ahondábase un cajón cerrado, cespado de árboles, un rincón sin pasto, de escabrosas escarpas, donde los quiscos crecían a su antojo, flexibles y robustos, a modo de centinelas del paraje. Apenas las ovejas se detuvieron en la meseta de la cumbre, temerosas de bajar, Llolli corrió hacia allá; y apartando una de las más grandes la empujó violentamente de costado y la hizo rodar falda abajo. Un corderillo de motas grises, cenicientas, alargaba su cuello, balanceando a la madre que contestó desde abajo lamentosa. Llolli voceó a Zorro que, rápido y avizor, había bajado. Arreó luego al ganado hacia el fondo y marchó al otro extremo del valle en busca de su hermano.

Cachuzo lo vió acercarse con asombro temeroso.

La mirada de Llolli era hipócrita y se dirigía al suelo humildemente:

—Se me esriscó una oveja de las merinas en la quebrá honda. ¿Querís ayuarme?

Cachuzo tuvo al principio un arranque vengativo, rencoroso; pero después, sin decir nada, echó a andar detrás de su hermano por la alfombra verde del prado. De vez en cuando corría hacia la falda del cerro arreando una oveja descarriada con su jo jo característico. Después mordisqueó su charqui con mucho apetito. Preguntó por último:

—¿Y cómo se fué a d'ir tan arriba l'oveja que no l'arrió el perro?

Llolli desconcertóse un poco, y contestó sin quitar los ojos del suelo:

—Zorro taba al otro lao; y el viento que no eja ba oir el balío. Debe haberse quebrao una pata, digo yo.

Subieron rápidos la cuchilla y descendieron por la otra falda: muy abajo, en el rizado apretujamiento de los arbustos, por entre cuya masa verdosa surgían los brazos cilíndricos de los quiscos, veíase la mancha blanca de la oveja, alejada por el espejismo del aire diáfano que distancia las cosas próximas y acerca las lejanas.

Ambos se asomaron al abismo.

Cachuzo hizo una observación pesimista que, hipócritamente, aceptó Llolli:

—¡Chas, qu' está rúa esta bajá!

—Así no más es, pero tenemos que traer l'oveja. Continúas qu'estoi arrepentío d'haber vendío los corderos y perder una más, no me'hace.

En la cara inocente de Cachuzo, centelleó un brillo de triunfo: una buena alegría de muchacho débil y compasivo, propicio al perdón. Se decidió bruscamente. Quería ayudar a su hermano a subir la oveja. En el fondo le había perdonado ya los mordiscos y coscachos. Poniéndose de vientre a la montaña comenzó a descender precavidamente, apoyando su pie en los mechones de yerbas y dejándose resbalar en las partes en que no había peligro. Llolli bajaba en la misma forma, observándolo de reojo. En sus ojos fijos había una decisión homicida, una crue amenaza de bestia sanguinaria que no perdona la presa ni aun con peligro de su vida.

De vez en cuando, Cachuzo, casi alegre, hacía una pregunta:

—¿Se ivisa lejos el bulto blanco toavía?

Llolli contestaba:

—Toavía tá lejos.

Llegaron a una excrecencia de la montaña que se hinchaba a modo de joroba que sujetase todo el macizo y hacia abajo seguía una arruga pedregosa, lecho vacío de algún arroyo efímero, hijo del desnieve primaveral: y luego el abismo, en cuyo fondo se encrespaba una vegetación exuberante, un verdor metálico de arbolillos de lustrados follajes. Cachuzo corrió rápido a la orilla y se dejó colgar hacia aba-

jo en busca de una mata en que apoyarse, pero su cuerpo tembló miedosamente al ver a Llolli que, con una piedra en la mano, corría hacia él, los ojos de pouco brillantados por traidora malignidad. Un pavor de hombrecito débil lo hizo aferrarse a los mechones de yerbas con obstinada pertinacia; de sus labios salían incoherentes palabras de piedad: hermanito, si no te acuso, no lo hago más, pero Llolli, gruñendo con crueldad colérica: abajo, testimoniero, guacho lairón, golpeaba despiadadamente con la piedra los dedos de Cachuzo.

Desprendióse súbitamente el cuerpo del ovejero; y como un envoltorio de trapos sucios rodó por la escarpa acantilada. Un montón de piedras y terrones pareció seguirlo hacia al fondo en fuga precipitada. Al mismo tiempo, ligero como un zorro perseguido, trepaba Llolli el farellón sin mirar hacia atrás. Al llegar a la cumbre levantó sus brazos para respirar mejor, se dirigió en seguida hacia una peña hueca y sacó de ella el cuero de aguardiente; e insaciable, ansioso, como para apagar algún terrible fuego que le abrasase las entrañas, bebió hasta dejar desinflado el cuero.

Zorro juntaba en el valle al ganado que se iba subiendo andariegamente a la montaña. La nube de la mañana volvía a apretarse en una lámina que se pegaba a los cerros como cansada de su largo viaje y el oro frío de la tarde diluía-se lentamente en vapores violáceos.

Al primer movimiento para incorporarse un gemido lamentoso hinchó el corazón de Cachuzo. Una punzada dolorosa le hundía el costado. El tronco duro de un michay lo había salvado milagrosamente en su rápida caída al fondo de la quebrada. Abiertos los ojos miraba al arbolillo mísero de las piedras con la dulce emoción generosa del que sufre. Se arrastró un buen trecho en busca de un lugar plano para estirarse con grandes precauciones, pues parecía que estaba acostado sobre trozos agudos de vidrio. Al apoyarse en la tierra, notó en la mano un hormigueo suave, sedoso. La miró y la vió llena de sangre. La punzante congoja que apretaba su corazoncito se deshizo en un torrente de lágrimas, que humedecieron sus ojos inofensivos de corderillo.

¿Por qué era tan desgraciado? ¿Por qué su padre lo aborrecía? ¿Por qué su hermano había querido matarlo? Sentíase solo, desamparado: era él como una piedra en los pedregales de la sierra. Cuando volviera al rancho, porque había que volver, Cachuzo sería el culpable; los azotes serían para él; y las lágrimas, al desprenderse, mezclábanse con la sangre de los rasguños y caían, sucias, sobre la ropita desgarrada, dejando en la cara largos hilos negros.

El sol poniente iluminaba aún la punta de un cono nevado: una luz roja, tibia, vibrante. Cachuzo la veía, a través de su llanto, del mismo color de su mano ensangrentada. La sombra iba ya ennegreciendo el

cajón; una sombra penetrante que borraba poco a poco los contornos de los árboles y los perfiles de las rocas. Dominando el dolor intentó trepar hacia arriba para aprovechar aquella vacilante claridad; avanzó dificultosamente un trozo de cerro, pero sus manos desgarradas estaban tiesas, los dedos no podían doblarse. Se desprendió de la roca y rodó nuevamente hacia el punto de partida. Lo invadió un desaliento infantil y volvió a llorar a grandes sollozos que el aire aquietado entre montañas repitió con eco lastimero. Entre dos árboles, cerca del ojo negro de su madriguera, vió Cachuzo la mirada fija y luminosa de un zorro que lo observaba sin miedo. Casi no lo notó.

Una desesperación angustiosa lo hizo arrastrarse contra el suelo, rabioso, loco, inconsciente. Luego, una sensación aguda de dolor lo dejó inmóvil. Como un niño que se cansa de llorar, callábase un momento; y ciego, envuelto en la sombra negra del fondo, lamentaba su soledad, su dolorosa impotencia para salir de aquel rincón sin amparo. No pensaba, no recordaba nada: era sólo el pavor animal del corderillo perdido, el balido sin consuelo en aquel desierto que parecía cerrarse como una caja a medida que la noche subía, negra e implacable, del fondo de las quebradas vírgenes y del seno de los bosques misteriosos. En el óvalo perlino del cielo chispearon cristalinas algunas estrellas. La nube que había flotado durante la siesta sobre los picachos,

enredándose y desenredándose como una tela elástica, se había deshecho en largas fajas disparejas que caían lentamente sobre las cumbres, rojizas y grises al mismo tiempo, semejantes a tizones a punto de apagarse.

Cachuzo, cerrados los ojos, no veía aquel girón de luz que flotaba sobre los picos nevados, mientras la sombra lo envolvía todo con sus alas silenciosas de murciélago. Oyóse, en el silencio negro, el *huac-huac* de un zorro noctámbulo y este ladrido familiar, única voz de la noche campesina, fué para él un alivio cariñoso. Ese *huac-huac* opaco y bravío era la visión del rancho que estaba tan lejos, tan lejos, la tranquilidad de las ascuas rojas del brasero, los cueros familiares donde dormía sin temores. Esperó, sin llorar, que en el silencio cristalino resonase de nuevo el *huac-huac* lejano; [y al oírlo una vez más, se preguntó sin miedo si sería el mismo zorro que un momento antes lo miraba en el hueco de una piedra, entre dos arbolillos de la sierra.

Dos pestañas de On Chipó

DURANTE el día entero On Chipo se ocupó en tapar los agujeros de su carbonera; luego, sentado frente a los deformes montones de tierra, los vió trasudar un humillo espeso, bituminoso, de muy mal agüero para el futuro carbón que allí se formaba.

Fijos los ojos en esa niebla oscura suspendida sobre la carbonera, el viejo leonero revelaba un desfallecimiento infantil ante el fracaso de sus esfuerzos: una desolación supersticiosa embrutecía la cara impasible, empequeñecida por una barbaza indómita.

Cuando los coigües centenarios empezaron a disolver sus copas en la sombra que brotaba del seno del bosque, recogió On Chipo un manojo de ramas secas y penetró por el camino fangoso que daba a la carretera, a través de los grandes árboles.

—Tá visto que no sé hacer carbón... ¿Por qué me sale malo a mí no má? Como li'hiay de pagar a On Riquelme el levante y l'azúcar. ¡Viniera el león que

me robó la potranca el año pasao, tan siquiera, pa sacar unos veinte pesos por el cuero!

Apresuró el paso al notar la penumbra en que se envolvían ya los recios troncos de los coigües o los robles apenas vestidos con la piel de su follaje oxidado; un viento suave movía las copas descoloridas por el otoño y envueltas en la media luz de los días fríos; un viento suave, sahumado con las resinas de las cortezas o con el frescor de la grama que crece en los claros de la selva, como una suave primavera del otoño.

Por encima de las copas de los árboles, en estridente chilladiza, fluctuaba el triángulo de los chorojes, en marcha a la cordillera y el silencio frío del bosque entrecortábase con las cuatro gárgaras de las tutas o el aleteo ruidoso de las tórtolas cambiándose de la copa de un coigüe a la de un avellano, al sentir el crujido de las hojas, olientes a moho, que se podrían en el sendero; una bruma azulosa que parecía el mismo cielo de otoño hecho polvo envolvía las copas de los coigües cuyas hojas recogíanse por las escarchas nocturnas como élitros de insectos helados. Al salir al camino, sintió el traqueteo de una carreta descargada que bajaba hacia el plan. Esperó para ver si era de algún conocido. Reconoció los bueyes overos de su compadre Juan Aravena, el *Cuarta*, un hombrecito de cuerpo menudo, terminado en una cara de chino, de ralos bigotes y de vivos ojos almendrados. La pequeña carreta del

Cuarta, con sus toscas ruedas de un tablón y su yunta de bueyes overos, crujiendo tarde y mañana por el camino rojizo que ondula a la orilla de los cerros, cuajados de coigües y mañíos, cargada hasta las quinchas de carbón, de sacos de trigo o trozos de leña era un aditamento indispensable de la carretera como los pitíos castellanos cazando hormigas en las astillas de los robles viejos, como la figurita de moreno barro del *Cuarta*, cantando alegre en el pértigo de su carreta al són de su áspero crujir. Recordó al verlo que dos días antes le había prestado un lazo.

—Buenas tardes, compaire.

—Buenas, On Chipó, contestó el aludido deteniendo los bueyes con el parador, lazo de crin atado a la oreja de cada uno de los animales. ¿Cómo va la carbonera?

—¿Cómo ha d'ir compaire? Mal va: si'ha fundío too el carbón; no agarra el fuego. De las tres pilchas no sacamos ni'una carretá pa mostración.

El *Cuarta* lo miró malicioso, y con cierta sorna repuso:

—Ya l'hiay dicho, compaire: hacer carbón y cazar liones no son tientos e un mesmo lazo.

No se inmutó el viejo por la broma del compadre Juan. Sentóse en la parte trasera de la carreta, agarrándose a las barandillas:

—No travesée, compaire, con estas cosas e la

suerte. A caa líón le llega su pestañá. Atenío que somos compaires Ud. le atraca no má.

Se rió ruidosamente el *Cuarta*, mascullando: Y al lionero tamién; pero On Chipó no alcanzó a oirlo, porque el carretero animó al mismo tiempo a los bueyes con un grito ronco, agitando enérgicamente el parador:

—¡Ver a l'uno! ¡Ver a l'otro!

Y la yunta overa tranqueó vivamente por el camino, orillado por grandes robles sin hojas o por coigües de copas graciosamente ramificadas. Bajo el verdor frondoso oíase el murmullo desbordado de un río, rompiéndose en cristalinas sonoridades en los peñascos arrastrados por las crecidas otoñales.

On Chipó volvió a sumirse en su torpe desaliento; sobre los mechones grises, dorados por la nicotina, temblaban los callosos labios. A sus muertos ojillos asomaba la turbia tristeza del indio, aunque su nariz de águila, de grandes ventanillas, recordase a un tercio de Flandes. Igual contraste de manse-dumbre y agresividad notábase en las pesadas piernas, apenas cubiertas por un pantalón deshilachado y en las manos ágiles, nudosas, como si conservasen aún la presión del puño de una tizona.

—Ver a l'uno, azuzaba el *Cuarta* a cada recodo del camino, entrecortando una tonada gangosa que se aclaraba a veces y a veces se perdía entre sus labios gruesos a los cuales pegábase un cigarrillo de hoja, medio chamuscado. Miraba de cuando en

cuando risueñamente al leonero y gritaba de nuevo como si se dirigiese a él viendo que uno de los bueyes flaqueaba al repechar un declive del terreno ondulado.

—¡Ver a l'otro!

Un pitío que se equilibraba en el ramaje de un litre lanzó su gritito avizor, agrio como un grano de maqui a la sombra y se perdió en la barranca. Calló de pronto el *Cuarta* al notar el silencio de su compadre.

—¿Qué tiene, On Chipó, que va tan callao? ¿Toavía está pensando en la pestañá que se le jué? ¡Toas nu'habían de ser pa usté, pus, ñor!

Sacudió al oír esto el viejo fieramente su testa melenuda, y por sus turbias pupilas pasó una oleada de sangre; pero su cabeza se abatió en seguida resignada.

—Lo mesmo que cuando un cristiano ha oyío un sonío e vihuela toa la noche, tengo la cabeza llena del gemío el león. Veo lions por toos laos, compaire. Cuando el león gime quiere carne e cristiano.

El *Cuarta* observó sin mirarlo.

—¡Y no haberlo pillao nunquita! ¿Onde diablo e jué a ir el mañoso?

—Pa mí qu'era el *Malo*, contestó On Chipó, con profundo convencimiento. No se ha oyío mentar de perdias di'ovejas. Ese es el *Malo*, compaire. Ya ve que yo los maté toos.

Parecíale al viejo leonero que este león que des-

pués de diez años aparecía en el valle y venía a robarle a él, precisamente, la potranca de su bestia, no era un león de carne y hueso como los veinte que él había perseguido durante quince años de su vida. Ese era el *Malo* que venía a vengar a los pumas muertos. Creía firmemente que era el único leonero del mundo y que ya no había más leones que los encontrados por él en las sierras.

En esa lengua de tierra, encerrada entre colinas boscosas, en las tupidas selvas de robles y de coigües hervían los venadillos de cuernos diminutos, saltaban las huillas montaraces por las ramas y rey de ese bosque chileno, enguirnaldado por los colihues espinudos de las quilas y ensangrentado en los estíos por los copihues y chilcos indígenas, era el puma de pupilas de fuego y de ágiles músculos.

On Chipó nació en el bosque: era hijo de la selva y desde pequeño adquirió el dón de *olorosar* al león con la oreja tendida al viento y el lazo o el machete en el brazo alerta. Su vida no fué sino un largo merodeo por bosques vírgenes, tras la jauría loca, andorreando pacientemente por las trochas abiertas en el corazón del bosque.

La selva fué raleando lentamente; a medida que el hombre se posesionaba de la montaña perdió su alma bravía de venados, huillas y pumas; sólo las tutas permanecieron en las umbrías refrescadas por ocultas vertientes y las águilas encima de las copas de los robles y coigües, traspasando la hojarasca

con sus pupilas penetrantes como rayos de sol. Su vida no tuvo más objeto que la caza; sus ojos no vieron sino rastros de puma en la tierra y sus manos fuertes no supieron sino de machetes y lazos. Su cerebro primitivo estaba armado de instintos adquiridos en la selva, más temibles que las uñas del león. Como herida que se cicatriza lentamente el recuerdo del último león, cazado hacía diez años, se fué desvaneciendo en el cerebro del leonero. Sus instintos se atrofiaron en la vida ociosa del rancho, en la placeta que el patrón le había cedido por el resto de sus días, junto con la bestia, la *Canela*, una yegua huesuda, fea como un rancho viejo. Su mujer, ña Justa, una de esas mujeres calladas, tesoreras, era la que trabajaba en el rancho: un poco de trigo, cinco cabras y media docena de gallinas que había que defender de los zorros del bosque cercano.

La jauría de leoneros, astutos y feroces, que eran sus mismos instintos corporizados, había ido desapareciendo poco a poco y no quedaba en el rancho sino el último descendiente, un perrillo chato, callado, de grueso lomo y musculosos jarretes. Embo rrachábase en cada rancho del camino; y en el delirio del alcohol, hablaba de los pumas como de los Pincheiras; eran para él semejantes a los últimos bandidos muriendo de hambre en una cueva de la sierra, en una nevazón. Los arrieros y gañanes

oíanle con burlona incredulidad su famosa *treta de la pieirecita*.

—Cuando el león pestañea, tá dao; y pa hacerlo pestañar le largaba la pieirecita a la disimulá. El león tenía que mirar no más y el *Mota*, el abuelo de éste (señalaba a su perro que lo seguía a todas partes) se l'iba al cogote como bala. Así pillamos, en la cueva el fraile, una leona con dos cachorros... Entonces el *Mota* comió carne e león y le agarró gusto.

Pero cuando aquel puma rezagado apareció después de una nevazón y le mató la potranca de la *Canela*, hija del potro de la hacienda por una concesión de su amo, a él, Cipriano Lara, el leonero, que había librado a los rebaños del audaz merodeador, toda su alma huraña hirvió hosca y violenta y perdióse durante varios días en el seno del bosque, sin encontrar las huellas del ladrón. Volvió al rancho descorazonado. Una vaga sospecha cuajábase en su cerebro: ese no era un león, esa era el Diablo que tomaba la forma de un puma. Considerábase, con bravío individualismo, un héroe que tenía ganado el cielo por el bien hecho en la tierra al perseguir los pumas rapaces por los riscos y que el Diablo venía a tentarlo de esa manera misteriosa y maligna.

Al darle cuenta al patrón de sus inútiles correrías, éste lo había palmoteado risueño, como el compadre Aravena.

—Al fin t'hizo pestañar el león, a vos, líon viejo. No se te dé ná: trae la yegüa pa Setiembre... Y cuida al potrillo... No sea que vaya a venir el líon esti'año, no más...

Y On Chipo, retorciendo sus dedos ganchudos con histérica rabia, rugió por lo bajo, sin mirar al patrón:

—¡Que güelva, no más! Manque sea el Diablo lu' hay de pillar...

Pero ese león invisible lo perseguía por todas partes. Le había traído la mala suerte. El año fué desastroso para las cosechas. ¿Cómo pagarle a On Riquelme las provisiones pedidas al fiado en el despacho? Por consejo de ña Justa hizo ese carbón en medias que se deshacía sin quemarse.

On Chipo se acordó de pronto de su perro.

—Ñato, gritó bruscamente haciendo volver la cabeza al carretero.

El perrillo marchaba detrás de la carreta y apresuró el paso moviendo cariñosamente la cola al oír la voz de su amo.

Un viento tibio movió la copa de los coigües: en bruma rojiza e inmóvil, tras las masas crespas de los bosques, disolvíase la luz.

La carreta se detuvo frente a una tranquera, cuyos tramos lustrosos estaban corridos de un lado: veíanse en un altílo los troncos carbonizados y las hojas chamuscadas de un roce que sería un trigal en la primavera.

Mientras el leonero cogía sus ramas, el *Cuarta*, desde la carreta, observó:

—Sabe, compaire, que el tiempo tá malo? y agachándose bajo el asta de los bueyes, miró a contraluz, agregando: Fíjese como si'han bajao los zancúos pa la tierra, y en un súbito arrebatado de su naturaleza, tiró bruscamente el parador, gritando con voz estrangulada al ver que los bueyes no se movían.

—Ver a l'uno!

Y al ponerse la carreta en movimiento: Salúos a la comaire Justa, y al mismo tiempo:

—¡Ver a l'otro!

On Chipó lo detuvo:

—Si tenís desocupao el lazo que te empresté, llévalo pa'rriba.

—Ey tá, pus, On Chipó. Mañana mesmo se lo llevo, di'albita, con el favor e Dios.

El viejo llamó a su perro y se perdió rápidamente entre los grandes coigües que se espesaban cada vez más hasta llegar a la meseta, cuya masa iba a juntarse con las piedras de otro cerro más alto, muralla azul que parecía apoyarse en la cordillera, levemente blanqueada por nieve recién caída de los cielos: abajo, en el lecho del río, apretábanse los bosques de un verde gris, rígidos por las heladas: en su frío bosqueje blanqueaba a veces la osamenta contorsionada de un árbol viejo. Tardó algunos minutos en llegar a la meseta por un atajo empinado que se encaramaba rectamente por el flanco del

cerro. El sendero abría una brecha gris en medio del bosque virgen que se enmarañaba negro y hostil a ambas orillas del camino.

En un árbol cercano oyóse el martilleo semejante a una llave que gira de un chuncho y On Chipu tuvo un estremecimiento miedoso. En la vara de su rancho distinguió un caballo desconocido. Se detuvo un momento, el corazón oprimido por un malestar angustioso. Imaginóse que era On Riquelme que venía como siempre a preguntarle por el carbón. Se acordó de la frase burlona del compaire: Cazar leones y hacer carbón no son tientos de un mismo lazo. Pensó: si bajara el león este invierno pa pagarle l'azúcar al viejo!

Tranquilizóse al reconocer la cara roja de On Urrutia, uno de los ricachones del valle. El asunto era sencillo. On Urrutia pedía los bueyes para llevar una carreta a la estación: él, en cambio, entregaba un cuero de vino. Cerrado el trato pasó el cuero y se despidió. Vendría por los bueyes a la mañana siguiente.

La noche fría y hosca se vino bruscamente encima. Nieblas opacas y esponjadas como una polvareda de verano empezaron a correr por encima del bosque, rozando con sus clámides desflocadas las ramas altas de los árboles; por encima de estos cendales movibles tiritaban las estrellas en un cielo azul negro que parecía humedecido por sus fríos fulgores.

On Chipó dejó caer al suelo su atado de ramas secas. Ña Justa, su mujer, una vieja escueta, tan huesuda que sus vestidos sucios parecían colgados de sus caderas, le habló con tono desganado:

—El tronco e roble que cortaste lo esenterré con el chuzo.

—Buenazo, yo treida unos chacayes, pero esto da más calor.

Ayudado por ella, On Chipó hizo rodar el tronco al interior de la barraca: un cuadrado de tablas superpuestas donde no había más adorno que un armatoste de madera, de altos espaldares y sobre él un montón de colchas sucias y desfrisadas, un tinajón ventrudo y dos pisos cubiertos por cueros de cabra, en vez del junco gastado.

Largo rato luchó por encender el tronco, algo húmedo con la frescura del aire y cuando la llama empezó a morder la nudosa osamenta del roble se frotó las manos con cierta alegría. Miraba alternativamente a su mujer, que más que andar parecía deslizarse por la negra tierra apisonada y al cuero arrinconado en la pared desnuda.

—Sabís qu'está haciendo frío, Justa?

La mujer contestó secamente:—¡Ji!—sin dejar sus paseos, perfectamente segura de la causa del súbito cambio de humor de su marido.

Lentamente el fuego lengüeteó por los duros nervios del tronco, deforme y cabelludo como una cabeza de indio; un dulce quejido recorrió, sin embar-

go, las muertas costras de la corteza; luego las lengüitas inseguras se convirtieron en elásticas serpientes de fuego que se anillaron luminosas y vivas al tronco, inflamándolo en un haz que ahogó su quejumbre en su llamear sonoro. Un calor sofocante esparcióse por el ambiente del cuarto: parecía que todo ardiese en una combustión de oro: las paredes húmedas, el lecho y hasta el enorme tinajón donde se guardaba el trigo para la harina invernal. A pesar del calor, el viejo permanecía frente al fuego, obstinadamente fijos los ojos en las llamitas que deshacían implacables las cortezas, incendiadas primero en un loco chispeo y deshechas luego en unas cuantas plumillas grises que se iban depositando en el fondo de la hoguera.

El vino fuerte transformaba lentamente su tristeza en una cólera sorda, pertinaz, dominadora. Su mujer, que lo conocía, sentóse en uno de los pisos, después de entreabrir la puerta para que el humo saliese paulatinamente por la abertura, negra de noche. Como ese duro tronco, agitado por un alma rara, desconocida en él al morderlo la llama, reaparecía el viejo hombre de presa en su corteza yerta de campesino, al morderlo el alcohol. Su barba blanca, manchada de nicotina y sus ojos muertos no decían nada: era una cara de viejo vencido, capaz de soportar todas las injurias; pero iluminado por el resplandor de la hoguera, su perfil se alargaba con la fiera agresividad de un pico de cóndor y su mano

crispada y seca parecía guardar en sus callosas hinchazones un estuche de garras, dispuesto a abrirse al menor contacto, con plástica sensibilidad. A medida que el vino se trasegaba al cuerpo, su actitud inmóvil parecía petrificarse, con la espalda encorvada y la cabeza lanuda sobre la hoguera que lentamente iba deshaciéndose en ceniza casi blanca: el ambiente espeso, gris con el humo, pegábase al tinglado ángulo diedro de la barraca; luego en los nudos terrosos del tronco murieron las áureas culebrillas; las ascuas, a punto de consumirse, iluminaron la opaca ceniza como pupilas de puma; sombras pesadas balanceáronse por el ambiente del cuarto.

Los ojos del viejo, incendiados por el alcohol, no se apartaban de los carbones encendidos. El tronco fué cambiándose paulatinamente en una cabeza chata de puma que, estiradas las manos, lo miraba fijamente, moviendo burlón la larga cola gatuna. Levantó el brazo pesadamente en actitud de arrojar una lazada; su boca enorme abrióse en un ronquido estertoroso y se desplomó completamente borracho; en su boca húmeda gorgoriteaba, a cada lenta aspiración del pecho, una saliva violeta, impregnada de vino.

La vieja levantóse sin hacer ruido y arrojó una manta sobre el cuerpo. Abrióse en ese momento la puerta y el perro se sacudió con brusco estremecimiento el cuero mojado. Por la negra abertura pareció que la noche oscura y densa penetraba en el

cuarto. La mujer contempló indecisa la noche, ahogada en un arremolinado polvo de lluvia, miró al hombre borracho, agitándose entre ronquidos y eructos, hizo ademán de salir hacia afuera; pero, decidiéndose, cerró la puerta, botó rápidamente sus ropas y metió sus huesos helados entre las frazadas.

Aun rojearon en la ceniza algunas brasas, como estrellas de fuego.

II

El cielo se obscureció rápidamente y de un trozo de luna amarillenta que se levantó un momento sobre la crespa línea del monte sólo quedó un leve blancor en el aire, como paralizado por un síncope; un hondo silencio suspendíase sobre la selva extrañamente inmovilizada.

De pronto una ráfaga violenta, impetuosa, sacudió los árboles que agitaron como un puñado de sonoras campanillas cada una de las hojas de sus copas; perdido en la ventolera oyóse el *huac huac* de un zorro, corriendo a esconder su cría en una risquera vana; y luego, sobre la tierra removida y sobre la metálica piel de las hojas, el estrépito de la granizada como el eco resonante de un galope en terreno pedregoso; el cielo pareció acercarse a la tierra, hasta tocar las copas de los robles y un gran silencio volvió a reinar sobre la masa oscura de la selva.

Un estremecimiento blanco palpitó en el aire cristalizado, un soplo apenas perceptible rozó los follajes y el cielo se deshizo en un albear silencioso de livianos ampos que fué doblando las ramas y escuriéndose luego a la grama fresca. En pocas horas los árboles parecían agobiados por el peso de la nieve que inclinaba sus gajos. Las blancas plumillas fueron haciéndose más raras cada vez y concluyeron por deshacerse antes de tocar la tierra; disminuyó el suave crujimiento de la nieve, al desgranarse entre las ramas o al tronchar los débiles pecíolos de las hojas. Un viento seco, cortante, fundió el vaho de la nieve y el cielo apareció limpio, lavado; parecía haber vaciado sobre la tierra yerta por el otoño su alma blanca en un arrebató generoso.

Las estrellas centelleaban fijas, desnudas, en la atmósfera liviana, sin peso casi, de profunda inmovilidad. El aire vibraba como un cristal al menor ruido; el rozamiento de la nieve que se esponja prolongábase en un acorde interminable a través del bosque y de todos los aguazales subía a las estrellas el croar de las ranas; y en el aéreo silencio, esta alma sonora de los charcos parecía unir a las estrellas distantes con la nieve luminosa que encapuchaba los robles y cubría el suelo, como un polvo diáfano que el viento hubiera arrastrado a la tierra al pasar por el cielo.

Desde la entraña fresca de la selva, con el paso cauteloso de un bandido, deslizábase por entre los

troncos de los robles, apartando las guías ariscas de las quilas que colgaban de las ramas; en los parajes oscuros llameaban sus pupilas de oro, reinas de la sombra; y en los claros del bosque, plateados por la nieve, su cuerpo elástico encogíase en una hipócrita contracción de bestia huraña. Al menor estremecimiento de las hojas alzaba la cabeza, erizada de cerdosos bigotes, una pata delante de la otra. En su oído, sonoro como una caverna resonaba la sinfonía de la noche en la selva: aleteo sedoso de murciélagos, sacudimiento de pelajes mojados, gotear de aguanieve, estallido de vástagos débiles que se quiebran, recio trueno de árboles viejos que se desarraigan o de aludes que se escurren por los declives, relleno de las torrenteras con su carga de nieve. En medio de ese concierto de ruidos su oído maravilloso percibía todos los matices; en su cabeza chata, las pequeñas orejas movibles no interceptaban ese mundo invisible y múltiple de notas penetrantes que era como la voz de la selva, estremeciéndose en la helada corteza de la tierra; voz que sólo él oía con la misma agudeza que sus pupilas de fuego traspasaban la sombra húmeda, resbalosa, impregnada de las exhalaciones de los árboles. Atravesó el bosque precavido; de cuando en cuando sacudíase la cabeza llena de polvo de nieve. Bajo su piel lustrosa rodaban disimulados como puñales en sus vainas los formidables músculos con ondulaciones de serpiente y los resortes flexibles de sus

patas apenas dejaban un arañazo en el plumón esponjoso de la nieve.

Al enfrentar el rancho olfateó desconfiado, moviendo repetidas veces su cabeza, de derecha a izquierda como si quisiera atraer a la bocina maravillosa de su oído todos los ruidos dispersos de la meseta sin árboles; luego venteó seguro, y ágilmente atravesó el sendero por detrás del rancho. Parecía seguir un camino recorrido muchas veces, pero a pesar de eso sus precauciones eran extremas y mecánicas. Inspeccionó repetidas veces las piedras de la pirca antes de decidirse a pasar.

El gran silencio blanco, en ese instante, lo alborotó como una piedra caída en el agua el ladrido alertheador del perro en las vecindades del rancho. Detúvose inquieto al oír este ladrar ya conocido y no volvió a caminar sino mucho rato después, cuando las capas de aire volvieron a su equilibrio de cristal, bajo el estrelleo argentino de los cielos. Acercóse a la pirca del corral, contiguo al rancho, donde bajo un mañío, la potranca nueva de On Chipó se guarecía de la nieve, la cola entre las piernas y, arrastrándose por la tierra, detúvose a observar detrás de un matorral. El animal dormitaba tranquilo, agachada la suave cabezuela infantil y caída el anca redonda sobre una de sus patas dobladas, descansando en el borde del casco. Su mancha negra, destacábase con preciso contorno en la ladera blanca;

a la distancia, el bosque era un montón de sombras borrosas, espolvoreadas de albas chorreaduras.

Un momento después, volvió a ponerse en camino. Arrastrábase con el vientre pegado a la tierra, aprovechándose de los menores accidentes del terreno, un mechón de pasto o un arbusto, hasta llegar a corta distancia del animal. Su largo tronco se recogió de improviso, sobre las patas, como un resorte de acero; y en elástico impulso se desprendió del suelo para caer matemáticamente sobre la cruz de la potranca con la ciega impaciencia de un macho en celo. Uno de sus musculosos brazos le rodeó el cuello con mortal caricia, mientras su hocico ávido clavaba sus cuatro puñales en la nuca de la yegüita. La bestia vieja, olfateando al león, saltó la pirca despavorida. La potranca disparó, loca, hasta medio del corral, pero sus fuerzas no duraron mucho. El agudo acero de las garras rasgaba las yugulares, hinchadas de sangre, y al peso del puma que la tiraba a tierra, dobló las rodillas y se desplomó suavemente sobre un costado. Sus finas pezuñas patearon en vano los montones de nieve removidos con el cuerpo. Frente al animal agonizante observó tranquilo con sus ojazos diabólicos, encendidos siempre como dos llamas eternas. Si la potranca, en una postrera convulsión, retorció los músculos, mordisqueaba la nuca deshecha y esperaba de nuevo. Cuando el animal quedó rígido, abierto el cuello y colgante la lengua, empezó a lamer

los coágulos que bordeaban los labios de las heridas y empapó voluptuosamente la torva cabeza en la sangre que fluía como un arroyo cálido de las arterias palpitantes de la potranca de On Chipo.

Un ladrido avizor volvió a quebrar la quietud cristalina del aire y sólo entonces levantó su cabeza con pesada embriaguez, una de sus patas poderosas en el pecho abierto del animal. Un hálito tibio de aurora, desflorando con sus alas leves la albura virginal de la nieve, traía, en oleadas fugitivas, murmullo de agua corriente, tan claro y lejano que parecía el ruido de la titilación de las estrellas en el fondo del cielo.

Arrastró el asesino algunas ramas y las colocó sobre el cadáver de la potranca y despacio, relamiéndose sus mostachos manchados de sangre negra, volvió al bosque, al corazón negro de la selva, a dormir su borrachera de sangre entre los matorrales. No se detuvo esta vez al oír lejanamente el ladrido del perro ni levantó sus orejas nerviosas, al sentir, a su derecha, el *huac-huac* de un zorro merodeador ni el galope apenas perceptible de un venado huyendo por la alfombra silenciosa de la nieve fresca.

III

Ña Justa levantóse antes que el alba clarease las sucias tablas de la barraca. Sus duros huesos no conocían el regalo del descanso; movíanse con cierta

seguridad mecánica, sumisos esclavos de una larga vida de esfuerzo.

El viejo leonero revolvióse en el suelo, desordenadas las barbas grises y en su letargo de alcohol, agitábanse como murciélagos, alucinaciones disparatadas. Su animalidad excitada fluía en un largo monólogo lloroso, a modo de queja:

—¡Pero si no tengo perros mestros, pero si no tengo perros mestros!...

Su mirada no fué de odio al ver al viejo retorciéndose angustiado en el desorden de sus barbas, en un charco de bermejas descomposiciones. Fué de indiferencia. Sorprendióse, al abrir la puerta, de la tierra dormida en su manto de nieve, bajo el albor plumizo de la primera claridad. Había imaginado, al acostarse, que era sólo una granizada y un poco de nieve hecha agua. Apareció de súbito su espíritu práctico de trabajadora; y se acordó de un cúmulo de cosas: la yegua y la potranca que habían pasado la noche a la intemperie, la leña sobrante de las pilchas, amontonada detrás del rancho, la carbonera tapada de nieve, las cinco cabras mansas de cuya leche hacía queso que vendía en las aldeas del valle. Al asomarse a la pirca para ver las cabras vió la mancha negra de la potranca medio cubierta por la nieve, tiesos ya los finos remos y hundida la cabeza en cuajarones de sangre obscura.

Ojeó ansiosamente el corral, rodeado de una pirca de cascajo, sin encontrar a la *Canela*. Las cabras ba-

laban, ateridas, cerca de la puerta. Comprendió inmediatamente que la nevada había empujado al león, el mismo del pasado año seguramente, desde la sierra a las cercanías del rancho.

—Maldecío, maldecío, gimió amargamente; y sin dejar su quejido agudo, lastimero, espantó al perro que lamía los coágulos y corrió al rancho a despertar al viejo.

—Levantáte, Cipriano, el león si'ha vuelto a comer la potranca.

Y lo zarandeaba sin miedo, febrilmente, como si comunicar al viejo la pérdida de la potranca fuera la solución de todo.

On Chipo, entorpecido por el alcohol que lo agarrataba a la tierra, algo pareció vislumbrar, sin embargo, en esa noche negra de su instinto: su alma era también un resto carbonizado como el tronco que estaba frente a él, reducido a un muñón despreciable. Se sentó pesadamente, sin mirar a su mujer. Algunas palabras de amenaza salían de sus labios, sucios y vinosos, la vista clavada en el tronco que tenía delante, en un lecho blanco de ceniza, con esa fijeza obcecada de los ebrios que parecen ver un mundo fantástico y enorme, sutilizados sus ojos por desconocida fuerza.

—El león, el león, ei tá, ei tá, es el más grande e toos-*Mota*, gárralo. Nu'era el Malo, nu'era el Malo.

La vieja volvió a sacudir rudamente a On Chipo

que parecía un montón de trapos sucios, sin la dura armazón de los huesos.

—Levántate, Cipriano, que el león si'ha comío la potranca e la bestia.

Esta vez el viejo se dió cuenta y fijó sus pupilas exaltadas en la mujer. Ayudado por ella se puso trabajosamente en pie. No decía nada, pero había entendido. Apoyándose en las tablas de la barraca salió hacia afuera. Al ver el blancor de la nieve la turbia grisalla de la borrachera desapareció. Había comprendido, y su barba revuelta y sucia, semejante a un trapo abandonado en el camino y desteñido por el sol, temblaba como si un viento helado brotase de su interior. Movía su cabezota, rayada de carbonientas quebraduras y mostraba consecutivamente las dos fases de su temperamento: a veces parecía el viejo vencido, incapaz de nada; pero al erguir la cabeza se destacaba su perfil agresivo con esa voluntad inquebrantable de los hombres acostumbrados al peligro.

Llegó silencioso hasta el cadáver de la potranca; y de improviso pareció vaciarse toda su alma de hombre abandonado por la suerte, de paria sin porvenir; unos sollozos roncós desarticuláron las mandíbulas mostrando los dientes amarillos como los granos de un choclo viejo. Lloraba desconsolado su mala suerte; él, vencedor del puma en veinte cacerías, era burlado dos veces por el último que quedaba por allí, quizá un cachorro escapado que ahora

venía a vengar a sus padres. Lloraba como un niño, murmurando puerilmente:

—Y no tengo perros mestros; y no tengo perros mestros, por la maire...

La mujer, rígida, imperturbable, no decía nada y miraba las cabras que, lentamente y siguiendo la costumbre, se apiñaban a la entrada del corral. Silenciosamente les abrió la puerta de ramas secas para que salieran al monte a ramonear los brotes jugosos de chacayes y romerillos. On Chipo recobró su serenidad poco a poco. Una idea fija había disipado la bruma del alcohol; y sobre sus espaldas encorvadas y sobre sus barbas sucias, la cabeza, manchada de carbón, se irguió con invencible fiereza, como un águila que avizora el campo en la copa carcomida de un roble viejo.

En ese instante se perfiló la figura borrosa del *Cuarta* en la blanca meseta azulada por el alba. Traía el lazo al hombro. Miró risueño después de dar los buenos días. Habló, por fin, con tono de burla sentenciosa:

—Los zancúos on güenazos pa los cambios e tiempo, On Chipo. ¿No le ije ayer?

Parecía no darse cuenta del drama que allí había ocurrido, trastornando la vida del rancho. Agregó, sin dejar su acento de burla característica:

—¿Y qué le pasó a la potranca, On Chipo? ¿Se la comió e nuevo el líon? Ese nu'es el Malo, iñor. ¡Ese es un líon bien rediablo! ¿Se la han pegado dos

veces al león viejo, no? ¡Y le gustan las potrancas e raza al más lesol!

La vieja lo interrumpió secamente, al ver el aspecto del leonero, que espumajeaba como en un ataque de histeria.

—Éjelo, compaire, no ve qu'está enfureció?

El viejo no hacía caso de nadie. Dió algunos pasos por la nieve y observó detenidamente en el suelo. Llamó al perro con voz ronca, colérica.

El *Ñato* trotó hacia la pirca, olfateando el suelo con sus narices dilatadas.

—Nu'es el *Malo*, nu'es el *Malo*, murmuraba On Chipa sordamente.

Un destello de alegría reanimó de pronto su desaliento. El *Cuarta*, compadecido, trató de consolarlo.

—No se le dé na, compaire, el patrón le presta el potro e nuevo... a lo que la yegua esté cália...

Pero se equivocó sobre el verdadero pensamiento del leonero.

Súbitamente rehecho, ordenó imperioso:

—Justa, tréme el machete; y dirigiéndose al *Cuarta*: eme el lazo, compaire, y con ruego humildoso añadió: Compaire, si no fuera abusivo, échele una manito a la carbonera.

Y ya colocado el lazo al hombro, como en el delirio de su borrachera, lo interpeló violentamente:

—Verís si pestañea el león o yo, agora! Es'es el

que trae la malural! Y apretando las manos gruñó por lo bajo:

—Too tá en que el *Ñato* se acuerde del *Mota*, por la maire!

Llamó al perro con un grito y subió la pirca ágilmente, en dirección al bosque. La Justa y el *Cuarta* lo vieron perderse tras los matorrales. El *Cuarta* habló ahora convencido:

—Al viejo gallo no lo pesca el líón en la pestaña... Agora si que güelve con el cuero...

—Con el favor de Dios, agregó la vieja, caídos los brazos, lamentables de flacura, mientras sus ojos agudos observaban las cabras que por momentos desaparecían entre los conos de nieve que tapaban los matorrales.

El alba desperezábase lenta y opaca como si la claridad irradiase de las montañas vestidas de nieve; luego, el trémulo albor fué iluminándose y el silencio perezoso y blanco empezó a vibrar como si anunciase la llegada de la luz, y cuando ésta apareció, la nieve pareció vivir, derritiéndose lentamente, cayendo en girones de los árboles, corriéndose por las junturas del techo y sublimándose en geométricas agujas de hielo en el borde de los aleros. Sintióse el gritito dulzón de los píos sobre las ramas de los coigües, ateridas e inmóviles, y las tutas y teques, volvieron a animar las umbrías de la selva con sus gargantas mojadas de agua fangosa. Un gran cielo húmedo pareció agrandar la bóveda ce-

leste por donde la humedad pálida de la luz resbalaba sin tropiezos barnizando las ramas verdes de los coigües y avellanos y destacando la armazón desnuda de los robles como inmensos brazos de viejos hambrientos que implorasen piedad.

IV

On Chipó apresuró el paso cuando se vió en el bosque. La huella conservábase fresca en los parches de nieve de los claros y vaga en la tierra gredosa, húmeda y resbaladiza por el gotear incesante de la nieve en fusión. El bosque entero parecía sacudirse la escarcha que cubría la piel reseca de los follajes invernales de mañíos y coigües y había dejado húmedas manchas en los vástagos de los robles y raulíes donde aun palpitaban algunas hojuelas tostadas con aleteos de pajarillo o pendían, como cuerdas enredadas, las guías sin hojas de los copihues a lo largo del tronco; un copihue pequeñito, un degenerado de la gran colonia de flores que ensangrentaron el tronco viejo, colgaba entre el enredijo de varillas semejante a una mano de niño machucada. Al lado de los robles viejos, de cuyos troncos veteados y recios surgía el encaje de la ramazón, erguíanse los mástiles escuetos de los renovales.

El perro deslizábase por la nieve con un troteciello seguro. A veces se detenía y levantaba la cabeza en actitud preguntona que daba nuevos ánimos a

On Chipo. Desde que salió del rancho un chorro incoherente de palabras salía de sus labios, las ideas movíanse torpemente en su cerebro como moscardones en la siesta.

—Gordita taba mi potranca; y este hij'una me la tenía catiál ¿Onde s'habrá botao a dormirla? En su mesma sangre lu'hai di'ahugar, si lo pilló a tiro... y me le afirmo... Si tuviera al *Mota* iba a la segura... Si, singularmente.... El *Ñato* puee salir al paire.... claro....

Un escalofrío recorrió su cuerpo a la idea de que el puma pudiera escapársele; un escalofrío que venía de sus pies, negros, deformes, como viejos trozos de madera, cubiertos por ojotas en cuyos cueros reseco se había metido la nieve deshaciéndose por debajo de la planta del pie. Como un perro que se sacude, movió la barba enteramente mojada con el polvillo invisible que se cuajaba en el aire húmedo.

La borrachera se había desvanecido por completo y en su organismo instintivo, las burlas del *Cuarta* y la sonrisa incrédula de los carboneros por los consecutivos robos de su potranca convertíanse en voluntad inquebrantable, que duplicaba sus fuerzas y afinaba sus sentidos de viejo leonero. También él, como el león, sentía la armonía del bosque. Y de la selva inmensa, desperezándose en la luz fría de la mañana, no perdía un solo murmullo. No levantó su cabeza al ruidoso vuelo de las torcazas, ni al tec-tec de un teque en una umbría sonora, ni a los picota-

zos isócronos de un carpintero sobre su cabeza, ni al ruido áspero de la nieve vaciada por las hojas al derretirse, ni a la greguería de las cachañas clarificando el verde oscuro de los coigües con sus cuerpillos de un verde de hoja nueva; pero se detuvo indeciso, desorientado, al atravesar, al pie de una colina, una torrentera que bajaba del cerro y en cuyo lecho compuesto de ásperas lajas se perdía el rastro del puma; en cada laja aplastábase un montoncito de nieve, intacto, de una penetrante blancura.

El perro iba y venía por la orilla opuesta, husmeando indeciso, inquieto. On Chipo tuvo de pronto una idea. Ascendió resuelto por las lajas que resbalaban sonajeando, hasta el lomo de la escarpa. En la cima seguía la nieve y se abría una quebrada infranqueable. Más allá de los lomos verdosos blanqueaba la cordillera como abrumada por la nevazón, suavemente adherida a un cielo de acero; largas sombras diáfanas, empapadas en vaho de hielo, teñían las rajaduras y quebradas del coloso.

Un viento helado se le metió por la sucia camisa, atravesándole el pecho como un puñal. Tosió secamente; todo el cuerpo se encogió en un tiritón convulsivo. Luego, serenado, se persignó como al atravesar un río. Volvió a encontrar el rastro a los pocos segundos. El león había subido astutamente por el álveo del arroyo y había bajado un trecho por la margen opuesta. La huella, perfectamente marcada en la nieve que crujía a los pasos del viejo bajaba por el costado

opuesto. Reflexionó sereno:—Harto diablo el indino. ¡Miren que volver a bajar en vez de seguir pá'rriba! ¡Esto no lu' hay visto nunquita! Lión viejo ha de ser no más! Y con un movimiento ágil se pasó el lazo flexible y firme al otro hombro para descansar. Bajó rápido hasta el plan. El horizonte volvió a cerrarse tras de las copas de los coigües. La huella doblaba, sin titubeos, hacia la derecha, se perdía en un pequeño matorral, tapado de gruesos coligües espinudos que una vez abandonados por sus manos parecían furiosos de haber errado el latigazo y se golpeaban entre sí con una elasticidad de culebras que pelean; en medio del espesor del soto corría una vena silenciosa de agua, en un lecho de fango negro, de una suavidad de seda. El *Ñato* lo atravesó velozmente tiñéndose las patas con el humus semi-líquido. Al otro lado ya no había nieve, pero en el torrente fangoso, salpicado por manchones verdes de pasto, la huella no se perdía: el bosque terminaba allí; veíanse algunos maitenes aislados de vez en cuando y en el declive de la vega, amontonamientos de piedras deformes, rayadas por negras rajaduras que las atravesaban como las suturas de los cráneos y las manchas, semejantes a costras sucias, de líquenes grises. La quebrada seguía a la derecha; en la hondura cuajábase, esponjoso y exuberante, el verdor obscuro de un bosquecillo chileno y los follajes mojados relucían con suaves reflejos. Un sol débil, acuoso, languidecía en el silencio blanco de la ma-

ñana; un sol que también parecía tiritar en la albura cegadora de la nieve, aunque se la fuese embebiendo con laboriosa lentitud. En la horqueta de un roble viejo apelotonábase un águila con la cabeza hundida en el buche. On Chipo habló en voz alta como si se lo dijese a alguien.

—Esa si'acaba e tragar un ratón y se lu'está manducando.

Al acercarse el hombre movió pesadamente sus alas grises y se perdió detrás de las piedras. On Chipo se acercó velozmente hacia las rocas. El perro, inquieto, olfateaba ante la abertura de una de las piedras; y repentinamente ladró enfurecido. Arrastrándose, On Chipo armó el lazo con lazada chica y corrió hacia la abertura, aunque el ladrido del perro le indicase que poco debía esperar de su ayuda. El león dormía al abrigo de las piedras, la cabezota chata, de curvas narices, sobre sus brazos cruzados. Rojeó el dentado hocico en un largo bostezo y su mirada, fría como una luz lejana, se fijó en el hombre y en el perro, que con gran contento de On Chipo había dejado de ladrar, echándose ante el león como uno de sus antiguos perros maestros. Frente al primer puma que veía, despertábase el instinto de su raza cazadora.

On Chipo comprendió que el lazo no le iba a servir esta vez. La piedra formaba una especie de cornisa bajo la cual el león se aculató posándose sobre sus caderas. El lazo silbó en el aire, azotándose se-

camente en la piedra. El león no movió el cuerpo, pero tras la combada y maciza esbeltez del tronco retorciase la cola de obscura borla con torpes convulsiones de culebra herida. Era un macho alazán cuya rojiza piel se obscurecía en el lomo como espolvoreado de innumerables partículas de arena. Blanqueaba el robusto pecho, sólidamente asentado en las manos gruesas, musculosas, en cuyas garras pardeaban las puntas agudas de las uñas como cinco corvos en sus vainas y los ojos de oro, manchados por las pintas negras de las pupilas, miraban por lo bajo, traicioneramente, dispuesto a saltar al menor descuido del hombre o del perro.

Largo rato observáronse los dos enemigos sin atacarse. El sopor de la sangre bebida no entorpecía ya los músculos del puma ni el alcohol los instintos redivivos del leonero. On Chipó lanzó el lazo una, dos, tres veces sin resultado. O chocaba en la saliente del peñasco o el león lo barajaba infaliblemente, con un zarpazo ágil, en la actitud de un gato que espanta las moscas. Luego, sin alejarse mucho de la cueva, en busca de un palo para atajar al león, macheteó los gajos del roble viejo que apoyaba en la roca sus venas carcomidas, pero las fibras no le sirvieron de nada. Empezaba a impacientarse; y en su impaciencia iba a tomar una resolución extrema: arrojarle sobre el puma y extrangularlo. Un uñetazo lo podía alcanzar, pero hundiría sus dedos crispados por rabia vengativa, en el cuero sedoso de su cuello.

No apartaba la vista del animal que daba señales de inquietud, clavadas las pupilas en el perro, vibrante como una cuerda tensa, a cada gesto del león.

On Chiplo lo miraba con cierto cariño de padre; y su ruda admiración compendiábase en un frase tosca: ¡Benaiga el *Ñato*! ¡Si parece el mismo *Mota*! ¡Así mismo se les plantaba!

Un suave escalofrío encrespaba la piel lustrosa de un rojo cálido de llama, palpitante al sol como el oro de un trigal lejano. Temía que, alejándose él, el león diese uno de sus saltos habituales y atropellara al perro. Arrepentíase de haber venido solo. En este instante la impotencia convertíase poco a poco en un gruñido sordo que inyectaba sus ojos rojizos y espumajeaba en sus gruesos labios húmedos. Su orgullo de experto leonero estaba en peligro: ese león, para él, los representaba a todos los demás. Perdía su carácter de bestia y le prestaba alma de hombre. Si el león lograra escapar, él no sobreviviría a esta derrota. Era mejor morir degollado por la *uña mestra* a volver vencido con su perrillo, al rancho. Y esta impaciencia parecía tenerla el león también; igual odio brillaba en los ojos de ambos. Volvió a aparecer la fertilidad de recursos de su antigua vida de leonero. La maniobra resultaría si el perro se lanzara sobre el león cuando éste volviese la cabeza al sentir el ruido leve del guijarro a la derecha.

La mañana avanzaba lenta. En la placeta de pasto corto, de un verde claro, brillaba la escarcha como un polvo desparramado sobre el crespón rizado de aquella vega, aislada entre el bosque y la quebrada; de cada piedra brotaba un hilo de agua, de cada hoja desgranábase un diamante claro como el aire y frío como una gota de sombra. La nieve caída del cielo deshacíase en la tierra, y al mismo tiempo, en el lomo blanco de las cordilleras lejanas, asomaban montones de nubes como si fuese la misma nieve que volvía de nuevo al aire, purificada. El oro húmedo del sol bebía la sombra y lo hacía destacarse todo con precisa nitidez.

On Chipó sintió el calor en sus mejillas frías y en el parpadeo de sus ojos habituados al blancor de la nieve. Se decidió bruscamente. Iba a lanzar con toda clase de precauciones la piedrecilla que distraería al león, cuando notó un fenómeno que no esperaba: de los grandes ojos de oro del puma, heridos por la luz, caían lágrimas abundantemente: era un destilar continuo que no compadecía a On Chipó y que, por el contrario, lo hizo murmurar con gozo cruel:

—Ah, maldito, ya stai daó. ¡Llora no más que no te'hai de perdonar por eso!

Su cabeza adquirió una inmovilidad de piedra, sin que un solo músculo del rostro se moviese. Parecía querer hipnotizar al perro, porque de su actividad dependía todo el éxito. Apenas el león entornó

los párpados, llenos de agua, en la obscuridad de la caverna resonó un rugido extraño, amenazante, salvaje: Gárralo, *Ñato*; y el perrillo saltó al gatzate del león, recto, con seguridad vertiginosa, apretándolo con las firmes mandíbulas mientras su cuerpo se recogía elásticamente como una avispa que clava su aguijón. Todo el cuerpo del enorme gato pareció achicarse al saltar, arqueando el lomo; y su cola, con una rigidez epiléptica, se engrifó como una borla de pelos erizados. De un enorme salto salió hacia afuera encogiendo su cabezota chata para zafarse de esa tenaza que se hundía en su cuello cada vez más. Sus torpes zarpazos al aire, con las corvas uñas descubiertas, no lograron tocar el ovillo blanco del perro que se anillaba como un gusano bajo su güargüero.

Saltaba despavorido, pero el peso del perro, aferrado a su cuello, quebraba el impulso en el aire y los saltos perdían su elástica amplitud. Caía de bruces al suelo, medio metro más allá, con sordos gruñidos de colera. On Chipó corría tras él, doblado el busto, rugiendo con voz sorda, apremiante, contagiado por la pelea en la que no podía tomar parte activa ni ayudar al perro eficazmente.

—Aguanta, *Ñato*, no le aflojís, no le aflojís!

Y acercábase en rápidas arremetidas para alejarse de nuevo a otro desesperado intento del puma, que retorciendo sus patas y agachando la cabeza para respirar, hacía desaparecer al perro en el jue-

go contorsionado de sus músculos. On Chipo repetía enronquecido: ¡gárralo, *Ñato*, no lo soltís!

Los saltos fueron cada vez más débiles, y por último se revolcó entre gruñidos de angustia, sin desprenderse del garfio que lo asfixiaba. En su ciega impotencia, hinchaba como el biceps de un atleta el lomo flexible, azotábase cansada en la tierra su larga cola de gato y en sus zarpazos inútiles arañaba el vacío con las filudas garras descubiertas. Luego, su hermoso cuerpo pareció deshincharse en largos resoplidos, estirándose las patas en flexiones epilépticas. Como una bolsa vacía, tumbóse de costado, agonizante. El perro hundía cada vez más los colmillos despiadados en el cuello.

On Chipo no esperó más. Precipitóse con alegría cruel sobre el puma, y con sus manos estremecidas por bravía emoción, cogió las orejillas resbalosas, gritándole con sarcasmo animal:

—Ah! mañoso! Al fin me las pagaste toas! Ya no comerás potrancas gordas, bandido!

Pero el león, en un estertor supremo, sacudió su cabeza torva, y su hocico, torcido en un bostezo agónico, como un estuche de acero que se junta, cerróse sobre la mano de On Chipo, atravesando los huesos que crujieron como goznes mohosos. Todo el cuerpo del viejo se encogió primero sobre el tronco y se estiró luego grotescamente en un dislocado desorden de piernas y brazos; a través de su mano de acero, cuyos músculos habían adquirido la

consistencia y la forma de sus huesos, la lenta agoría del puma repercutió en el corazón de On Chipo. Cada sacudimiento de sus arterias pasaba como un hálito de selva, de montaña agreste, al cuerpo del leonero, y en un choque de sus sangres primitivas, sus almas se unieron, confundiéndose; el último puma vengábase así del último leonero.

El perro, extenuado un momento, aulló angustiosamente al ver a su amo preso en el hocico del león. Acercábase a On Chipo y lamía cariñoso la mano sangrante; luego, en un impulso colérico, clavaba sus dientes, ávidos de sangre, en el cuerpo del felino. El viejo perdía poco a poco sus fuerzas. Oía aullar al perro como en la desolación de una noche de nieve; parecíale que el león lo arrastraba consigo hasta el corazón de las sierras, donde viven los pumas bajo el vuelo de las águilas y de los cóndores. A la boca de la caverna, la leona, protegiendo a sus dos cachorros, miraba rugiendo al macho. En balde forcejeaba On Chipo, porque el león, apretando más sus vigorosos colmillos, lo arrastraba lejos de su rancho, de Ña Justa, de la vida.

No veía sino altos picos blancos, dibujados en el cielo pálido. A lo lejos, la bruma vaga de los bosques, respiración de la selva mojada por la nieve hecha agua.

Sintió voces, sin embargo. Voces que se acercaban. Quiso gritar y no oyó más.

El águila cenicienta cerníase en el aire claro,

como irritada por esa escena salvaje que turbaba la bravía soledad de sus dominios.

V

El *Cuarta* volvió al rancho después de limpiar la nieve de la carbonera, en busca de noticias. Parecía profundamente interesado por ese león que había hecho pestañar a On Chipo.

La vieja, que molía trigo tostado en una piedra, le dijo:

—¿Por qué no va, compaire Juan, etrás e Cipriano? ¡Mire qu'está curao! ¡E tomó más e una cuarta e vino anoche!

—Lo mesmito había pensao, comaire; pero miren con el viejo diablo, no? Lo malo es que no le gusta que le ayúen... Ei tá que la carbonera no sirve pa ná! Esa leña no e quema en too el invierno.....

Y sin esperar respuesta penetró en el bosque, tras las huellas del leonero. Iguales dudas lo asaltaron al atravesar el lecho pedregoso de la torrentera; pero su instinto no lo engañó. Formábase una idea confusa del león que nunca había visto, sino a través de los cuentos del leonero y en la escena célebre de la pestaña, cuando el león lloraba su muerte próxima. Hubiera querido llegar en ese instante y ver al león vivo.

Apenas desembocó en la explanada, sus ojos ave-

zados a mirar a la distancia vieron cerca de las piedras, como un poncho de vicuña arrojado en el suelo y al lado a On Chipó, con el brazo metido entre sus pliegues.

El *Ñato*, manchado de sangre el hocico, corrió ladrando hacia él como en demanda de auxilio. Imaginóse que el león había muerto al viejo; pero se tranquilizó al ver que On Chipó erguía su cabeza y le gritaba que se acercase.

Después de su desmayo, On Chipó había procurado nuevamente abrir las fauces del puma, pero al mover la mano, presionada por la húmeda lengua, un punzazo lo hizo crisparse dolorosamente. Sereno, ordenó al *Cuarta*:

—Ábrele la tarasca con el machete... Espués e muerto mi'ha mordió este diablo! !Cómo sería la rabia!

Trabajó el *Cuarta* largo rato, hasta introducir la punta del machete entre los colmillos y consiguió abrir las rojas mandíbulas del león. On Chipó miró serenamente la piltrafa sanguinolenta de su mano, arrugada y lacia como la garra de un cóndor muerto. La sangre, oscura, pringosa, brotó por las heridas y rasguños enrojeciéndola por completo.

—Este hij'una me tenía ganas. Puchas que agarró fuertel! habló sin enojo, filosóficamente, como la cosa más natural del mundo.

El *Cuarta* lo miraba risueño, con admiración cariñosa:

—Agora sí que no pestañó, compaire. Esta le tocó al gatol

Y el leonero, con esa socarronería de los viejos del campo, mirando el cuerpo bayo del puma muerto a sus pies, sangrando aún por la llaga negra de la garganta y abiertas las fauces en una mueca trágica, agregó:

—Agora pestañamos los dos, compaire. A él le toca pagarle el levante a On Riquelme con su mismo cuero.

El *Cuarta*, solícito, quiso vendar la mano, sucia de sangre coagulada. El viejo lo rechazó con un gesto hostil. Cogió un puñado de nieve que aún quedaba en el hueco de un peñasco y lo deshizo sobre la mano.

Callóse en seguida bruscamente, sin quitar los ojos, humedecidos por el vaho turbio del dolor, del perro que descansaba cerca del puma, olvidado de la presencia del compadre, que miraba alternativamente al león muerto y al leonero herido.

Estirado el brazo, como para apaciguar el sufrimiento, la mano muerta temblaba como una hoja seca sujeta apenas al tronco por una esquirra vegetal. Brotaron algunas palabras incoherentes por sus labios, borbotones de la extraña exaltación que hervía en su cerebro:

—Cuantuá...en la caleta...cuando matamos la liona con los cachorros... el *Mota* comió carne e león.

Parecía que la borrachera volvía de nuevo a aplastar con su lápida de plomo el alma del leonero.

El águila, tranquilizada, había vuelto a pararse meditativa en la horqueta del roble viejo. En el cielo lejano, iluminado por el mediodía, las nubes esperaban el látigo del viento, amontonadas tras las crestas blancas. Sobre un picacho se balanceó vagamente el vuelo negro de un buitre.

Indice

	PÁGS.
PRÓLOGO.....	VII
Risquera vana.....	I
La epopeya de Moñi.....	37
El triunfo del Chey.....	69
La cordillera es sagrada.....	113
Lloli y Cachuzo.....	169
Dos pestañas de On Chipó.....	197